

LA ESCENA CONTEMPORANEA

2

REVISTA DE POLITICA

155555

LA ESCENA CONTEMPORANEA

Grupo editor: Guillermo Korn, Guillermo Levy,
María Pia López, Marcela Martínez, Alejandra Prilutzky,
Diego Sztulwark, Javier Trimboli y Fabio Wasserman.

Precio: \$ 5

Comunicarse al **e-mail:** escena@topmail.com.ar
o enviar correspondencia a nombre de Guillermo Korn a la
Casilla de Correo 35, CP 1403, Capital Federal.

N° 2 mayo de 1999

CONTENIDO

LA HISTORIA DE LA REVISTA

VISTO, OÍDO, HABIDO

NO QUEDA LA SALADA

ENLITE

CRONICA

HISTORIA DE LA REVISTA

TEXTOS ENCONTRADOS

EDITORIAL

[5]

1989

Crónica de un itinerario desquiciado

por Ezequiel Yanco

[8]

La sorpresa por María Pia López

[10]

De apariciones y apariencias por Diego Sztulwark

[19]

Reflexiones dispersas sobre la izquierda

antes y después del 89 por Guillermo Levy

[35]

No tan distintos por Javier Trímboli

[47]

Vida de muertos por Guillermo Korn

[62]

El 89: la hiperinflación como

síntoma y como oportunidad por Ricardo Aronskind

[69]

La hiper por Marcela Martínez

[78]

VISTO, OÍDO, HABLADO

[86]

Los libros de la buena memoria por Fabio Wasserman

[87]

NOS QUEDA LA PALABRA

[104]

Entrevista con Alberto Piccinini

[105]

ENVITE

La doctrina de la Seguridad Social por la CORREPI

[120]

CRONICAR

Thatcher y Mijail Gorbachov en el Bajo Flores

por Julio Vezub

[127]

HISTORIAS SIN MAYÚSCULAS

[130]

La historia de George Psorias por James Petras

[131]

TEXTOS ENCONTRADOS (VIEJOS SON LOS TRAJOS)

**Heterodoxia de la tradición y Nacionalismo y
vanguardismo en la ideología política**

por José Carlos Mariátegui

[140]

CONTENIDO

199



- [199]
- [200]
- [201]
- [202]
- [203]
- [204]
- [205]
- [206]
- [207]
- [208]
- [209]
- [210]
- [211]
- [212]
- [213]
- [214]
- [215]
- [216]
- [217]
- [218]
- [219]
- [220]
- [221]
- [222]
- [223]
- [224]
- [225]
- [226]
- [227]
- [228]
- [229]
- [230]
- [231]
- [232]
- [233]
- [234]
- [235]
- [236]
- [237]
- [238]
- [239]
- [240]
- [241]
- [242]
- [243]
- [244]
- [245]
- [246]
- [247]
- [248]
- [249]
- [250]
- [251]
- [252]
- [253]
- [254]
- [255]
- [256]
- [257]
- [258]
- [259]
- [260]
- [261]
- [262]
- [263]
- [264]
- [265]
- [266]
- [267]
- [268]
- [269]
- [270]
- [271]
- [272]
- [273]
- [274]
- [275]
- [276]
- [277]
- [278]
- [279]
- [280]
- [281]
- [282]
- [283]
- [284]
- [285]
- [286]
- [287]
- [288]
- [289]
- [290]
- [291]
- [292]
- [293]
- [294]
- [295]
- [296]
- [297]
- [298]
- [299]
- [300]

El arte de la hipocresía como sistema y como oportunidad por Ricardo Aranda
La hipocresía por Marcos Marín
Visto, oído, hablado
Los libros de la buena memoria por Fabio Vazzoler
Nos queda la palabra
Entrevista con Alberto Piccini
Evite
La doctrina de la seguridad social por la Cumbre
Cronica
Francisco y Miguel Gorbachov en el Bajo Páez
El otro Voz
Historia de la revolución
La historia de George Orwell por James P. Jones
Textos encontrados (y otros) por los autores
Historia de la tradición y racionalismo y racionalismo en la ideología política por José Carlos Mariátegui

El título de este segundo número de *La Escena Contemporánea* es 1989. Queremos explicar nuestra elección. Explicar por qué pasamos de un tema nuclear de las reflexiones políticas como la relación entre política y moral -tal había sido el problema abordado en nuestro primer número-, a una fecha. Un año.

Ese año es nuestro *aleph*. Así le llamó Borges al punto donde convergían todos los puntos. Al lugar donde se desplegaban todas las imágenes y todos los tiempos. 1989 es el nombre que le ponemos a la brutal aparición y objetivación de ciertas tendencias. El nombre para un haz de hechos que parecen delinear un único sentido de la historia.

En 1989 se evidencia una derrota. Y se anuncia que los tiempos que vendrían de allí en más serían peculiarmente sombríos. Algunos bautizaron a los hijos de ese año, y los que eran acontecimientos fueron nombrados como señales del definitivo fin de la historia. En algunos meses se acabó el Muro de Berlín, se notó el inexorable des-

gaste de la URSS, perdió el PT en Brasil, se transformó el peronismo en Argentina, las izquierdas buscarían raudas maquillajes con más coquetería apresurada que nuevas reflexiones. Vinieron las nuevas palabras: globalización, posmodernidad. Supimos usarlas como insultos, antes que comprender la novedad que significaban.

Creemos que ese año puede ser el nombre de una contrarevolución. De una contrarevolución que triunfó casi por completo y que tuvo como fuerzas motoras no a los hombres sino a los hechos. Una contrarevolución pasiva desarrollada antes que por hombres individuales, por el arrasador despliegue de ciertas relaciones sociales. Por algo sentimos que ese momento era el fin de la política. De la política como capacidad de transformación del mundo pero también como activa intervención del hombre en la historia. Esa contrarevolución pasiva fundó un mundo que todavía hoy nos resulta tan desencantado como ignoto. Un mundo que, probablemente, exija nuevas categorías de conocimiento e innovaciones políticas.

Nombrar una revista con un año, no implica sumir al lector en la rutina de un noticiario. En la sucesión distanciada de un almanaque mundial. Es más, 1989 no es, exactamente, la continuidad de doce meses. Sino un punto de tensión entre ciertas tendencias que se acentuaron durante los 80, y la fundación de los años que vendrán. En cualquier momento que nos situemos, el presente aparece como algo que es pura tensión entre lo que fue y lo que vendrá. La peculiaridad

de 1989 es que el cierre es abrupto y la fundación es notoria.

Qué se terminó y qué se inició en el 89 son las preguntas que recorren esta revista. Que, será evidente para sus lectores, no pudo evitar la asechanza de una tentación: pensar -fundamentalmente 1989, en este caso- desde la Argentina. No era nuestra intención. Es el resultado de un trabajo compartido y de obsesiones o dolores personales.

Hay un hecho clave de la Argentina de 1989 que no vamos a analizar con el detenimiento que requiere: el intento de tomar el cuartel de la Tablada. Ese frente a Tablada no es cobardía ni intento de escurrir el bulto, sino vergüenza. No podríamos hablar sobre Tablada de otro modo que críticamente, pero tan intensa como la necesidad de un análisis de esa experiencia, es la vergüenza por la violencia que tiñó los intentos de desprenderse que hizo la izquierda argentina. No callamos porque cedamos al chantaje de la sangre derramada -a los nombres de los presos, fusilados y desaparecidos del Movimiento Todos por la Patria-, sino porque sabemos que cada adjetivo que utilicemos para calificar esa acción será una sentencia. Prudencia que no tuvieron en el año 89 personas y grupos que se reconocían como miembros de una diáspora llamada izquierda, cuando se contornearon para sacudirse las máculas de un parentesco. Insistimos: la ausencia de un artículo analizando Tablada es una toma de posición.

El 1989 argentino fue la desesperación, los saqueos, la última guerrilla, la decepción electoral, la agonia del peronismo, el comienzo del desmoronamiento del Estado nacional. No se puede pensar *La Escena Contemporánea* sin un balance, sin una interpretación, de lo

que sucedió hace diez años. Es claro que no creemos que sea el único origen al cual habría que remitir la historia -o dividirla en un antes y un después sin contaminación ni mixtura-, pero sí que ese año tiene el privilegio de permitirnos volver a pensarla.

A escala planetaria, 1989 también fue el inicio de nuevas formas de hacer la guerra. Un hacer que no sólo involucra a combatientes, sino también a quienes -como nosotros- las venimos presenciando durante una década a través de las pantallas de la televisión. Bosnia, Kuwait, Irak, fueron guerras en las que se pudo verificar cómo el equilibrio tenso entre dos grandes bloques fue reemplazado por un predominio sin contrapesos. Fueron guerras que no sólo ratificaron dónde había quedado localizado el poder, sino que inauguraron -para el resto del mundo- el lugar de "conmovido televidente" (en un artículo de reciente aparición, donde despliega tanta ineptitud como soberbia, el escritor Guillermo Cabrera Infante concluyó que "no nos son desconocidos remotos esos rostros -refiriéndose a la población kosovar- porque "la televisión nos pone a toda hora en contacto visual próximo con las miserias de la guerra". Superioridad armamentística y manipulación de los medios de comunicación fueron constituyendo los pilares de las nuevas tácticas y estrategias.

Hoy la OTAN se empecina en conmovernos apelando al humanitarismo como legitimación última de la guerra en los Balcanes, dándole así honrosas apariencias a una acción de control estadounidense del territorio europeo. Un humanitarismo que se constituye a partir del reconocimiento de víctimas pero no de grupos que tienen algo que decir sobre la situación de sus países. Que la OTAN se haya sacudido de sus contrapesos civiles para desnudarse como pura relación de fuerzas, es un hecho que no puede pensarse sin la reorganización que vivimos en 1989.

La guerra por un lado. Por otro, nuestro tránsito desgastado hacia las elecciones presidenciales de este año. Diez años del 89 son, también, diez años de menemismo. Diez años que van a terminar con un país modernizado a la fuerza y excluyendo, con la introducción de lógicas mafiosas en la política, con el peronismo rearticulado en otros ejes, con el radicalismo absorbiendo la savia joven del único partido nuevo exitoso. Sin embargo, no hay tantas alegrías visibles, ni marchamos hacia las urnas entonando cánticos de esperanza. Esa es una constatación. Una evidencia de que algo perdimos, algo se agotó, e insistimos en fiarnos purito en 1989. No hay esperanza en el futuro de ese escenario, porque las fuerzas políticas eligieron no diferenciarse y pensar sólo como

piensa la gente. Si ayer la política se soñaba espacio de la vanguardia, hoy se reconoce como gestión de lo que la sociedad procesa. Para remontarnos diez años, la actual languidez de las propuestas electorales puede llegar a ser sólo un dato; para comenzar a reflexionar el futuro parece ser la certeza de lo que ya no va a volver a ocurrir.

El intento de este número continúa siendo el mismo: preguntar por el pasado e intuir el futuro sólo como necesidad de entender el presente.

Crónica de un itinerario desquiciado

Ezequiel Yanco

"Con esta revolución, Cuba consiguió su libertad, su independencia. Nadie puede negar que Cuba se convirtió en uno de los Estados más importantes de Latinoamérica" profesaba Menem a un matutino argentino, en los primeros días de enero de 1989, en conmemoración del 30 aniversario de la susodicha revolución.

Esta nota de "color" va a ser deficientemente ilustrativa de un año que recién se paría y cuyas notas principales serían cada vez más sombrías, orquestadas en una sinfonía cada vez más disonante.

El punto de inflexión que representa 1989 en la conciencia político-social y en la transmutación de tendencias económicas de vieja data, quedará enmarcado en una pavorosa escalada de hechos y sucesos contrarrevolucionarios cuya crónica se revela como fundamental a la vez que titánica e inconclusa. Crónica que difícilmente pueda abarcar la inagotable profusión de sucesos contenidos en el 89; quizá en esta imposibilidad acuciante radique su singularidad.

Enero

La tranquilidad del veraneo en las playas de "la feliz" y en los restantes lugares vacacionales elegidos incansablemente por los argentinos, quedará hecha pedazos en los primeros días del enero caluroso y húmedo al declararse la "emergencia energética nacional"; algunos días después, La Tablada le asestará su "punch" final de lleno en la mandíbula para dejarla knock-out.

Los decretos firmados por el presidente Raúl Alfonsín el 4 de enero iban a declarar el estado de crisis energética, reduciendo el horario de televisión a escasas cuatro horas (de 19 a 23) y llevando los cortes programados y rotativos de 5 horas a 6. A estas medidas gubernamentales destinadas a paliar la crisis -producida por la desinversión y falta de mantenimiento en el parque térmico y acrecentada por la falta de lluvias que hacían funcionar a las represas muy por debajo de su capacidad- se sumaban otras de índole mística, como la recomendada por el Secretario de Energía: para que llueva "sólo cabe rezar". Desde el gobierno también se alentaba a la racionalización del uso de energía, apelando a la solidaridad civil que iba a "evitar dejar artefactos encendidos sin razón" y a la "prescindencia inteligente de planchar cierta ropa (como las toallas) en esta época de crisis". Recomendaciones de la misma calaña se repetían, aun-

que no parecían ser oídas por igual, tal como queda ampliamente patentado en las páginas del diario *Clarín* del 5 de enero, donde se cuenta que una mujer "fuera de sí" y en un estado de "absoluta histeria" detuvo su paso para destruir a mazazos cuatro vidrieras de un supermercado, al grito pelado de "yo no puedo dormir de noche por el calor y la falta de luz y acá la derrochan alumbrando vidrieras", para luego guardar tranquilamente el arma en su bolso y seguir su camino momentáneamente interrumpido. Se la bautizó como la "mujer de la maza".

El desconcierto general va a alcanzar gran altura el 23 de enero al producirse el fallido copamiento del regimiento 3 de La Tablada por parte del Movimiento Todos por la Patria (MTP). En un principio la intentona fue filiada como una continuación de los movimientos carapintadas de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli, para luego dejarle paso a las versiones que atribuían este hecho al "rebrote subversivo de ultraizquierda", encarnado en este grupo de supuesta impronta erpiana, comandado por Gorriarán Merlo. La división de aguas de la totalidad del espectro político y social quedará en un primer momento eclipsada por el unánime -y en la mayoría de los casos despiadado- repudio al hecho. Para Alfonsín se trataba de una "parodia" golpista que tenía el objetivo de provocar el enfrentamiento entre el pueblo y las FF.AA.. Desde la Izquierda Unida, el "salvaje y bárbaro" suceso implicaba un total desconocimiento de la voluntad popular y democrática por parte de un grupúsculo de iluminados en armas que se

arrogaba la representación de la sociedad, y un "retroceso en el trabajo de la izquierda en revertir su imagen ante la sociedad". Menem, por su parte, llegaba a sostener que La Tablada "apuntó al corazón del proceso electoral", buscando obstaculizar el desarrollo democrático para impedir el inevitable triunfo peronista en las urnas. Así, desde el peronismo se alentaba una investigación intensiva tendiente a desentrañar la "connivencia" que, alegaban, existía entre el radicalismo y el MTP, embarcados en una campaña de desprestigio que asimilaba a Menem con el caos, la violencia y el golpismo. Esgrimían como prueba que días previos a La Tablada, el MTP había difundido un comunicado que alertaba sobre un posible golpe, digitado por Menem y llevado a cabo por sectores carapintadas.

En el interregno de estos acontecimientos, el día 20 se sellaba la asunción del presidente N° 41 de los Estados Unidos: George Bush.

La sorpresa

María Pía López

*"Somos Edipo y de un eterno modo
La larga y triple bestia somos, todo
lo que seremos y lo que hemos sido.*

*Nos aniquilaría ver la ingente
Forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido".*

Jorge Luis Borges, "Edipo y el enigma"

En 1973, Jean-Paul Sartre publicó un artículo que llamó: "Elecciones: trampa para tontos". A la luz de la contradicción entre movilizaciones sociales y actos electorales conservadores, antagonismo manifiesto en 1968, Sartre oponía *poder legítimo* a *poder legal*. El primero -el legítimo- era el producido por los grupos humanos, el que existía en ciertas instancias comunitarias en la que los hombres se reconocían. El otro, el legal, era el poder del Estado que se enfrentaba, constantemente, al poder legítimo. Las elecciones eran, cada vez, la carta de triunfo del poder legal. En el cuarto oscuro se disolvían las entidades colectivas y emergía victoriosa la cesión de poderes y derechos. Esto es: mediante el voto el ciudadano legalizaba su propio despojo, su sentida e ignorada impotencia. De allí, la necesidad de constituir otros poderes -legítimos- no expropiables, no representativos, no estatales.

Ese artículo de Sartre por muchos años pareció ilegible. Sino ilegítimo. Porque, en Argentina, desde 1976 en adelante se nos enseñó

que debíamos votar. Y había que votar porque era la forma menos cruenta de perder. Se conocen de sobra los métodos de enseñanza implementados. Aquí nos interesa el resultado: el triunfo (ideológico y real) de las urnas sobre otras formas organizativas. La dictadura mostró que su blanco no eran sólo las organizaciones armadas, también marchó contra militantes de asociaciones diversas. Contra aquellos que eran parte de lo que Sartre llamaba poderes legítimos.

Y si en el 83 hubo coqueteos con la idea de una democracia con efectos sociales (esto es: con la idea de que el voto podía implicar transformaciones igualitarias de la sociedad), a medida que pasaba el tiempo fue primando la idea de la democracia como mal menor, como paréntesis frente a la muerte, como instante de paz frente a la guerra. Más que el consenso, el signo de esta democracia fue la disciplina. Más que el entusiasmo colectivo, su pasión fue el miedo. El poder legal -dije: el Estado, los partidos parlamentaristas, la ciudadanía- se nos presentó como única posibilidad, más allá del efímero relampaguear de lo que se llamaron nuevos movimientos sociales.

En 1989 pareció que, además de temor, se podía suponer la esperanza. Es decir: que el anodino lugar político que había quedado -la urna- podía ser la piedra de toque para una reconstitución de poderes legítimos. No lo fue. Y sí comenzó otra instancia de aprendizaje complementaria e inversa de la anterior: porque si habíamos aprendido que era prudente aceptar el poder (sitiado) en el Estado,

en el 89 descubrimos que el Estado no era sitio privilegiado del poder y que el camino más certero para asegurarse su propia subsistencia era la sumisión a los poderes de la sociedad civil. Que ya no eran sindicatos, organizaciones sociales, asociaciones políticas, sino formas de circulación y asentamiento de capitales. De otro modo: si desde el 76 nos empujaron a las urnas, en el 89 se revelaría la brutal inocuidad del cuarto oscuro. En 1989 aquel título de Sartre parecía una maldición argentina.

Es evidente que la sociedad se ha transformado -y mucho- en las últimas décadas. También lo es que gran parte de la sociedad aprendió bien la lección de que la política es peligrosa salvo que sea sinónimo de gestión de lo existente. Y no hay muchas dudas sobre las dificultades, para quienes no aceptamos la continuidad previsible de esta situación, de analizar lúcidamente lo que pasó.

Ese análisis es imprescindible. La historia no es una serie de hechos sino un cierto cruce entre acontecimientos y sentidos. Todavía, en ese plano, hay muchas preguntas que hacer, y demasiadas respuestas sin dar: ¿Qué significó el voto del 89? ¿Cómo interpretar el triunfo de Menem? ¿Qué sucedió para que muchos de los votantes asistieran boquiabiertos a los sucesos posteriores a la elección? ¿Por qué la sorpresa fue un estado de ánimo colectivo?

Porque en el 89 hubo sorpresa, desazón, posturas a destiempo, adecuaciones patéticas y heroísmos ridículos. Para pensar ese estado

de ánimo que impregnó la instancia electoral, quiero recurrir a una vieja historia: la de Edipo. Se sabe que fue un personaje trágico: hizo lo que no quería hacer, terminó castigándose a sí mismo por esos actos que cometió sin intencionalidad evidente¹. El núcleo de la tragedia que él encarna es el problema del saber. Sófocles, en su *Edipo Rey*, hace que un sacerdote le diga a Edipo: "Sí te juzgamos el primero entre los hombres. El que conoce, como nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses". Si Edipo es el centro de la tragedia, lo es porque sabe, pero no todo lo que el sacerdote cree que sabe. Algunos han interpretado que es su ignorancia -de que el hombre al que mata es su padre, de que la mujer a la que desea es su madre- la que estructura la tragedia. Otros, que *Edipo Rey* no es otra cosa que el relato de un exceso de saber y de una articulación, de allí en más condenada, de saber y poder. Creo que la tragedia consiste en el tipo de conocimiento que tiene Edipo y en la carencia de otros saberes. La ignorancia -el no saber sobre su real filiación- puede actuar como desencadenante sólo a partir de un conocimiento de otra índole: del saber que proviene del oráculo. Los dioses hablan e indican el destino. Un destino que es, claramente, ineluctable, porque cualquier intento de eludirlo sólo es un atajo para llegar a su culminación. Edipo se lanza a los caminos porque su destino le ha sido revelado. Huye porque conoce las palabras de los dioses y actúa realizando esas palabras porque desconoce -mientras cree conocerlos-

los signos de la realidad social: los datos de filiación, la inscripción comunitaria. Esto es: Edipo conoce las secretas determinaciones de los dioses. Tanto como desconoce las mudanzas de la vida humana.

Es sobre esa yuxtaposición trágica de conocimiento e ignorancia y, al mismo tiempo, sobre el doblez entre los signos divinos y los terrenos, donde me parece que se puede pensar el funcionamiento de la ideología. Cámara oscura, velo, reflejo invertido, representación de relaciones imaginarias, enmascaramiento, desconocimiento o imaginado desconocimiento, la idea de ideología -en sus múltiples versiones- ha remitido a una cierta dinámica entre lo que se vela y lo que se descubre, lo que es posible saber y lo que se ignora. No interesan aquí las precisiones sobre uno u otro concepto sino esa noción en tanto permita interpretar con qué grado de desconocimiento o con qué tipo de conocimiento los hombres hacen la historia -aunque no lo sepan- o de qué modo hacen lo que no saben. Eso por un lado. Por otro, hay que tener presente que nuestras interpretaciones de los acontecimientos (nuestros saberes y no saberes conjugados) le dan sentido a acciones cuyo resultado estamos lejos de poder controlar. A esa independencia irreductible del mundo -negada, día a día, por nuestra conciencia sobre la idea de libertad- Sófocles la llamaba destino. Las ciencias sociales negaron esa palabra, y prefirieron hablar de condiciones objetivas o de contingencia.

Como Edipo, sabíamos poco y creíamos co-

nocerlo todo; como él, recién más tarde nos supimos ejecutores del destino. Más claramente: la mayoría de los ciudadanos que fuimos a las urnas en Argentina en 1989, lo hicimos suponiendo aportar a la formación de otro tipo de dirección de los asuntos públicos. Los que definimos nuestro comportamiento electoral a favor o en contra de un candidato del peronismo que aparecía muy diferenciado del gobierno radical anterior, alrededor de ese candidato que personificaba la imagen de un interior federal y bárbaro, que prometía la anhelada reforma social y agitaba amenazante las pesadillas de periodistas y empresarios, que anunciaba el regreso a un estado sino obrerista al menos equidistante y paternal, no dejamos de sorprendernos.

Y esa sorpresa fue el descubrimiento de que allí estaba la lección a aprender: que los que podían definir el rumbo de la economía -los grupos económicos locales y los acreedores externos- pesarían mucho más en la definición de las políticas públicas que los millones de votantes. La lenta, y dolorosa, constatación, entonces, de que la asistencia al cuarto oscuro no sería más que una afirmación ritual de los matices de la derrota. ¿Quién no recuerda el ridículo del mal menor, o del voto al partido con menos posibilidades electorales para no sentirse cómplice luego, o la desazón del voto en blanco?

Pero ¿se podía estar tan sorprendido? Poder se podía. De hecho, pocos demostraron no estarlo. La pregunta sería, entonces, en qué desconocimiento se sustentó esa sorpresa. O

en qué tipo de conocimiento se pudo sostener la confianza pre electoral de que Menem encarnaría los intereses populares. Propongo: como Edipo, actuamos conociendo un tipo de designios o de signos, e ignorando otros. Como Edipo, entonces, terminamos sujetos al destino, si es que entendemos por destino -es lo que quiero entender ahora por lo menos- cierto fluir de la historia que excede las voluntades de los hombres que en ese fluir se sienten involucrados.

Decía: como Edipo. Porque me parece que así como Edipo sale al camino porque sabe e ignora al mismo tiempo, porque sabe, insisto, acerca del designio de los dioses e ignora acerca de las reales filiaciones de los hombres; muchos argentinos en 1989 supimos tanto sobre el imaginario mítico del peronismo como ignoramos los signos que demostraban la decisión de Menem de desconocerlo y olvidarlo.

Después de la hiperinflación y de la debacle alfonsinista, no había lugar para interpretaciones confiadas: el temor de un mal mayor (y no la esperanza en algún bien más grande) sería la brújula de las conductas políticas. Desde antes, los signos del mundo informaban que no eran tiempos de búsqueda de salidas populistas, de amplias concertaciones, de rebeliones nacionales o continentales, sino de aceptación de los liderazgos mundiales y locales, y subordinación a las ciegas leyes de la historia. Se habían acabado los tiempos de intentar torcer el brazo a la fortuna o borrar los trazos de un destino. Esto, me parece, podía ser co-

nocido mediante una certera lectura de las mudanzas de la vida humana. ¿Por qué no lo fue, o de qué modo se interpretó la posibilidad de una *otra* política?

Dos elementos confluían en esa interpretación. Uno, la suposición de que el sustrato social del peronismo no permitía un margen de movimiento tan amplio como para que un gobierno de ese signo pusiera el Estado al servicio de los sectores dominantes e importara, como hizo, los mandatos del neoliberalismo más puro. Otro, que la propia tradición política y cultural que mostraba su fuerza en la instancia electoral, era una armadura muy resistente a las innovaciones. Ambos elementos son énfasis diferentes sobre el carácter popular del peronismo, y si el primero hace pie sobre su composición social, el segundo se asienta sobre la existencia de una cierta identidad, amalgamada sobre determinadas valoraciones y símbolos.

Esta interpretación, bastante corriente entre los que sospechaban las posibles articulaciones de Menem con los sectores dominantes, se acompañaba de la creencia en la resistencia que el peronismo -en tanto movimiento popular- podía ofrecer frente al peronismo gobernante. Y si bien parecía una suposición convincente, del 89 para aquí hemos comprobado que más que un condicionamiento, la pertenencia a un partido de origen popular fue para Menem el mayor de sus aliados. Es decir: la feroz conversión del Estado argentino en un Estado de clase, sin vocación alguna por el arbitraje neutral, y la adecuación de la

economía nacional a una resignada subordinación frente al capital trasnacional, recorrieron caminos con escasos obstáculos porque el principal de los obstáculos posibles ya estaba incluido de antemano en el proyecto. Insisto: sólo el peronismo podía generar consenso hacia una política que difería enormemente de las políticas que lo habían caracterizado durante décadas. Frente a un gobierno de otro signo, se alzaría la tradición y el nombre del pueblo. Frente al peronismo del 89, sólo quedó la tibia incomodidad de una ciudadanía embanderada tras la idea de ley, tan irritada frente al transformismo político como luego lo estaría ante el travestismo sexual.

Entonces: las mudanzas de la vida humana nos diseñaban un futuro. Cualquier analista de relaciones de fuerza y tendencias objetivas, podía incluir a Menem en su real árbol genealógico y sospechar con quienes se reuniría en las fiestas de fin de año. Ese analista podría decir: la suerte está echada. Pero, evidentemente, no fue -y creo que nunca lo es- la posición de los millones de sorprendidos. Porque si la política suele implicar una dimensión de desconocimiento aliada con un acervo de creencias y de pasiones -por lo menos, en otros tiempos-, en el 89 hubo una peculiar movilización de esas creencias y pasiones.

Sospechar cómo iba a ser el gobierno peronista que se iniciaba, exigía dejar a un lado los grandes componentes míticos del peronismo y resignar la suposición de que ese nombre era el nombre político de lo popular. Significaba, entonces, desprenderse de la idea de que

ese nombre implicaba un plus, un exceso, un desborde frente al sistema institucional. Implicaba abandonar la idea de que tras la "trampa para tontos", se erguía un pueblo con identidad y potencia.

No era fácil renunciar a tantas cosas. No era fácil renunciar a la dimensión del mito. Y, para no renunciar a ella, nos sorprendimos ante la irrupción de aquello que anunciaban los signos del mundo.

Edipo -sí, otra vez- le pregunta angustiado al hombre-advino: "¿Enigmas siempre? ¿Voces veladas siempre? ¿Cuándo hablas claro?". Y aunque esas preguntas airadas parezcan tanteos de enceguecido, son las preguntas y las acusaciones que tiñen la actualidad política, al tiempo que son el substrato de muchas de las indignaciones anti oficialistas. Pero hay dos formas de hacer esas preguntas. Una, como interrogación a la política. Es decir, hasta dónde es irrenunciable en ella la dimensión del enigma y del velo, el impulso del mito o el apaciguamiento de la ideología; hasta dónde el corazón intenso de la política no late en lo indecible, en lo no transparente, en la creencia. La otra forma es la que se dirige contra los políticos de la época, a los que se reclama soldar sus palabras y sus actos, al tiempo que revelar sus "verdaderas" intenciones. Es la pregunta de una ciudadanía que anhela transparencia y subyace a la condena de la traición de Menem. Sobre la notoria disociación entre sus palabras y sus actos (disociación salpimentada de chistes, amagues y cotilleos), se erige una acusación que suele olvidar que

Menem salió victorioso cada vez que fue plebiscitado. Que volvió a triunfar con los votos de los sectores populares. Quizás esa acusación no denuncie tanto al enunciador de enigmas, como a la precariedad del ejercicio hermenéutico de los receptores.

Me interesa más la primera forma en que hice esas preguntas. Porque aunque las creencias no siempre son festejables en su funcionamiento político, sí es claro que son ineludibles. Alguien como Baruj Spinoza, que desconfiaba de la imaginación como fuente de error y de engaño, que suponía que la imaginación podía ser superstición y cimentar, como tal, la conformación de poderes despóticos, no dejaba de encontrar en esa misma facultad la amalgama misma de la sociabilidad. Negri no se ha cansado de señalar que en Spinoza la multitud -la potencia colectiva que se erige contra el poder estatal- se conforma no tanto sobre la razón sino sobre la imaginación.

Estamos cerca de la idea de pueblo como exceso y desborde (aun cuando deriva en la asociación de ese pueblo a un movimiento político), idea que ha sido una guía potente y una creencia de fuste de la política argentina. Pero si luego del 55 esa creencia fue la amalgama mítica que permitió una identidad rebelde, en el 89 fue la mayor de las trampas ideológicas. Algo de eso ya sabía Cooke: porque al tiempo que fogoneaba la idea de hecho maldito, alertaba contra la conversión del peronismo en un hojaldre de burócratas, más que dispuestos a incluir al movimiento en una

política del orden. Alertaba contra la transformación del mito en fetiche (es decir, de aquello que moviliza en fórmula que congela y en rito que cristaliza); contra la mutación del peronismo en ideología de la conservación y no de la ruptura. Esto es: el mito puede ser fetiche si la creencia no es incorporada en una estrategia de la razón, y, en ese caso, en tanto fetiche, ser la gran herramienta inmovilizadora, el mecanismo de expropiación de la potencia del pueblo y su sujeción al poder. Sólo que Cooke creía que si el orden y las burocracias triunfaban el peronismo dejaría de ser el nombre político del pueblo.

Desde el 89 para aquí, si bien no podríamos suponer que continúa esa implicancia vital, sí sabemos que se mantiene vigente una asociación electoral. Sabemos también que el pueblo carece de nombre político, al tiempo que la política carece de pueblo, salvo que podamos llamar de ese modo (con ese nombre que evoca tantas tradiciones e historias) al disperso conjunto de ciudadanos que, patéticos, tantean en la oscuridad.

Nota

¹ Edipo, cuando descubre que ha matado a su padre y desposado a su madre, se enceguece y es desterrado. Esto es: Edipo queda, al mismo tiempo, sin visión y sin poder. Sófocles lo describirá -en *Edipo en Colono*- caminando a los tumbos, apoyado sobre una hija o dejándose caer sobre un bastón. Tan diferentes no hemos sido durante estos diez años. Casi ciegos. Muy desorientados. A medio camino entre los actos trágicos y el ridículo de la cegue-

ra impostada. Pienso en esa escenificación infantil del titeo (esa burla grupal, más o menos despiadada, que David Viñas ha descripto como uno de los núcleos simbólicos de la Argentina oligárquica) que es el juego del gallito ciego. ¿Quién no recuerda lo grotesco del gallito ciego manoteando el aire? ¿Quién no recuerda lo ridículo de suponer que allí donde sólo hay vacío hay de dónde agarrarse?

Febrero

En Paraguay, el día 3, se asiste al derrocamiento de 34 años de "stronismo", llevado a cabo por el General Andrés Rodríguez, consuegro de Stroessner, considerado el número dos del régimen. El gobierno provisional hace un llamado a elecciones presidenciales en el plazo de 90 días, prometiendo una transición democrática enmarcada en la garantía de los derechos humanos.

A nivel nacional, la escena transcurre matizada por las imágenes generadas el mes anterior en torno a La Tablada. Se da comienzo a la discusión acerca del rol de las FF.AA. en la democracia y se crean organismos estatales tendientes a conjurar y prevenir todo hecho de violencia organizada. Así, nace el Consejo de Seguridad presidido por Alfonsín e integrado por el titular de la SIDE y por miembros destacados de las Fuerzas Armadas. A la profusión de discursos que empiezan a ensalzar el rol de las FF.AA. como paladines de la democracia y la Constitución, se suma el del jefe del Ejército, General Francisco Gassino, que reclama la imperiosa necesidad de un marco legal para la lucha antisubversiva. La arenga, pronunciada en el regimiento de La Tablada, suministraba también una lectura histórico-política al sostener que "el ejército argentino estrecha filas nuevamente en torno a sus muertos por la patria". Los sectores de izquierda denuncian que los efectos políticos del fallido copamiento son "un traje hecho a medida de la derecha" para reimplantar una Ley Terrorista, a partir de la cual las FF.AA. re-

cuperen injerencia en los asuntos políticos internos, tal como estaba expresamente prohibido por la Ley de Defensa; la militarización de la política estaba en marcha, dando rienda suelta a la "caza de brujas". Al mismo tiempo, se asiste a una jornada de duelo nacional en memoria de las víctimas de La Tablada, quedando suspendidos todos los eventos públicos, cualquiera sea su envergadura: políticos, deportivos y del espectáculo.

La escena sufrió entonces un vuelco claramente graficado en las palabras de un teniente coronel que registrará, a partir de los sucesos del 23 de enero, "un saldo positivo, porque significó un triunfo sobre la subversión y porque la opinión pública cambió".

Por otro lado, el 6 de febrero se desataron los desvelos gubernamentales por detener "la carrera del dólar". El Ministro de Economía, Juan Vital Sourrouille, introduce modificaciones al Plan Primavera, creando un dólar libre cotizado sin intervención del Banco Central. Las nuevas medidas económicas, lejos de traer la tan anhelada tranquilidad de los mercados, producen en la primera jornada bursátil un incremento del 36% en el dólar libre, que seguirá ascendiendo con el correr de los días.

Marzo

Mientras el Plan Primavera continuaba marchitándose al calor de los embates inflacionarios y de la reticencia cada vez mayor de los empresarios, en el plano internacional Venezuela inauguraba el mes con un estallido so-

cial que tuvo como detonante el fuerte ajuste económico, tras el acuerdo firmado por el presidente Carlos Andrés Pérez con el FMI en torno a la deuda externa. Caracas se vio sumida en un clima social de saqueos generalizados, de quemas de automóviles y de vidrieras apedreadas que trataría de ser contenido y apaciguado por el establecimiento del estado de sitio y el toque de queda.

Venezuela se convirtió así en el telón de fondo del histrionismo vernáculo en el que tanto el candidato radical a la presidencia, Eduardo Angeloz, como Luis Zamora parecían estar de acuerdo en torno a las palabras del presidente del Partido Justicialista, Antonio Cafiero, que sostenía "que las políticas de ajuste del FMI presagian futuras convulsiones y estallidos sociales que comprometen la paz y la democracia en el continente americano".

Menos de dos semanas después, el Secretario del Tesoro estadounidense, Nicholas Brady, anunciaría la creación de un plan tendiente a reducir la deuda externa de los países del Tercer Mundo, con el fin de neutralizar los efectos del "Caracazo" en Latinoamérica e impedir, según reflexión vertida desde las páginas del *Washington Post*, "que la región recientemente democratizada se revierta en dictaduras de izquierda o de derecha". El plan se hallaba sujeto al cumplimiento de reformas estructurales que incluían la liberalización de la economía y la reducción del rol del estado.

En la URSS, marzo asiste al contundente y aplastante triunfo del 89,44% del candidato a presidente Boris Yeltsin.

De apariciones y apariencias

Diego Sztulwark

"Mientras no penetremos en el determinismo escondido de la inversión de los valores y mientras no entremos en la resistencia (resistencia al mal, nichtmitmachen), viviremos en la mentira".

Karel Kosik

Recuerdo un artículo en el que Toni Negri iba fechando los nudos básicos de una historia, la del siglo XX, dando cuenta de la llamada crisis capitalista del 29 pero, por encima de esto, del nacimiento de los llamados Estados de Bienestar Social, del modo fordista de regulación social y productiva y de la figura, en muchos sentidos paradigmática, de Lord M. Keynes. Negri argumentaba que la emergencia de una fuerza social autónoma proletaria en 1917 habría estallado, con la crisis del 29, en el corazón del modo de producción capitalista. Y que, entre esa fecha y el fin de la Segunda Guerra Mundial, el sistema configurado jerárquicamente por el capital habría logrado establecer un pacto de último momento con esta fuerza social proletaria amenazante: altos niveles de poder fáctico y un abierto reconocimiento -inclusivo- tanto social como cultural y político, a cambio de un reconocimiento institucional del Poder-Capital. Negri relata las vicisitudes de este enfrentamiento-acuerdo (que incluye como momento fundacional las matanzas producidas por el nazismo y las guerras mundiales) considerando el surgimiento del período de la instalación de los Es-

tados de Bienestar Social como la resultante de una tregua en la cual la incorporación de las fuerzas del trabajo al orden político terminó fortaleciendo al orden capitalista en detrimento -político- del primero. El resultado del proceso estaría a la vista con la reanudación de la lucha a comienzos de la década del 70 o a finales de la década anterior. El poder acumulado por el capital definió los términos del enfrentamiento social en su favor hasta desalojar a la fuerza política y social de los trabajadores del seno del entramado estatal (variando con esto la forma misma del estado capitalista) en aquellos países en donde la clase obrera resultó mas debilitada. 1968 es el punto de inflexión: del declinar agónico del *obrero masa* y de la aparición de una nueva figura-sujeto, el *obrero social*.

Lo que me llamó la atención de aquel artículo de Negri fue la estrategia utilizada para entrarle al tema. En el artículo en cuestión no se hacía nada demasiado diferente a lo que intentan hacer tantos otros artículos producidos al interior de las "disciplinas" reunidas bajo el signo de las ciencias sociales -o humanísticas- y del ensayismo político: identificar una serie de fechas -recortadas sobre el fondo de la historia- a un cierto *logos*, a una cierta *forma* del desarrollo de la experiencia social. La exposición rigurosa del despliegue de una serie de contradicciones va develando así una fenomenología social en la que -como en toda fenomenología- los hechos no son sino manifestaciones de una verdad más profunda. Pero en la convicción sobre la existencia de esta verdad (mas allá de que se la indague

con un método dialéctico o a través de una *genealogía*) radica lo que me parece a la vez un problema teórico y una necesidad ineludible en la búsqueda del *significado* de una época.

Esto es lo que pasa, por caso, con nombres como Lord Keynes o Henry Ford. Estos y otros nombres pertenecen a una serie encadenada de nominaciones cuyo mismo peso los torna *significativos*: "personifican" relaciones sociales y contextos epocales y así los valoraron inteligencias convergentes como José Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci. La figura de Keynes, particularmente, fue vislumbrada tempranamente en todas sus dimensiones por Lenin en una interesante y curiosa intervención en el segundo encuentro de la Tercera Internacional. Esta idea de "personificación" estuvo en la base de la definición marxiana de las figuras centrales del capitalista y del proletario, así como en la intuición engelsiana del "capitalista perfecto", y sirvió, desde entonces, para dar cuenta de la brecha existente entre los "*fenómenos* tal como *aparecen*" y la crítica de la "*apariencia fenoménica*". La misma afirmación según la cual las fuerzas sociales son *encarnaciones* de una lógica "más profunda" y, más aún, las esperanzas de que estas encarnaciones resulten susceptibles de ser captables en términos de años, días y nombres *significativos* nos informan de un problema a la hora de pensar la historia -o, más sencillamente, algunos de sus tramos-.

Pero la historia no es incognoscible. Funciona

al respecto un curioso mecanismo a partir del cual los fenómenos históricos se despliegan -precisamente- como *fenómenos*, tornándose visibles, *apareciendo* antes y agotándose tiempo después. Una cosa entonces es renegar de una exposición simplificadora, abstracta y etnocentrista del objeto de las teorías de lo histórico y otra muy distinta es afirmar su inexistencia, su inactualidad o su imposibilidad. Existe al respecto un problema relacionado con la doble significación de la *aparición* como *lo que aparece* y como *lo que aparenta*. Precisamente es esta doble significación de la apariencia la llave del juego de la política, la teoría y la historia.

Y 1989 tiene en efecto un valor extra al dejarse alumbrar como el año de una *aparición*. Tal vez no el año tal cual ocurrió -¿quién "sabría" leer adecuadamente la heterogeneidad temporal contenida en un almanaque luego del paso de Walter Benjamin por la filosofía?-. Convenciones aparte, 1989 nos interesa en la medida en que intuimos en él ciertas claves a condición de captarlo -como diría el mismo Benjamin-, *tal cual se ilumina frente al relampaguear de un instante de peligro*. Es -precisamente- esta apariencia lo que nos interesa.

Se trata de 1989 tal como lo recordamos-interpretamos-sentimos. Eric Hobsbawm escribió su *Historia del siglo XX* como una reflexión sobre un siglo corto. Agregaría que el 89 fue un año largo. Un lapso temporal de articulación del pasado con una incerteza: la de no poder responder aún si estamos realizando una torsión de la conciencia desde el sólido

sustento de un nuevo siglo (ciclo) que comienza -como indudablemente comienza un nuevo milenio, y eso no sucede todos los días-, o si más bien lo hacemos desde la precariedad propia de quien se para sobre inestables restos, sobras efímeras de algo que, a fuerza de haber existido, ya no existe más.

Octubre del 17, el 17 de octubre: fechas, años, meses; nombres: Lenin y Perón, nombres que dicen algo (mucho) sobre esta verdad subterránea que la teoría querría captar, desearía comprender y sobre la cual, al final, nos resulta necesario admitir la insuficiencia, la imposibilidad de captar el significado total de las palabras vinculables a esta verdad. Palabras cargadas de contenidos en la medida en que se recurre a ellos -inevitablemente- para interpretar los sentidos profundos en el aparecer de los fenómenos históricos.

¿En qué otra cosa sino en esta lucha interpretativa puede consistir la pelea ideológica? ¿Cómo excluir esta cuestión de un pretendido pensamiento de la "hegemonía política"? Y sin ir más lejos: ¿qué lugar ocupó el nombre de José Martí en el discurso de Fidel Castro? ¿Cuál fue el sentido deseado para el nombre Perón en boca de hombres que, como John William Cooke, se mostraron decididos a disputar el significado de los nombres "costosos" de la historia?

Aunque comparto las prevenciones respecto de las filosofías de la historia, no creo que podamos en nombre de ese temor hipotecar la posibilidad de un pensamiento complejo y

abarcador sobre la historia. Quiero decir que adivino la reacción refleja de quienes hartos de tanta metafísica en nombre del marxismo rechazan todo lo que huele, siquiera vagamente, a vestigios de una filosofía de la totalidad condenada (dos veces, a partir de la sentencia del *fin* de los metarrelatos). Pero sucede que la conflictiva relación entre *historia* y *logos* no parece estar realmente resuelta. Acudiendo al método (pre)marxiano de la inversión podríamos intentar concluir lo siguiente: si en Hegel era el concepto el que se desplegaba en la historia, ahora sería la historia la que se desplegaría en el concepto. Parafraseando a Lenin, Eduardo Grüner halló una fórmula posible: *la lógica como historia concentrada*. Y bien, es esta la relación que quisiéramos mantener entre logos e historia, entre forma y contenido. Con la secularización y definitiva reubicación de la lógica como aquella densidad acumulada en el transcurrir social histórico, se puede renunciar abiertamente a toda consideración de determinaciones extrahistóricas y replantear en nuevos términos el debate sobre la relación entre razón y experiencia o, en otras palabras, podemos interrogarnos acerca del lugar del concepto.

No puedo en este sentido sino reafirmarme en una vieja certeza que reza sobre la acción contenedora sufrida por el pensamiento lógico deductivo a manos de la experiencia (aún cuando mantengamos una idea insuficiente respecto de cómo tratar esta noción de experiencia). La historia como *límite* entre cuyos estrechos brota un torrente conceptual. Con el mismo espíritu quiero referirme a los acon-

tecimientos situados bajo la influencia calendaria del año en cuestión.

En primer lugar el año 89 se nos presenta como un llamativo punto de inflexión entre la historia y la poshistoria. Entre un sórdido milenio en retirada y las incertezas de un porvenir de cuya largura no tenemos aún pistas suficientes. Pero digamos al menos algo sobre este *punto* de vista: la idea misma de una fenomenología es la que queda invalidada; no vamos a hablar desde ningún sitio de arribo -siquiera parcial-; no existe ningún lugar de *abso-luto* desde el cual escribir este artículo. El año 89 no es el lugar escogido para relatar desde allí la historia del socialismo frustrado, del estatismo agotado, ni de la democracia victoriosa. Más bien todo lo contrario, aparece como un último momento de la certeza, como un límite que nos interroga por nuestra situación actual, un punto de apertura de la historia, un recuerdo que se nos presenta como "año clave" y, a la vez, que nos oculta en su sórdido misterio todo intento de desciframiento.

1989 fue un año de retornos, en que el campo socialista se topó con su propia realidad. Fue el año en que se reveló -una vez más- una vieja verdad: *la historia* tiene reverso. A pesar de no ser lineal -sino, en todo caso, laberíntica- existen en su estructura una cantidad de surcos -los que nosotros mismos hemos hecho al andar- sobre los que es posible dar pasos hacia atrás.

Un año en que reapareció la *política armada* en

toda su visibilidad. En rigor ella no había desaparecido. Había persistido velada entre sus muchos recursos mistificadores. En 1987 una fracción del ejercito argentino reactualizó los términos de una guerra que, desde 1983, la gran mayoría de la sociedad argentina, es decir la conciencia alfonsinista, había decidido conjurar al grito hiperdefensivo del "nunca más".

Gran protagonista de esta historia, el alfonsinismo fue -como nos recuerda Alejandro Horowicz en *Los cuatro peronismos*- un movimiento político mucho más abarcador de lo que comúnmente se ha creído. Fue literalmente una figura de la conciencia política de este país. Trascendió sensiblemente los límites de la estructura partidaria del radicalismo y tiñó con sus colores las sombras del sistema político argentino en su conjunto.

Horowicz afirma que por detrás del discurso alfonsinista operaba una "cadena del terror" que consistía en lo siguiente: el ejercicio del pensamiento y la opinión nos conducen a la diferencia, la cual nos lleva a la discusión, ésta, a su vez, nos empuja al conflicto y de allí existe un solo paso a la mesa de torturas, el exilio y la muerte. El alfonsinismo fue una ficción construida sobre el miedo y la derrota: la ilusión colectiva consistía en creer que era posible administrar el capitalismo dependiente argentino e incluso obtener ciertas tasas de crecimiento económico, cierto nivel de desarrollo social y cultural y una cierta cuota de reestructuración de la institucionalidad política sin tener que atravesar el insoportable camino del conflicto y de la violencia. El eslogan

"Dictadura o democracia" -característicos del lenguaje alfonsinista- encontraba una implícita pero efectiva traducción en el entendimiento mayoritario en los términos "violencia o política". La política adquiría así el mandato de constituirse como un ilusorio espacio de lo público desde el cual exorcizar toda forma de la guerra.

Esta ficción fue recortada desde sus bordes externos. La promesa, no obstante el apoyo multitudinario, tuvo que vérselas con otras ilusiones, las que -incluso sin ser tan poderosas (mayoritarias)- tuvieron la virtud de actuar a la ofensiva. La violencia amenazó con desnudar sus puños. El fantasma de la guerra acosó hasta el final al gobierno alfonsinista, el cual, aunque se dió por vencido mucho antes, tuvo que renunciar a un mínimo control del aparato del estado al promediar el año 89.

La constante amenaza de golpes de estado llegaron al extremo conspirativo de incluir al mismo vicepresidente de la nación, uno de los extraños casos relevantes de dirigentes políticos oficialistas no alfonsinistas de la época. La utilización de la amenaza del golpe de estado, como es lógico, se sustentaba más en el terror disperso en el cuerpo social, como producto -fundamentalmente- de la acción de la última dictadura, que en el verdadero poder de veto del "Partido de las FF. AA.", el cual, en todo caso, estaba dividido, desprestigiado, aislado nacional e internacionalmente y, además, carecía de proyecto nacional y, por otro lado, de la vital confianza del bloque de las clases dominantes.

Las atendibles denuncias según las cuales el grupo Bunge y Born financió los movimientos de Aldo Rico -en sus "años épicos"- no revela tanto la existencia crónica de un virus antidemocrático alojado en algún órgano biológico de burguesía argentina como sí, en cambio, la falta total de escrúpulos por parte del bloque en el poder (y en particular de determinadas fracciones que ya iban perfilando su rearticulación en el mercado mundial) para utilizar calculadamente -como instrumento eficaz a fin de moldear estados de ánimos, conductas políticas y actitudes de inversionistas- los complejos sociales en beneficio propio.

En otras palabras, es probable que durante el gobierno de Raúl Alfonsín no haya habido ningún plan serio de golpe de estado o, lo que es parecido, es altamente improbable que de haberlo habido sus perpetradores hubiesen tenido posibilidad alguna de llevarlo a cabo exitosamente. Sin embargo, el permanente hostigamiento militar combinado con la claudicación política -claudicación que, por otro lado, estuvo en estricta coherencia con los fundamentos últimos de su propia legitimidad- generó un efecto espiralado: así, a mayor tensión proveniente del bando militar, mayor justificación pedía el gobierno para conceder en defensa de la cada vez más vacía "soberanía política civil". La constitución ("la democracia") -probablemente- no estuvo en peligro, el alfonsinismo sí: su proyecto no soportaba la irrupción de la violencia y, obviamente, no la resistió. El hecho es que en aquel momento (casi) nadie estuvo dispuesto a experimentar el enfrentamiento directo (el que tal vez hu-

biese disipado los fantasmas más terribles). Y quienes mejor comprendieron la situación fueron quienes estaban en mejores condiciones para arrancarle beneficios a este *Leviatán acobardado*. Cuantas menos posibilidades de golpe de estado, más beneficios obtuvieron las clases dominantes con la amenaza del uso de la violencia militar.

Pero 1989 fue también el año de la "pacificación". Fue el año en que la amenaza de la guerra, su efectivo despliegue en el cuartel militar de la Tablada, contribuyó a instaurar por fin un orden de la paz. El año 89, decía en su momento Horacio Verbitsky¹, fue un año pedagógico. Sobre el ensayo general se preparó el ingreso del peronismo al gobierno nacional. La inutilidad propia de un soberano que no es capaz de conjurar la guerra interna sino que simplemente se somete a sus fantasmas torna absurda la validez del pacto inicial mismo, desvirtúa la misma utilidad de la política -sobre todo la pauta precisamente para esos fines-, y actualiza la necesidad de un Orden eficaz, proveniente tal vez de una articulación más orgánica con quienes tienen el monopolio real de la violencia efectiva, algo que, como sabemos, no pertenece sin más a las Fuerzas Armadas.

Una de las características más llamativas de este año 89 resulta de la imposibilidad de los actores políticos con capacidad de acción de ser contemporáneos respecto de su situación, de tener plena conciencia de su tiempo, problema que cae dentro del campo de la teoría de la ideología. Según Zizek, en su re-

gistro más profundo la ideología opera mediante la producción de una ilusión, derivada no tanto de dificultades propias del proceso de conocimiento, sino más como efecto de la propia práctica. En otras palabras, la ideología no actúa tanto como obstáculo epistemológico para reconocer los intereses que se ocultan tras el discurso del poder, sino que más bien funciona en el momento mismo en que se estructura la realidad, en el momento en que se le otorga una cierta coherencia en relación a mis propias acciones (políticas). Sartre escribió sobre esta imposibilidad en su *Crítica de la razón dialéctica*. A propósito del 18 Brumario, Sartre advierte sobre la representación defectuosa que los hombres nos hacemos habitualmente de nosotros mismos y del campo de batallas en que nos toca actuar². El año 89 se nos presenta así como una confirmación de las complejas relaciones entre la práctica y la conciencia, entre el hacer y las ideas que tenemos sobre la realidad práctica.

Efectivamente, en el momento en que se erigía con todo el poder una profunda restauración ordenancista, no una sino varias fuerzas sociales del escenario nacional (e internacional) se dispusieron al enfrentamiento directo por el poder o se acomodaron a la espera de lo que imaginaron una absurda vuelta al pasado. Precisamente en el momento en que el movimiento popular en su conjunto (con toda su heterogeneidad y todas sus contradicciones) repetía un movimiento de repliegue, los discursos resultaron ultra-ofensivos y las acciones de los más consecuentes degeneraron en catástrofe. No sólo el ataque a la unidad

militar de La Tablada, sino también las tesis del MAS, según las cuales se estaba arribando a una situación revolucionaria en la Argentina, revelan las dimensiones de esta ilusión.

En el mismo momento en que esto ocurría, buena parte del sindicalismo argentino (y de la militancia popular) prefirió imaginar que detrás de la figura de Carlos Menem volvían los tiempos (míticos) de redistribución económica y reconocimiento del poder de los aparatos sindicales. Es curioso como el sindicalismo mantuvo luego de 1983 un conjunto prácticamente inalterado de ilusiones, hábitos y discursos. Recién a partir del año 89 parece producirse un realineamiento vinculado a las transformaciones económicas y sociales, pero también en función de tradiciones e ideologías, de modelos sindicales opuestos y de diagnósticos diferentes de la nueva situación.

1989 fue el año de una soldadura. La de un nuevo bloque histórico -si es que esta categoría, conserva su potencia explicativa en tiempos de redefinición del Estado Nación- alrededor del "menemismo", neologismo que atribuye al estilo de gobierno de Carlos Menem lo que en buena parte del planeta se ve como un fenómeno complejo llamado "posmodernidad". En lo fundamental este bloque es el resultado de la combinación de fenómenos nacionales e internacionales, una mezcla de inserción subordinada al proceso de "globalización" con un exitoso proceso de "modernización social excluyente"; de los efectos perseguidos de "concentración de recursos"

económicos, culturales y políticos y los no menos buscados índices de "desocupación" y precarización laboral, de "estabilidad económica" con alto "costo social", de una reprimarizada "economía social de mercado", con perdones presidenciales y oscuros procedimientos en el manejo del poder.

1989 fue el año de una *costura*. La del peronismo con el liberalismo, la del suelo empobrecido de nuestro capitalismo con el techo miserable de su cúspide, la de la "globalización en curso" y la modernización conservadora nacional, la de una modernidad asediada y una posmodernidad funcional al sistema neoliberal, la de un sistema político representativo y la ausencia de una dinámica de masas que corporice políticas resistentes y la de la derrota político militar de los años 70 con la reconstrucción del poder del capital a partir de lo que Altvater llama el "efecto mercado"³.

El PJ se tornó, *imprevisiblemente* en el partido del nuevo orden mundial. Y no de cualquier orden sino de uno en particular. el partido del mercado mundial. Antonio Gramsci había señalado hace ya muchos años que en toda formación política suele haber un partido representante de las tendencias del mercado mundial. La paradoja argentina consiste en que precisamente esta representación la ocupe el mismo partido que hasta fines de los 70 se expresaba como el partido de la Nación. En la década del 80 su programa político -tal cual había sido anticipado por *Los cuatro peronismos*- había abandonado ya tareas históricas nacionales y más bien la tendencia era la de

apoyarse en la eficacia derivada del escenario mundial. El PJ realizó así la curva más sorprendente de la historia política argentina: del partido-nación al partido-mercado mundial. Una pregunta interesante al respecto sería la siguiente: ¿era posible antes del 89 trasladar este "saber formal" al terreno efectivo de la política?

1989 antes que nada y a pesar de todo fue un año electoral. En efecto, las elecciones presidenciales aparecen como la apertura-opción contextualmente condicionada según la cual las clases dominantes -por voluntad y/o por necesidad- adoptan la forma parlamentarizada del poder político, sometiéndose a una instancia -"voto popular"- no directamente controlable, momento en el cual se genera, según Rancière, una "desestabilización del orden simbólico político imperante" o, al menos -y esto es lo relevante-, *se instala la ilusión de que ello ocurre*. Por lo general -en "las democracias que funcionan"- esta ilusión dura muy poco y es alimentada para fortalecer la idea -real y falsa a la vez- de que el pueblo (*demos*) aumenta su poder de decisión.

Sin embargo los recursos políticos, culturales, económicos y estamentales a partir de los cuales las clases dominantes restringen, cooptan, disciplinan y recortan opciones (pos y pre electorales) suelen dar lugar al *proceso real de limitación de la "soberanía" popular* mediante sutiles -o no tanto- procesos de *confiscación* de la "*voluntad popular*" expresada electoralmente. Negri advierte en este proceso un mecanismo constitutivo de lo social según el cual la potencia instituyente de las multitudes se ve amenazado en forma

permanente por el poder constituido, institucionalizado, tanto en nombre de la ley como de la soberanía o de otras formas de la subordinación del trabajo vivo sobre el trabajo muerto.

En contra de este argumento de "la *invención democrática*", según el cual en el proceso electoral irrumpe lo "Real", haríamos bien en advertir que el poder del "Orden de lo Simbólico" -para seguir con el mismo lenguaje- tiene la suficiente capacidad para *significar*, hegemónica y aceleradamente, tal proceso de irrupción. Efectivamente, si se considera al "acto electoral" como un exabrupto de imprevisibilidad total, un golpe del azar en medio de la normalidad del dominio mediante el cual las clases dominantes se someten a esta "irrupción del súbdito", admitamos como contrapartida que en las actuales democracias -y el menemismo es sólo una muestra representativa-, el contexto en el cual se produce la "irrupción" conduce a su reinscripción directa en el campo de sentidos articulado por la racionalidad dominante. El "acontecimiento político" queda *resignificado* dentro del proceso de las relaciones de fuerza (pre)existentes con una solvencia inusitada. El menemismo es efecto y causa de este fenómeno. El mecanismo logra de esta manera contar con suficiente "legitimación legal" en base a la potencia subjetiva original, expropiada de esta forma, reconfirmada reiteradas veces y con la ventaja extra de que sus "enemigos inmediatos" aceptan esta lógica de competencia desde el comienzo. Precisamente en esta transparencia, en el sinceramiento público de esta situación radica la fuente del cinismo como discurso del poder. Zizek agrega aguda-

mente que esta ideología cínica del poder no es sino la respuesta a la "ironía popular", a la palabra disolvente que circula por los cimientos del poder, desnudando los intereses ocultos bajo los discursos "serios" e ineficaces de los miembros del poder político y social.

1989 fue, en un cierto sentido, un año *filosófico*. Podríamos hablar de él como de otro "año de la *ilustración*". Contra la opinión de muchos, este nombre le calza mejor que el "año de la traición". Claro que elegir un nombre más adecuado que otro para este turbulento lapso calendario no significa desconocer que durante ese año se efectuó al menos *una* traición. El problema es discutir en qué consistió esa traición y, tal vez, descubrir en ella misma algo más importante que una *mera deslealtad*. El hecho en cuestión es que Carlos Menem arrasó -en el año 88- con la hasta entonces invicta figura alfonsinista de la conciencia política argentina representada en aquella ocasión por el reversible Antonio Cafiero. Y lo hizo en nombre de un ser popular aún subsistente, de una apelación simbólica al poder de las mayorías profundas. Pero, además, lo hizo en plena crisis del gobierno radical y enfrentando a Eduardo Angeloz, o sea, a la respuesta abiertamente liberal y privatizadora.

Eduardo Angeloz pidió el apoyo de los argentinos, en aquella ocasión, apelando a la necesidad de una conciencia realista. Una de las posibilidades, entonces, era la de admitir en forma impostergable las transformaciones operadas a nivel mundial y, a su vez, extraer de ello las lógicas consecuencias. Para ingresar al mundo en permanente cambio había que asumir un mandato globalizador, obedecer

la ley de la modernización en curso. Angeloz dijo la verdad: no lo quisimos oír. Y, en cambio, quien dijo lo que sí queríamos escuchar fue Carlos Menem, quien supo diferir su mensaje en las exactas proporciones que la nueva realidad reclamaba. Si por un lado el partido radical pedía apoyo para realizar un plan de ajuste social y económico, por el otro el peronismo dijo lo que sabía que queríamos oír, sacando de inmediato conclusiones que la UCR no podía asimilar: esto es, que la fractura política operada entre dinámica de masas, movilización popular y pronunciamiento electoral había sido ya consumada. Fue la fractura menemista del Partido Justicialista -por primera vez- quien aprovechó esta fractura a su favor. 1989 fue tal vez el último año en que se pudo triunfar en unas elecciones nacionales diciendo una "no verdad". Si atribuimos el uso de la no verdad a la deshonestidad de un candidato y a su equipo de campaña, estamos negando *nuestra* -genéricamente, claro- participación en los acontecimientos. Por que lo que en verdad se ocultaba, tal vez, no era el programa de gobierno que luego se aplicaría efectivamente -como se desprende del reproche de la traición-, sino algo mucho más traumático para el trabajador, el estudiante, el ciudadano y el militante. Se ocultaba una verdad que como tal no podía ser disimulada eternamente, en tanto refería a la capacidad misma de las organizaciones del movimiento popular de percibir y de maniobrar en el nivel político de las relaciones de fuerzas. Esa verdad era lo último que queríamos oír y la UCR no hacía más que pronunciarla.

Los primeros meses del gobierno menemista fueron -hoy lo vemos con mayor claridad-

tiempos de profundos reacomodamientos. La no verdad estalló por los aires y las clases dominantes desplegaron un nivel jamás visto de publicidad de la nueva época. Con gesto kantiano proclamaron la época de la *ilustración*, en la que cada ciudadano debía desprenderse de la tutela de las decadentes autoridades externas -instituciones ligadas a una idea de estado popular, ideas vinculadas a la idea de un estado socialista- para asumir una responsabilidad propia de la mayoría de edad. La *revolución ilustrada* persigue el conocimiento de la verdad y la verdad que -allí estaba- *apareció*.

Una nueva conciencia de la libertad, mucho más profunda que la proclamada del libre mercado, se hizo presente: la de *la conciencia de la necesidad*. No sólo el peronismo no se fracturó, sino que quienes se fueron de su estructura partidaria proclamando traiciones inadmisibles en pocos años se transformaron en el síntoma más visible de la nueva conciencia de la libertad ilustrada. O, en otras palabras, no fueron, como creen, hijos del 83 sino más bien del 89.

Punto de inflexión evidente, 1989 fue un año de realismos, en que moría el viejo posibilismo reformista que se legitimaba desde la enunciación de una matriz de cambio (por moderado y gradual que fuera) y, en su lugar, nacía un escepticismo agresivo que sustituyó la idea de cambio por la de *éxito* como máxima de la aspiración social (individual).

1989 fue indudablemente el año de unas mutaciones. De la aparición de una serie de inesperados resultados producto de un proceso

de metamorfosis avanzado. La caída del muro de Berlín -aún resultando una sorpresa generalizada- no fue más que el producto de una serie de opciones que el poder soviético -y el poder del capital- fue(ron) tomando a lo largo de su historia, particularmente en la década del 70. Esta apreciación que hoy es generalmente aceptada, sin embargo, no se presentó en forma inmediata en aquella coyuntura. 1989 fue también el año en que la Revolución Sandinista realizó su llamado a elecciones revelando -antes o después del resultado- que ya no podía sostenerse en el poder político y que, en el marco de un poderoso retroceso de la correlación de fuerzas en el campo internacional -con la rendición soviética-, se volvía insoportable el mantenimiento de la guerra con EE.UU, peor aún para una país pobre y dependiente de Centroamérica. Fue el año en que la guerrilla salvadoreña, nucleada al rededor del entonces frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, tomando nota de esto realizó su última ofensiva militar para obligar a las Fuerzas Armadas de ese país a sentarse a negociar los acuerdos de paz. Y fue el año de la invasión a Panamá, antecedente directo no -como se decía entonces- del fin de una etapa signada por la presencia irritante del imperialismo norteamericano, sino más bien como un ensayo de lo que 10 años después se denominó, mediante una operación de signo inverso, "extraterritorialidad de la justicia" y, su reverso, el papel de gendarme mundial del nuevo orden aplicado, entre otros, a países del Medio Oriente como Irak.

El año del fin de una forma de la política que, en realidad, ya había finalizado mucho antes. Fue el año en que Lula emergió en Brasil co-

mo candidato para enfrentar, en una polarizada segunda vuelta, a Fernando Collor de Mello. Pero también fue el año en que se transparentó la ya infinita distancia habida entre manejo del aparato de gobierno y control del aparato del estado. Fue el año en que los cientos de libros escritos sobre la transición democrática en América Latina fueron dando lugar a los miles de escritos sobre pobreza y exclusión en el mismo sitio. Fue el período en que se estructuró el sistema del llamado pensamiento único que combina el consenso de Washinton con la unipolaridad militar de posguerra; y de la invasión definitiva por parte de la cultura y el estilo de consumo estadounidense (o posmoderno, del capitalismo tardío) al conjunto de las sociedades de nuestro subcontinente y el comienzo de la instauración del nuevo orden mundial, del diseño de sus instituciones y del discurso práctico de la globalización.

Volviendo a nuestro país: 1989 encuentra expresión (y su extensión, hasta mediados del siguiente año) en la convocatoria del periodista Bernardo Neustadt a la Plaza de Mayo al heterogéneo bloque social reunido alrededor del aparato político del PJ y sus aliados, en la llamada "plaza del Sí". El poder de las clases dominantes -incluso según los analistas económicos más lúcidos del momento- estaba atravesado por una disputa interna. Desde hacía ya un tiempo se estaba dirimiendo un conflicto por la hegemonía entre distintas fracciones del bloque de las clases dominantes: la contienda tenía por objeto definir concretamente qué fracción controlaría el aparato del estado, cómo se reordenaría interna-

mente la coalición dominante, cuáles serían las características salientes del patrón de acumulación a establecer, qué tipo de reconversión debería afrontar la estructura económica del país, hacia qué modelo productivo se orientaría al capitalismo argentino y, en consecuencia, las particularidades del ajuste económico permanente a aplicar. Resulta de sobra conocida la resolución parcial de esta disputa con el arribo de Domingo Cavallo al Ministerio de Economía, en favor del predominio de los organismos de crédito internacionales. Fue un momento muy sugestivo de la historia de nuestro país, en el cual el bloque en el poder inauguraba -o, al menos, tomaba conciencia del nuevo arsenal- sus armas más seguras y descartaba las más peligrosas. El golpe económico reemplazaba así al tradicional golpe militar. Tal vez Seineldín fuera el último hombre de este planeta en ser avisado.

La configuración de una nueva anatomía del poder emergió claramente en esos años, aún cuando la conciencia sobre ella realmente nos venga a la mente diez años después. La posibilidad misma del establecimiento de un sistema político realmente constitucional, en el cual las principales instituciones republicanas gocen de plena capacidad de funcionamiento, mal que nos pese, sólo fue posible -con las imperfecciones que tanto nos irritan a los antes mencionados- cuando se vió finalizada esta operación de vaciamiento del poder político. Fue sólo cuando el poder efectivo del aparato del estado resultó relativamente neutralizado por el bloque de las clases dominantes, momento fechable en 1989, que se hizo posible la plena constitucionalización del poder político. Sólo una vez que fue internali-

zando bajo la forma -ambigua, ambivalente- de una "ciudadanía responsable", comenzó a institucionalizarse la parlamentarización del dominio de clase. La "democracia" comenzó a funcionar en la Argentina cuando dejó de ofrecer posibilidades a la transformación política de fondo.

En este sentido podemos distinguir al menos dos etapas distintas de ejercicio del terror contra los proyectos "revolucionarios", "reformistas" y "populistas": la dictadura militar, y la hiperinflación o, en términos más filosóficos, golpe de estado, antes y golpe de mercado, ahora. Con el primero se desestructuró al bloque popular en formación, con el segundo -en cambio- se procuró llevar al extremo el disciplinamiento social e impedir los mínimos niveles de su recomposición.

Fue el año de la desestabilización traspapelada, de la rápida reorganización del caos. Una imagen de caos alteró el parsimonioso transcurrir de la cotidianeidad. La irrupción fue (semi)insurreccional. Como piezas de dominó los saqueos de comida, dinero o lo que fuera se sucedieron en barrios, provincias y países. El caso de Venezuela es, tal vez, el espejo en donde más conviene mirarnos. El "caracazo" fue un hito -tal vez fundacional- de una década de acumulación política y social que terminó -al menos provisoriamente- en la crisis de la estructura partidaria tradicional -socialcristianismo y socialdemocracia- tantas veces puesta como ejemplo de convivencia democrática y gobernabilidad exitosa, y en la emergencia de una aventura política que amenaza con la democracia social en plena globalización. Mientras tanto, en Argentina, el efecto

mediato de "los saqueos" fue el de confluir en el movimiento de sobredeterminación que cerró el círculo del poder alrededor de la figura del "gobierno civil". Como dijo en algún lugar Leon Rozitchner, la configuración del poder parece dejar un sitio vacío, un mínimo resquicio para ser ocupado por un cuerpo vivo, civil, electo, una figura "política" que dé cierre a la estructura del dominio.

La coyuntura de este año espeso cristalizó en una forma particular del poder político. Un hueco preservado para una figura cuyos deseos personales, como en la teoría de los hombres históricos de Hegel, coincidan con los de la Historia -clases dominantes-. El hombre en cuestión es reemplazable desde el punto de vista de las necesidades estructurales, aunque a veces no sea nada fácil hacerlo, pero lo importante es aquel otro componente que aparece como "voz de la Historia" y que, por medio de la *astucia de la razón* (amenaza de golpe de mercado), ordena las irrupciones del Real-popular, disciplina al poder civil mediante la "juridización" de la política (forma en que aparece la violencia inscripta en las relaciones "políticas" de fuerzas) y define los contornos de época (globalización y modernización).

1989 fue además un año hegeliano en otro sentido. Como en la metáfora del Búho de Minerva, que levanta vuelo al atardecer, la filosofía demostró ampliamente su retardo en relación a las percepciones y la conciencia de quienes habitamos aquellos tiempos. Se trata de la conocida manía de la teoría de explicar las cosas más complejas una vez que el fuego comienza a apagarse. Cuando el año 89

nos atravesaba, muchos de nosotros sentíamos una extraña excitación por la sensación confusa de apertura. Cuando tuvimos en nuestras cabezas las primeras reflexiones mas o menos coherentes, éstas ya no nos servían para reparar lo que debía resolverse con una intervención en caliente.

1989 fue año de la instauración del *Discurso del Orden*: del peronismo hegemonizado por el menemismo como Partido del Orden. El orden como discurso del poder, en tanto balbuceo cínico mediado por la obscenidad y el desenfado. Se trata del goce del discurso del poder: "hoy en día, dice Rancière, el estado se legitima al declarar imposible la política". La cuestión -agregaría- se agrava frente al reverso de la fórmula. La impotencia del estado (claro que esta impotencia no es *cualquier* impotencia sino *una* cierta impotencia "estructural"), como *problema*, debería dar lugar, por sí solo, a la legitimidad de la pregunta por la política. El Orden que el poder instaura, a partir de confesar que el Estado ya no puede transformar nada, pretende -no sin éxito- confiscar la capacidad de crítica (política) y, por tanto, de subordinación realista frente a las *caóticas* aspiraciones de cambio. Es el mismo Rancière quien considera al realismo como la ideología fuerza de estas democracias caracterizadas por la "juridización proliferante", las "prácticas de peritaje generalizadas" y las "encuestas permanentes" (posdemocracia). Con esto, la *relación estatal* misma se empobrece al punto que vuelve a predominar en ella su carácter desnudo de dispositivo de control social, independientemente, como es lógico, del tipo de coalición que gobierne el aparato institucional.

Pero el año 1989 fue también un año trascendente en la historia de nuestra izquierda. Y no es posible pensar que la izquierda (unida, peronista, de centro, "progre" o lo que fuere) era gran cosa con anterioridad al año en cuestión. Lo que ocurre es que de alguna manera -durante la década pasada- un conjunto de "ficciones aún vigentes" permitían al militante de esa franja del espacio político sostenerse, maniobrar, circular entre sus diversas expresiones orgánicas y periféricas e, incluso, apoyarse en determinadas relaciones de fuerzas geopolíticas internacionales para justificar esto o aquello.

Para la "izquierda argentina" la caída del socialismo soviético representó una toma trágica de (auto)conciencia en más de un sentido. Quienes lo lamentaron nunca asumieron -al menos activa y públicamente- hasta que punto en esa caída sucumbían sus más arraigadas concepciones sobre la política y un conjunto no menos relevante de frustraciones afectivas. Las reacciones fueron diversas. La adoración al "objeto soviético" fue sustituida por la adoración a fetiches de otro orden y, a menudo, el dogmatismo anterior continuó en sus rigideces pero varió en contenidos. Al otro lado, quienes la festejaron en nombre de lo que fuese -y no hablo de quienes disfrutaban con la alegría de los poderes victoriosos- no parecen advertir la causa profunda de una incómoda sensación de fracaso: por alguna razón quedaron endeudados en la bancarrota de un negocio en el que no figuraban a la hora de las ganancias.

Frente al estallido, el conjunto disperso y empobrecido de organizaciones e individuos que

por una razón u otra pueden ser alcanzados por la nominación de "la izquierda" reaccionó haciendo de la carencia, virtud; de la degradación, dogma; de la segmentación, relativa especialización; y de la sorpresa, confirmación. Luego de la frustración absoluta de las experiencias más originales de la década del 80, "las izquierdas" se *refugiaron* en distintos ámbitos: organizaciones barriales, sindicatos alternativos, organismos de derechos humanos, centros de estudiantes, cátedras universitarias, revistas de las más variadas, centros culturales y blindadas organizaciones políticas. Se ha sugerido -observando esta atomización- la conveniencia de pensar la izquierda en sus dimensiones social, política y cultural. Si pasamos revista a las acciones y reacciones de las izquierdas en cada una de estas esferas, sin embargo, nos encontraremos con un panorama sombrío, como manifestación de los efectos traumáticos no analizados debidamente.

Efectivamente, una cosa es buscar refugio frente a la tormenta pasajera y otra es advertir que la tormenta transformó notablemente el campo de lo que quedó "a la intemperie". En otras palabras, del refugio no se puede salir tal cual se ingresó: se sale vencido o se sale transformado. Y es este proceso de transformación el que debería encabezar las listas de prioridades, en vez de seguir blandiendo fórmulas sobre una hipotética "unidad de la izquierda", o, peor, vivir ofuscados por que estas "izquierdas" siguen siendo como son sin aprender nada de las críticas calificadas de las mejores revistas del mercado editorial socialista. Probablemente en vez de oscilar entre las propuestas unificacionistas y los curio-

sos intentos por ilustrarla, la izquierda reclame mas bien una contundente experiencia de (re)fundación.

Alguna vez Horacio González comentó la desgracia de las izquierdas durante la segunda mitad del siglo XX en la Argentina enfatizando una cuestión de malos entendidos. A propósito de los escritos de John W. Cooke, González recordaba la fractura entre una izquierda social, el pueblo, "las bases" peronistas, y las organizaciones políticas de ideologías "de izquierda". Ni unas ni otras lograron, a decir verdad, conquistar la ansiada unidad entre las "grandes ideas" y las "amplias masas" y lo que prometía conformarse como un polo triunfante de la contradicción social capitalista, devino en una derrota en el terreno intranquilo de la lucha de clases.

El año 89 debió haber sido el año de la superación y, sin embargo, no lo fue. Donde debió finalizar la "prehistoria" se acomodó la "pos-historia" y todo su andamiaje cultural. 1989 no es más que una excusa, entonces, para preguntarnos por la naturaleza de las apariencias y para interrogarnos por "nuestra" capacidad de protagonismo actual. Tal parece ser el problema.

Notas

¹-El mismo Horacio Verbitsky sufrió el efecto disciplinario del almanaque. Luego de sus valiosos trabajos de investigación sobre la masacre de Ezeiza y sus investigaciones sobre el discurso de las Fuerzas Armadas en la última mitad del siglo, Verbitsky escribió su incomprendiblemente desconocido *La educación*

presidencial, de la derrota del 70 al desguace del Estado (1990, Editora 12 y Punto sur, Buenos Aires), trabajo que desnuda muchos de los sucesos ocurridos durante finales de la década de los ochenta bajo la clave analítica del disciplinamiento del bloque en el poder al poder civil emergente bajo el liderazgo de Carlos Menem. A partir de allí el discurso de Verbitsky pierde inteligibilidad, se judicializa, se especializa en minuciosos datos sobre causas jurídicas, internas palaciegas y fraudes al erario público. Sus libros corren la misma suerte que sus artículos periodísticos, y el análisis político así como sus apuestas comienzan a perder densidad.

² Con la confección del método psicobiográfico -dice Jameson- Sartre pretendía unir en una situación -en la experiencia personal- la constitución psíquica individual y el contexto social e histórico. Esta reconstrucción debería dar cuenta de la existencia de la situación objetiva como de su imposible acceso directo a ella. La vivencia de la situación objetiva -la realidad- es experimentada por los propios protagonistas con un cierto nivel de *inadecuación* en relación a la mirada posterior del investigador.

Dice Sartre: "En esto consiste todo: declararse romano y querer detener la revolución es una y la misma cosa; o más bien, antes se detendrá si antes se adopta el papel de Catón o de Bruto: este pensamiento que resulta oscuro para sí mismo, se da unos fines objetivos. Puede hablarse así de una comedia subjetiva -simple juego de apariencias que nadie disimula- y de una organización objetiva e internacional de medios reales para alcanzar fines reales sin que una conciencia cualquiera o

voluntad premeditada haya organizado el aparato. Sencillamente, la verdad de la *praxis* imaginaria está en la *praxis* real, y aquella, en la medida en que se la tiene por simplemente imaginaria, envuelve unos retornos implícitos a ésta como a su interpretación". Cuestiones de método, en *Crítica de la razón dialéctica*, pág. 46.

³ Dice Mariano Grondona: "Ya lo hizo en 1989, en tiempos de hiperinflación. Hace diez años, la Argentina fue después de Bolivia el primer país del mundo que acometió el ajuste económico capitalista dentro y no a costa de la democracia. La crisis económica de 1989 fue superada en el interior de las instituciones. Habrá que hacer lo mismo hoy con la crisis política". (*La Nación*, 28 - 03 - 1999).

Como se ve nuestro país es considerado por el periodismo consagrado como un caso exitoso de combinación neoliberalismo y democracia. En pocas palabras Grondona da aplicación práctica a toda una concepción de la escisión entre política y economía, nos brinda una visión del 89 como *crisis económica*, y nos señala una clave de época: "dentro de las instituciones todo, fuera de las instituciones nada". Queda sin embargo la sensación de que aquí se nos escapa algo. La idea de la democracia que Grondona nos presenta es totalmente dependiente de un conjunto de instituciones presentadas como *valores* en sí mismos indispensables para la convivencia pacífica impiden cualquier revisión crítica sobre sus contenidos. Queda así al descubierto una de las características mas salientes de este 1989: la idea de *crisis* finalmente se independizó de la de *crítica*.

Abril

La escalada inflacionaria que había puesto en jaque al equipo económico dará su última estocada el primero de abril, provocando la renuncia de Sourrouille y la asunción de Juan Carlos Pugliese. El recambio y las nuevas medidas no alcanzan a satisfacer a los empresarios como tampoco a contener el dólar, que batirá récords hacia fines de mes llegando a picos de 100 australes. Los precios, a su vez, crecían acordes a la estampida del dólar, erosionando los salarios que se mantenían fijos. La CGT trataba de responder a estos embates desde el Consejo de Salario Mínimo buscando una compensación salarial acorde al impacto inflacionario porque, según Ubaldini, no podía "seguir recayendo sobre la espalda de los trabajadores el mayor peso de esta crisis". Entre el piso de 6100 australes por el que abogaba la CGT y el existente de 3500, el salario mínimo quedó estipulado en 4000, es decir, un magnánimo aumento cifrado en unos... 40 dólares.

Alfonsín, ante la crisis, llama a una concertación entre el gobierno, los partidos políticos, la CGT y las empresas, para garantizar a la sociedad "una transición económica ordenada en el marco de un pluralismo democrático". Angeloz advierte sobre las posibilidades de un "Caracazo" debido al imperante caos social. Para la CGT, el clima de convulsión social es patente y del todo evidente. Según un miembro de la conducción de la central obrera, la CGT es "el dique de contención de un estallido social"; pero, en la mirada más matizada de Saúl Ubaldini, el estallido no se pro-

duciría por el grado de madurez y nobleza del pueblo argentino. De esta forma -y bajo la invocación de esta madurez- se descartó una huelga general que pudiese obstaculizar la transición pacífica, apelando a que el "paro se lo vamos a hacer el 14 de mayo con el voto de todos los argentinos".

Así como las "correrías" del dólar no podían ser frenadas por las medidas económicas, otras de diferente índole iban a llegar a su fin. El "Bambino" Veira es condenado a 4 años de prisión por tentativa de violación y corrupción de menores.

Reflexiones dispersas sobre la izquierda antes y después del 89

Guillermo Levy

El año 89 se nos apareció como un antes y un después para la izquierda; digo se nos apareció, porque creo que respecto de la izquierda en Argentina como en otros temas, ese año produjo, pero sobre todo mostró, violentamente, muchas cosas que ya estaban gestándose con anterioridad.

Lucha de clases

La inestabilidad del período 89-91, fue tan regresiva porque fue provocada sólo por los poderosos; pelearon entre ellos, reacomodaron posiciones, mostraron sus dientes, e hicieron negocios fabulosos sólo posibles a punta de pistola o con nuestra casi total pasividad.

El terrorismo económico y la desesperación que produjeron, hicieron posible que la dirigencia política, sin ninguna voluntad de enfrentamiento hacia el poder, acatara todo el programa neoliberal de las clases dominantes, más si tenían apoyo popular o, por lo menos, apoyo incondicional de algunos, expectativa de muchos, resignación de otros y mezclado con todo esto la pasividad de casi todos. Inmovilidad mezcla de incertidumbre, esperanza e impotencia. Las clases dominantes en todo su esplendor, como decía Verbitsky en *La educación presidencial*, en semanas echaron a Alfonsín y disciplinaron a Menem. Un Menem al que antes de subir ya no le quedaba margen, desde una lógica de gobernabilidad, si no para acatar lo que le dijeran. Ni si-

quiera fue posible un acuerdo preferencial con el sector de los grupos económicos nacionales con los que intentó una alianza los primeros meses, para posicionarse frente a los acreedores externos. El intento de reconstruir la vieja alianza con la "burguesía nacional" y la clase obrera contra la oligarquía y el capital extranjero en su segunda parte era sólo un sainete de aquella.

Muchos de los actores de antaño ya no estaban; otros, ostensiblemente cambiados: la clase obrera estaba muy reducida numéricamente, sin posibilidad de imponer nada, sin expresión política y con la identidad en crisis, con una derrota a cuestas y con el mazazo de la hiper. Aquellos empresarios nacionales pequeños y medianos mercado internistas o habían desaparecido o se habían convertido en subsidiarios de los que ahora les habían expropiado el nombre de empresarios nacionales: Corporaciones que pegaron su estirón con el genocidio a través de parasitar al estado: Soldati, Techint, Bidas, Bunge y Born, Perez Companc, etc. Su programa político del 89 era muy simple: Rentabilidad o muerte, o rentabilidad y muerte como el del 76 al 83.

La inescrupulosidad del menemismo, que no conoció casi las mediaciones institucionales ni morales ni ideológicas que tibiamente intentó anteponer a veces Alfonsín, iba de la mano con la absoluta impunidad de la clase dominante en Argentina que no escatimó en genocidios, robo de bebés y golpes de mercado mostrando una absoluta coherencia (eso sí) entre medios y fines.

Las hiperinflaciones posteriores a Menem, la

muerte tan simbólica del ministro Roig, la caída de Rapanelli, la transición con Erman González y la definitiva subida de Cavallo, dieron por tierra con el sainete y terminaron parcialmente con las luchas al interior de las clases dominantes, actores excluyentes de este período: los acreedores externos ganaron la pulseada y lejos de liquidar a su competidor circunstancial, lo incorporaron (las nuevas reglas de juego liquidarían a muchos de los grandes empresarios nacionales y la banca nacional en el mediano plazo). La Argentina del 91 en adelante iba a privilegiar el pago de la deuda, el ajuste fiscal, el nuevo endeudamiento y la disciplina financiera por sobre cualquier política monetaria medianamente autónoma, desarrollista o como la querramos llamar. Los grandes grupos nacionales quedaron como socios subordinados a la caza de las empresas del estado. La subsistencia o no de estos no estuvo asegurada: O se volvieron competitivos internacionalmente o se asociaron con capitales extranjeros o se trasnacionalizaron o vendieron todo para vivir de rentas que es su verdadera vocación. Por último, están los que lograron seguir subsistiendo a partir de una relación mafiosa con el estado: Yabrán (hasta su muerte) y Yoma.

Paradoja

El momento de más retroceso del campo popular y de mayor poderío de las clases dominantes, es el mejor momento electoral para la izquierda. El 89 fue el mejor año electoral para la izquierda partidaria: Izquierda Unida sacó más del 3,5% de los votos (parece poco pero

en esa época nos pareció mucho), Zamora entró como diputado y, al mismo tiempo, fue el peor año para el campo popular.

Podríamos pensar, como se piensa desde algunos lugares de la izquierda clásica, que cuanto peor mejor. Que cuanto mayor poder despliegan las clases dominantes más conciencia despiertan en nosotros y por lo tanto más claridad (y por ende combatividad) hay en el pueblo; o pensar que la fuerza de ellos expresa la debilidad nuestra. En el caso del 89 en la Argentina, si las clases dominantes pudieron desplegar todo su poder sin casi resistencias esto es en parte a causa de la falta de poderes contrapuestos. Me inclino más por esta idea. Me cuesta pensar que la sola acción del poder concentrado, para los militantes visible y transparente, genere conciencia y posibilidad de lucha. Hay una concepción muy empirista en pensar que los hechos son obvios y transparentes y vienen con una sola lectura posible. La falta de fuerza propia también implica que tanto los hechos como las interpretaciones son ajenas. La causa de la hiper pudo estar (según a quienes se escuche) en la falta de capacidad de Alfonsín, de algún ministro de economía, de la ineficiencia de las empresas estatales, de la emisión de moneda, o en un golpe de mercado con múltiples fines, puja distributiva (entre capitalistas) realineamientos internos, disciplinamiento del nuevo gobierno, etc. Esta última explicación, a la que le otorgo la crucecita de "correcto", es la que menos se escuchó. No hubo nadie con capacidad de incidir en el sentido común en esta dirección.

Un punto más: creímos que cuánto más se sabe cómo son las cosas, más reacción se genera. Quizás una idea de conciencia que vincula a la misma sólo con el descubrimiento de datos. La lucha ideológica que asumíamos de alguna manera u otra los militantes de izquierda en los 80 consistía en "esclarecer" acerca de la relación entre todos nuestros problemas y el capitalismo. No digo que esto no sea válido sino que hay que pensar la toma de conciencia como un proceso más complejo, que abarca el verse a uno mismo como parte de la realidad, el interiorizar otros valores, etc. Es una trampa creer que la conciencia es sólo información. La experiencia del 89 nos permite pensar lo siguiente: hay muchas cosas que hoy se dicen y se saben acerca de la dirigencia política, del sometimiento a las políticas de EEUU, y los organismos internacionales, de la escasa incidencia de los poderes formales frente a los reales, de la rapacidad del capital. Cuestiones por las cuales nos matábamos en nuestro intento por darles una explicación en la época de Alfonsín y que hoy parecen ser tomadas como obvias por la mayoría. Sin embargo, podemos pensar hoy que este saber no necesariamente se traduce en confrontación sino que se puede traducir en escepticismo si estas mayorías, ahora informadas, no tienen instrumentos para revertir su realidad.

Pero volvamos a la elección de Izquierda Unida de mayo del 89. En este sentido, un balance post-89 posible de confirmar año a año, es la poca incidencia que tiene una participación electoral o parlamentaria en esta época don-

de el poder tiene muy pocas mediaciones legales e institucionales, y donde la desmovilización y la delegación pasiva son el dato más notorio. En este contexto muy poco puede expresar una buena elección de la izquierda, quizás sólo un estado de ánimo. En ese panorama desolador, el festejo de Izquierda Unida por haber conseguido que uno de los 300 diputados fuera propio, hoy parece patético. Muy poco, aunque ese no era el mayor problema; ser pocos no habla necesariamente mal de uno, si en cambio, la vocación por ser "pocos pero buenos"; y una serie de concepciones político-ideológicas donde se mezclan sectarismo, vanguardismo, mediocridad, soberbia, personalismos, falta de reflexión, que llevan a una enajenación absoluta de la realidad que se intenta transformar, por lo tanto, implica incapacidad para incidir en ella. Falta de coraje para darse cuenta de esto y revertirlo cayendo muchas veces en oportunismos y posibilismos que si bien marcan a la dirigencia política en general, jamás tendrían que serlo de la propia. En el medio de los palos sin respuesta de arriba, y la izquierda partidaria poniendo toda su militancia para la campaña electoral...

Tablada

Tablada mostró que los errores para nosotros se pagan muy caro (sobre todo para los muertos, desaparecidos y detenidos por el ataque). Esto, sin embargo, ya se afirmó de distintas maneras, y a posteriori no es tan difícil repetirlo. De lo que no se habló lo suficiente es de dos cosas: de la operación des-

pegue de la izquierda partidaria que había formado parte del contexto que llevó a Tablada. Esto por un lado. Por el otro, del clima existente en toda la militancia, clima cuya derivación en Tablada no era tan impensable. Es más, podríamos decir que los militantes del MTP hicieron lo que de una u otra manera muchos decían y decíamos durante esos años.

Las flores a los militares caídos junto a la idea de sindicalizar a las fuerzas de seguridad, no eran consecuencia de que el MAS se hubiera puesto de parte de los militares sino, más bien de su caracterización y estrategia acerca de que la revolución se venía y había que fracturar las fuerzas armadas. El no hacerse cargo (los dirigentes de la izquierda partidaria), de la violencia verbal que en esos días mostraban, el tratar después del 23 de enero de no mostrarse "violentos" para no perder votos para las elecciones de mayo, la ausencia del MAS al acto de las madres del 24 de marzo del 89 porque su consigna era "resistir es combatir" y podía mal interpretarse a menos de dos meses de las elecciones, el no hablar más de los muertos civiles de Villa Martelli, ni de los muertos en las represiones a los saqueos, ni de los fusilamientos en Tablada, no exculpan en nada a los militantes del MTP (que ya pagaron demasiado caro) ni a Gorriarán que no tiene reparos en hacer un balance de la historia donde se abraza con el menemismo, y dice que con este gobierno las instituciones quedaron definitivamente consolidadas, para lograr el favor de un indulto.

Los buenos análisis' que se hicieron en la in-

telectualidad progresista pos-Tablada que hablaban acerca del error en creer en la separación de la vanguardia y el pueblo, de la necesidad de acabar con el gulag teórico, de la escasa crítica necesaria de los 70, de calificar al ataque como contrarrevolucionario, análisis que mechaban con la palabra terrorista no para referirse esta vez a los genocidas sino a los militantes del MTP, sin empacho de refloatar la teoría de los dos demonios que, después de las leyes de impunidad de Semana Santa y Villa Martelli estaba herida de muerte, no lograron impedir que muchos (no todos) de los autores de esos artículos publicados en diarios y publicaciones políticas, pasaran en pocos años de la denuncia impiadosa del sectarismo al fundamentalismo posibilista poniendo su intelecto (ya menos críticamente) al servicio del Frepaso, o del menemismo o, aún en menor escala, de conseguir dádivas en alguna facultad.

El 89 para la izquierda empezó el 23 de enero. Después del ataque, no sólo desapareció el MTP, como fuerza política nueva, que en sus primeros años crecía y reivindicaba lo mejor de la tradición de los 70. La sorpresa que causó su accionar no radicaba en que existiera una contradicción entre su decir y hacer sino porque no hubiera esa disociación común en el resto de la militancia de izquierda. El MTP había hecho un giro en 1988, giro que implicó que muchísimos militantes y grupos enteros abandonaran la organización. Este giro implicó dejar una construcción amplia y a mediano plazo, por una concepción vanguardista que fue cerrando la organización y

que reemplazó la idea de política como construcción colectiva por la idea de política como lucha militar, llevada a cabo por un pequeño grupo que, en determinado momento, cuando las condiciones estuvieran dadas, podría lograr dirigir a las mayorías. Este vuelco fue visible para toda la militancia (muchos con simpatía, otros con distancia, otros con descalificación) desde un año antes sin que nadie pensara por eso que eso terminaba en Tablada.

Con el 23 de enero terminaron muchos trabajos político-sociales. Mucha gente volvió a su casa, el movimiento de derechos humanos retrocedió indeclinablemente hasta el '96; desapareció Resistencia Civil, que era una organización armada para enfrentar al intento de golpe de estado de Villa Martelli el mes anterior (cuando Alfonsín festejó su final diciendo que no había habido muertes en el momento en que se velaban los cinco civiles que fueron a repudiar a los militares en las inmediaciones de los cuarteles tomados). La izquierda partidaria se moderó en el momento en que las clases dominantes se radicalizaban y los carapintadas amenazaban (quizás tan vacía su radicalización pre-Tablada como su moderación electoral después del 23 de enero). Tan contundente y rápida fue la crítica de toda la izquierda a la desastrosa acción del MTP, como incapaz de dar respuesta a algunos de los golpes económicos e ideológicos que en ese momento nos asestaban por minuto.

La palabra izquierda hoy suena muy vaga, no está muy claro que delimita, a quienes define. Por momentos reducimos el conjunto izquier-

da para hablar sólo de los partidos así llamados y por momentos lo pensamos en sentido más amplio incluyendo miles de militantes, políticos, sociales, territoriales, agrupaciones sindicales, grupos culturales, grupos políticos de distinto tipo, revistas, etc. que en total suman mucho más tanto desde lo cuantitativo como desde lo cualitativo que todos los partidos de izquierda juntos después del 89.

Desde otro lugar podemos cuestionarnos si la "izquierda" es un conjunto de ideas organizadas en un partido que intentan generalizarse al conjunto de los oprimidos para que, mediante esta organización, estos tomen el poder, o si podemos pensar la izquierda como prácticas liberadoras, articulación de éstas, la democracia directa; en definitiva, construcción de autonomía mas allá de cuáles ideas estén implicadas. La concepción clásica de que la izquierda es un conjunto de ideas a organizar en un partido, ha sido la prevaleciente en este siglo, la que nos configuró a todos nosotros, y que entró en una gran crisis en el 89; no siendo hasta ahora claramente reemplazada por otra.

Si bien es cierto que se avanzó en muchas experiencias, en tratar de romper muchos de los obstáculos epistemológico-ideológicos que impiden volver a hacer política, esta actitud trae aparejado poner en cuestión algunas ideas paradigmáticas de la izquierda tradicional. La necesidad de cuestionarse quiénes son los sujetos, la forma partido como herramienta única de organización, el pensar la democracia como forma de construcción, la crí-

tica necesaria a las experiencias del socialismo real, etc. Siempre después de las derrotas vienen las críticas, es cierto, pero no todas van en el mismo sentido. La crítica puede usarse para justificar el posibilismo, la imposibilidad de los cambios, la despolitización o también para hacer posible un nuevo horizonte revolucionario.

Considero que en el 89-90 en la Argentina se terminó con la creencia en la capacidad de los partidos de izquierda para incidir en la lucha de clases; digo esto resaltando también que esta época coincide con que la lucha de clases se desarrolla casi únicamente al interior de las clases dominantes pasando las mayorías de actores a espectadores. Diez años después, como dije antes, apenas se vislumbran algunas experiencias superadoras, en el sentido de que hayan logrado romper una serie de obstáculos epistemológicos² y construir desde concepciones políticas diferentes que tomen en cuenta los cambios operados en todos los planos pero al mismo tiempo que esa aceptación de las nuevas condiciones y la tremenda hegemonía del capital no implique el afirmar que los grandes cambios ya no son posibles, y que fueron sólo una ilusión de la modernidad.

Los condicionantes de la derrota nacional y mundial son muy fuertes y se hacen sentir fuertemente en estos años; pero también sirvieron como excusa para múltiples fracasos, errores y cambios de bando. Sería importante que además de excusarnos en todos los recursos de las clases dominantes desplegados

en los últimos años para neutralizar cualquier expresión autónoma de poder popular, pudiésemos mirar que cosas nuestras nos imposibilitaron pasar en algún momento a ser actores y no sólo espectadores, porque la derrota no se explica sólo desde los vencedores sino también desde los vencidos.

Positivismo y política

Volviendo al tema del iluminismo de la izquierda tradicional, me refiero a esta concepción de que el partido supone tener una verdad que el resto desconoce (una verdad científica aunque muchas veces parezca religiosa). La dominación ideológica que imprime valores de las clases dominantes a las clases oprimidas no parecería afectarnos a los militantes que creemos ponernos por fuera y sólo desde ahí incidir en el resto. Se piensa la vanguardia, no como articulación sino como aparato, separada del sujeto, del conjunto de los trabajadores, tiene independencia de éstos, la vanguardia puede entrar y salir de un conflicto y tener un destino al margen de la clase a la que dice expresar.

Esta concepción está cruzada entre otras cosas por muchas ideas matrices que produjeron el orden capitalista y articularon desde lo ideológico la posibilidad de que la clase capitalista sea la clase hegemónica a nivel mundial. Hay una matriz positivista-objetivista en esta concepción de partido (que implica también una concepción de la historia). Esta matriz se expresa en la escisión entre los sujetos y los objetos. El "estar afuera" permite "ver"

las cosas como son, objetivamente. Esta concepción de las ciencias naturales fue adoptada por las ciencias sociales, por la política y por la política revolucionaria. Están los que ven y los que no ven, y para ver hay que estar por fuera y operar sobre el adentro. Esto se cruza con una concepción elitista del saber, en donde unos pocos poseen "el conocimiento" que no es relativizable y el resto tiene que ser conducido y enseñado despreciándose sus saberes y experiencias diferentes a la matriz única.

Hay un saber verdadero y otros falsos, valores verdaderos y valores falsos que hay que eliminar. Esta idea matriz existió para justificar por derecha, la existencia de civilizados y bárbaros, pueblos avanzados y pueblos primitivos, pero también por izquierda la existencia de un saber y una conciencia única posible y desprecio por otros saberes, formas de conciencia y formas de lucha. Es obvio que esta matriz epistemológica cargada de la idea de civilización y progreso, desde las clases dominantes, legitimó colonizaciones y genocidios; desde nuestro lado errores políticos serios que fueron muchos y muy costosos, pero nunca es lo mismo.

Con respecto a la historia, la idea positivista acerca de la existencia de leyes generales que rigen la naturaleza, fue importada desde las ciencias naturales por las ciencias sociales para explicar el desarrollo de la humanidad y también por la teoría política revolucionaria de casi todo el mundo. Si hay caminos y futuros ya determinados poca es la tarea de los

sujetos; sólo estar organizados para cuando llegue el momento, momento que no depende de nosotros sino de leyes que van más allá de nuestra voluntad. El PC argentino sabe mucho de esto. En momentos de alza en la conciencia y en la movilización popular, terminó enfrentando a la clase obrera porque la línea de la historia decía que ese momento correspondía con la etapa de la revolución democrático-burguesa, que el peronismo era fascismo, que los productores del 17 de octubre no eran auténticos obreros industriales, etc. Este es el punto: el subordinarse a supuestas etapas fijas de la historia, mirar el mundo con ojos europeos viendo como iguales fenómenos totalmente diferentes producidos por realidades diferentes, por clases diferentes, todo esto es posible al profesar el mismo desprecio a las particularidades argentinas y latinoamericanas que tuvieron las oligarquías ganaderas, llevar al paroxismo la separación de la supuesta vanguardia y el sujeto.

Escisión y burocracia

La alienación (idea que alude a que en el capitalismo los trabajadores producen y valorizan el mundo, pero su producción al serles enajenada, les impide verla como propia, volviéndosele contra ellos mismos) se reproduce en la concepción de partido tradicional que no rompe con este obstáculo epistemológico-político. El partido se nos aparece separado de nosotros y muchas veces, como nuestras producciones, se vuelve en contra nuestra. Podemos pensar que los procesos de burocratización de dirigencias políticas de partidos

revolucionarios tanto en Argentina, pero aún más, en lo que fue el llamado socialismo real, tienen y tuvieron que ver con esta concepción atomizadora.

Los trabajadores, militantes productores de su partido, se encuentran con que este tiene una existencia propia al margen de ellos, en consecuencia, no es contradictorio que el aparato partido termine teniendo lógicas propias e intereses propios al margen de los intereses de los trabajadores; intereses y lógicas propias que terminan en que la subsistencia del aparato o de las pequeñas burocracias sea finalmente el eje de la política. Las alianzas de los partidos de izquierda hoy, en donde se tienen que juntar los que hasta ayer se odiaban para no perder la personería electoral ni los fondos destinados a los partidos expresa esta situación. Mientras todo el fervor revolucionario se va en esto y en garantizar campañas electorales, toda combinación, unión o separación entre los grupos, o su misma disolución, no incide en absoluto en el avance o retroceso del poder y la autonomía popular.

A este iluminismo sin luz, y a esta burocratización inevitable, se suma una imposibilidad absoluta de autoreflexión: ¿cuál es el balance de los partidos como el MAS (hoy MAS + MST) acerca de su debacle originada en el 89, donde pasaron de ser el mayor partido trotskista del mundo, a convertirse sólo en un recuerdo para quienes tenemos más de 25 años? La carta con la que Luis Zamora se va del MST, quizás sea una de las pocas lúcidas y hones-

tas excepciones a esta decadencia.³

En innumerables oportunidades expresan la vocación de simular el funcionamiento de una secta religiosa, donde hay textos (sobre todo interpretaciones de los mismos) sagrados y culto a la personalidad. Los miembros de la secta ven el mundo sólo a partir de ésta, ven un mundo pequeño como ellos, y los enemigos son los otros grupos chicos y similares que están a su lado.

Para concluir, quiero abordar el tema de la democracia interna. Creo que en la izquierda tradicional hay mucho desprecio por la idea de democracia por una doble asociación: por una lado se la asocia sólo con democracia burguesa, y por otro, se conoce que la democratización en tanto participación y decisión plena de los que construyen, militan y valorizan la organización hacia fuera implica, inexorablemente, cambios. Convertirse en parte de la realidad, crecer, arriesgarse a transformarse y transformar, o sea: hacer política. En cambio, eligen una falsa preservación ser un instrumento externo al que la realidad no lo modifica pero al costo de no poder incidir sobre ella.

Si algo no hubo ni hay en los partidos de izquierda en la Argentina es democracia interna. Las bases no deciden, hay control permanente sobre las personas, cero discusión interna y purgas, tanto stalinistas como trotskistas. Concepciones políticas que devienen en oportunismo hacen que cualquier lucha parcial democrática que avance hacia expe-

ciencias autónomas de poder popular expresadas en militancia social no partidaria, sea sometida a un doble discurso: por un lado de apoyo para afuera pero para adentro como algo que hay que conducir y encarrilar en el verdadero sendero. La relación de los partidos de izquierda con las formas de militancia no orgánicas que se expandieron con posterioridad a la derrota del 75-83, es un tema para reflexionar. Muchos de los militantes de todas estas experiencias, son ex-militantes de partidos de izquierda que buscan nuevas respuestas o refugios; muchos otros son nuevos militantes que tienen una idea fuerte de solidaridad y encuentran en lo social donde encausarla; y algunos están vinculados a las corrientes progresistas de la iglesia o a su periferia.

Muchos de estos trabajos empezaron y terminaron por falta de una perspectiva política superadora, otros se convirtieron en ONG, siendo absorbidos, en buena parte, por el neoliberalismo en esta idea del tercer sector en donde estas pequeñas organizaciones reciben caridad de empresas u organismos internacionales para sus emprendimientos y dejan de organizar el reclamo al estado u otras formas de organización radicales. Otros se articularon con partidos tradicionales, y otros pocos, se fortalecieron y siguen en búsqueda de formas políticas superadoras.

Los partidos de izquierda, viendo que las problemáticas territoriales, de vivienda, de trabajo, ecológicas, educativas, de derechos humanos, de género, lograban convocar a mucha

más militancia que los verdaderos encausadores de la revolución, tuvieron una actitud utilitarista derivada de la imposibilidad de registrar otras formas de construcción nuevas. En lugar de tratar de abordar los contundentes cambios en todas las esferas, y de generar nuevas formas de lucha y organización e iniciar un aprendizaje transparente y conjunto, vislumbraron un botín: mucha gente "poco esclarecida" a la que había que reclutar. Tratar de que estos trabajos fueran identificados con ellos, venderlos hacia afuera, aparecer en la cobertura que los medios hacían de un corte de ruta o una marcha del silencio. Disputar hegemonías chicas con otros grupos y no aportar prácticamente nada para que esas experiencias crezcan.

Si sacamos las ideas que cada partido de izquierda dice defender y dejamos solo sus prácticas, nos va a ser difícil la diferenciación con los otros partidos (PJ, UCR, Frepaso) con la salvedad de que estos últimos tienen más coherencia entre sus prácticas y sus fines. Lamentable la imagen de los militantes del MST con los carteles de "que vuelva la luz" en el apagón provocado por Edesur, o sus pancartas individuales en los escraches de HIJOS, con sus consignas y el nombre del partido con letras más grandes que la del genocida a escrachar, matándose por aparecer en los medios. Utilización del trabajo de otros (o expropiación en términos marxistas) fascinación por los medios y participación de la política como farsa y espectáculo y no como construcción de fuerza.

Esto lleva a participar de movidas como marchas contra la impunidad, paros, cortes de ruta, huelgas, reclamos varios. No por sentirse parte de esa lucha muchas veces despreciada al interior de la organización, si no para aprovechar la movida que tiene prensa y haciendo marketing revolucionario, referenciarse. Decir lo que se cree que la gente quiere escuchar y no aportar a fortalecer el movimiento popular. Un ejemplo: el PTS inventando un organismo en contra de la represión mas para pelear con la Correpi que con el aparato represivo.

Siguiendo con esta línea, cuando en momentos como la hiperinflación no ocasionada por Alfonsín (sin que esto implique ninguna reivindicación mínima hacia él) y sí por las clases dominantes que ocultas y sin pagar costo alguno salieron triunfadoras, los partidos de izquierda sumaron sus voces a la tarea fácil (y redituable en votos a meses de las elecciones) de pegarle sólo a Alfonsín en lugar de ayudar a pensar el problema como un posicionamiento de los grandes capitalistas.

No creo que fuese un problema de ignorancia, más bien es mezquindad, oportunismo y no asumir la tarea del momento que quizás en esta ocasión consistía en llevar un poco de luz ante tanta confusión para que la salida de la crisis fuera menos larga y menos costosa. En este sentido la visión que primó fue el cortoplacismo, la ganancia inmediata, despreciando los costos posteriores. Hay muchos ejemplos donde los partidos de izquierda festejaron derrotas porque iban a esclarecer y despejarles el camino. O festejar el hecho de te-

ner un preso porque eso les daba la posibilidad de agitar y acumular. Triste y solitario final para quienes se dedicaron a negar la crisis y denostar críticos durante los 10 años posteriores de la debacle del 89, a tratar de usar el aparato para sobrevivir y todo aquello a lo que pudieran echarle mano. Entre los que creyeron que no había habido derrota (porque ellos no fueron derrotados) y que la democracia era sólo un instrumento para propagar las ideas y que, por lo demás, era igual a la dictadura, simplemente por la generalidad de que el capital sigue conduciendo la sociedad, y los que, a falta de perspectivas y exceso de ambición, se sumaron acríticamente a esta democracia cada vez más formal diciéndole que la opción es ser testimonial idealista o administrador realista de las clases dominantes, tenemos que estar nosotros: muchos miles, que tenemos que asumir el desafío de vencer nuestros obstáculos y construir nuevos caminos como única posibilidad de ser efectivamente (se que no es una palabra muy feliz) anticapitalistas.

Quiero aclarar que este desordenado artículo, es para pensar la izquierda partidaria tradicional sobreviviente del genocidio antes y después del 89. No me referí a lo que fue la llamada nueva izquierda o izquierda revolucionaria de los 60 y 70 tanto peronista como guevarista, que hay que revisar críticamente, para que las próximas experiencias no terminen en derrotas. No sirven lugares acríticos que terminan en Tabladas o esquizofrenias (defender hoy la lucha armada en todos lados menos acá), ni las críticas devastadoras y so-

breintelectualizadas que terminaron en el posibilismo. Reivindicamos la experiencia en su conjunto y nos reservamos todas las críticas, muchas: no para descalificar, ni para creernos nada, ni para integrarnos. Sólo para poder reconstruir una nueva perspectiva liberadora, que esta vez no termine en derrota, rompiendo las trampas de la estabilidad, del posibilismo de la política-gestión, de la deliberación por muestreo, de la falta de participación y de la impunidad política que tienen las clases dominantes poco repudiadas e identificadas por el conjunto de la sociedad.

Notas

¹ *La izquierda y la tablada*, Ediciones Cuadernos e ideas.

² Me pareció interesante poder usar este concepto para pensar la política: El concepto de "obstáculo epistemológico" lo usan Piaget y Rolando García en *Psicogénesis e historia de la ciencia*, cap. IX. Concepto tomado de Bachelard. Están hablando de la relación ciencia-ideología pero lo podemos usar para la relación política-ideología. Usan el siguiente ejemplo: La física aristotélica y toda la física hasta Galileo no llegó a formular nunca el principio de inercia mientras que en China en el siglo V ac. la inercia era absolutamente obvia y normal. La respuesta de Piaget y Rolando García dicen que la concepción aristotélica del mundo era completamente estática, El estado natural era el reposo; para los chinos al contrario, el mundo estaba en constante devenir. "Dos concepciones del mundo diferen-

tes conducen a explicaciones físicas diferentes", "lo absurdo y lo evidente es siempre relativo a un cierto marco epistémico y está en buena parte determinado por la ideología dominante". "Para nosotros, en cada momento histórico y en cada sociedad, predomina un cierto marco epistémico, producto de paradigmas sociales y epistémicos... Así constituido, el marco epistémico pasa a actuar como una ideología que condiciona el desarrollo ulterior de la ciencia. Dicha ideología funciona como obstáculo epistemológico que no permite desarrollo alguno fuera del marco conceptual aceptado. Sólo en momentos de crisis, de revoluciones científicas hay una ruptura de la ideología científica dominante y se pasa a un estadio diferente con un nuevo marco epistémico". Aunque está centrado en la ciencia puede ser útil pensar la política también con estos conceptos.

³ "Reflexiones y críticas sobre experiencias vividas". Luis Zamora, en *El Rodaballo*.

Mayo

Paralelamente a la hecatombe socioeconómica que resquebrajaba al país, y haciéndose eco de la misma, se desarrolla el proceso electoral cuyo punto cúlmine iba a ser el 14 de mayo. El "Pocho" Angeloz no encontraba momento inoportuno para diferenciarse de la política económica gubernamental así como del caudillo riojano y, en el cierre de campaña, celebrado en su tierra natal y ante 500 mil personas, no titubeaba en ratificar esas diferencias. Menem aglutinaba, al paso del mene-móvil y bajo la égida del profético "Siganme no los voy a defraudar", a 600 mil enfervorizados simpatizantes que le ponían cierre a la itinerante Marcha Federal por la Esperanza. Afirmaba, sacando a relucir una impronta contractualista, que había llegado el momento de dar fin a la "ley de la selva imperante en el todos contra todos" para poner en marcha al país mediante la concertación entre empresarios y trabajadores trazada por la reconstrucción de un "pacto social". De esta manera se eliminaría la espuria especulación que lo había sumido en la más honda miseria y en la más acuciante hiperinflación. El panorama delineado estaba signado por la confrontación sectorial que ponía en peligro la totalidad del aparato productivo. Había que cambiar imperiosamente el camino del gobierno radical, obstinado en el "error fundamental de pelearse con todo el mundo", por el camino de la "Comunidad Organizada en la cual confluyen y se armonizan todos los intereses". De esta

reconstrucción político-social emergería el saneamiento de la economía, la revolución productiva y su consecuencia lógica y natural: el salarizado, que haría realidad una de las "enseñanzas de Perón: si el país produce, el 50% es para el capital y el otro 50% es para el trabajador". Era la hora de la "unidad nacional y la pacificación del país, de una solución definitiva para las heridas que aún faltan cicatrizar". Hora de la cual Menem se arrogaba la encarnación al sostener que quería ser el "presidente de la Argentina de Rosas y de Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Perón y de Balbín".

La ucedeista Alianza de Centro proclamaba que el peronismo era "más de lo mismo". Otro tanto sostenía la Izquierda Unida que anunciaba -o denunciaba- un futuro plan de cogobierno contra el pueblo entre Menem, Alsogaray y Angeloz. El primero de mayo también vaticinaba, desde el estadio de Huracán y ante 50 mil personas, "la mejor elección de la izquierda en la historia".

El lluvioso domingo 14 de mayo trazó un contundente y por demás aplastante resultado: el FREJUPO se alzaba con el 47,36%, obteniendo mayoría parlamentaria sobre el 32,48% de la UCR. Menem, según la información de *Página/12*, interrumpió la lisonja telefónica de Saúl Ubaldini, bajo el firme y certero "no Saúl, yo debería felicitarte porque éste es un triunfo de los trabajadores".

No tan distintos

Javier Trimboli

Martín había encontrado una foto que además de hacernos reír nos servía de mucho. Sol de mediodía y de verano, con algo de vergüenza nos abrazábamos al casero de su quinta y en la mano, un vaso de vino. Estábamos con Ariel, los tres en cuero, con panzas algo abultadas a pesar de los 20 años. En mi caso y en el de Martín, panzas y bigotes; bigotes solos, sin barba, que llevábamos desde el último año de la secundaria, mezcla de descuido y de ansiada madurez. En el de Ariel, una caprichosa melena alta, más parecida a la de Marge Simpson que a lo que hubiera sido un pretencioso corte afro. Probablemente la foto fuera de finales del 87. A los pocos meses nuestras novias nos dejaron. Quizás hubieran visto esa foto (me las imagino llamándose desesperadas a las muy bonitas, sin encontrar respuesta para entender qué hacían con esos monstruos), pero más seguro es que se hubieran cansado del ánimo que esas panzas, esos bigotes y esa melena delataban. Nos sabíamos aburridos, impresentables.

La pegamos en una de las paredes del garage en el que funcionaba nuestro flamante taller de fotoduplicaciones. Era un resumen de lo que no queríamos volver a ser. Martín y Ariel habían adoptado el nombre "los chicos felices". A mí mucho no me convencía, pero no encontraba un lema mejor que encabezara nuestro nuevo programa de vida. De todas

formas, ahora lo recuerdo, otro nombre nos sobrevolaba: el que habíamos elegido para denominar a nuestra flamante empresa de fotoduplicación, los THETES. Los tres estudiábamos la carrera de Historia en Filosofía y Letras y de ahí la inclinación a bautizarnos a través de la historia griega. Los personajes, lo reconozco, eran un tanto problemáticos si buscábamos que nos guiasen por la senda del progreso. Los thetes habían sido menos que esclavos, parias o expulsados por sus familias y comunidades en la Grecia de Homero.

THETES era central en nuestro redefinido proyecto de vida. Para formarla los tres habíamos renunciado a nuestros trabajos. Quisimos dejar de ser secretarios, cadetes o cobradores y, sobre todo, evitar patrones y horarios embrutecedores. Juntamos nuestros ahorros y alquilamos las máquinas imprescindibles. Nos interesaba tener más tiempo para estudiar, pero respecto de esto no nos engañamos más que un par de semanas: la cuestión central era lograr divertirse también en el trabajo; que nuestro taller se convirtiera en el departamento especializado en programar fiestas múltiples; que la abstinencia de sensualidad a la que nos habíamos sometido, y de la cual la foto en cuestión hablaba con suficiencia, fuera recompensada con alegrías cotidianas, con festines de todo tipo. Me olvidaba: también habíamos pegado en la pared del taller un afiche de campaña electoral en el que al lado de la foto sonriente del candidato se podía leer "Síganme, no los voy a defraudar". Era marzo de 1989.

Pero, como nunca, el año había empezado en enero. En la compañía de productos químicos en la que trabajaba como cobrador desde principios del 88 me dieron vacaciones para la segunda mitad del mes. Demoraron en confirmarme la fecha, por eso el viernes que comenzaba mi descanso estaba con Ariel en Retiro, con un bolsito y sin pasaje para ningún lado. No nos fue difícil conseguir que nos dejaran subir a un bondi a Villa Gesell por algunos pesos menos de los que costaba el boleto. Llegamos a Gesell para el desayuno y sin cambiarnos -de hecho no sabíamos dónde íbamos a parar- nos fuimos a la playa. El día, como casi todos en la costa argentina, estaba más bien nublado y ventoso. Cerca de donde desembocaba el Boulevard Buenos Aires y comenzaban las playas del norte, nos encontramos con el Guri. Tenía un par de años menos que yo. Nos conocíamos del Colegio y de la militancia. Estaba parando con un grupo de amigos en la casa que les había prestado la madre de su novia, sobre la Buenos Aires. La casa no era chica pero era tanta la gente que ahí dormía que lo había empezado a parecer. El Guri, su novia Marisa, el Chispa, el Tripa, su hermana Mariana, Miguel y varios más que no paraban de circular. Nos invitó a que nos quedáramos; sobraban todavía un sillón y un colchón de esos sin funda, pura goma espuma y pelo.

La estábamos pasando realmente bien. Esos primeros días en Gesell -¿cuántos habrán sido? ¿cinco, diez días? ¿una semana?- fueron preciosos. Yo me sorprendía de mi alegría pero más aún de no experimentar, ni siquiera

por un instante, una sensación odiosa que desde los 16 años -desde que me había asumido como un revolucionario- me había asaltado siempre durante las vacaciones: la sensación de que mi deber estaba en otro lado, de que le estaba fallando a alguien con mayúscula. Dormíamos a cualquier hora, vagábamos mucho de noche, fumábamos. Chocolinas con leche chocolatada. Todo esto para mí ya era bastante. No me acuerdo qué decíamos, pero sí que los temas de *Un baión para el ojo idiota*, de *Oktubre* y del único disco de Fito Paéz que a esta altura me parece bueno, ¡Ey!, eran la cortina sonora constante.

La interrupción fue abrupta. Recién fuimos al centro cuando atardecía. Vimos los titulares de la sexta. Esa noche no reaccionamos, pensamos que se trataba de algo montado por los mismos milicos y exagerado por el diario. Me acosté queriendo convencerme de que no podía ser otra cosa sino una gran mentira. Al otro día ya no quedaban dudas. Sebastián había caído preso, Marcelo estaba muerto y el Loco se había escapado. Esa noche nos emborrachamos y, corriendo imbécil por la avenida 3, odié a cada uno de los veraneantes.

Pudimos haber sido nosotros. En el 89 ya no, pero dos o tres años atrás casi con seguridad que sí. Cuando nos ganó la furia ultraizquierdista en el 86, en las vísperas del XVI Congreso del Partido Comunista, soñábamos con tomar mil Tabladas. Nos entrenábamos donde podíamos. Cualquier manifestación era propicia para que le agregáramos una cuota de violencia, aunque más no fuera una grajea

desordenada, pasajera. Queríamos empezar a acostumbrarnos a ella. Habíamos descubierto que estábamos en un partido moderado hasta la exageración y la culpa y nos proponíamos rebautizarlo. ¿Por qué si pudimos serlo finalmente no fuimos nosotros? Desconfío de toda explicación al respecto.

Un mes antes de ese desastre, en diciembre, Sebastián me había invitado para que me sumara a una acción política que no detalló con mayor precisión. En el PC, durante el año 87, cuando ya se nos había pasado ese arrebatado que había hecho de las armas un tema candente de conversación y experimentación, nos habían acusado con insistencia de impulsar veladamente la línea política del Movimiento Todos por la Patria. A veces las acusaciones eran más directas: se decía que habíamos sido tocados por el MTP, que éramos sus infiltrados. Por lo demás a mí esa gente me caía bien, me gustaba el trabajo de base que hacían e incluso su línea política me parecía de las más acertadas. Aceptaban que en la Argentina había habido una derrota y que se trataba de reconstruir lazos sociales mínimos para, con paciencia, hilvanarlos en una estrategia revolucionaria. Se los acusaba justamente de movimientistas, de alentar la disolución del partido en el estado de ánimo de las masas y en sus organizaciones de base.

Con Sebastián conversábamos una vez cada tanto. Él era bastante sardónico respecto al PC y, no obstante eso, yo lo respetaba mucho. A finales del 88 nos cruzamos en un recital de los Redondos en Cemento, si mal no recuerdo

en el típico recital del día de los inocentes. Venciendo al barullo y al calor, al lado de la barra, me dijo que nos teníamos que encontrar con urgencia, que las cosas estaban cada vez peor, llegando a su punto decisivo. No entendí. Al otro día, bien temprano, me despertó el teléfono. Era él. Quedamos en encontrarnos por la tarde en un bar cercano a la Facultad de Ciencias Económicas. Vino acompañado por un tipo mayor que nosotros. Llevaba la voz cantante e hizo del encuentro algo mucho más formal. Hablaron de Alfonsín y de las Fuerzas Armadas divididas, debilitadas y golpistas; de Fidel y del Moncada. Yo no salía de mi sorpresa porque sus argumentos se daban de bruces con lo que siempre habían predicado pero, bastante harto de la izquierda que me había tocado conocer, supuse que todo era posible en el orden de las ideas; jamás pensé que éstas trajeran consecuencias ciertas. Como no acepté sumarme a lo que entre velos me proponían, me pidieron que les diera nombres de algunos otros ex-camaradas que yo estimara podían estar interesados en esa acción futura. En el momento no se me ocurrió ninguno, pero quedé en llamarlos. Nos despedimos, Sebastián amistoso y el otro maldiciendo entredientes por lo que no había sido más que una pérdida de tiempo. Me estaba yendo y Sebastián me gritó que me reservaba un puesto de cadete para el día posterior a la revolución que ellos, y no yo, iban a hacer. No supe más de él y me olvidé de esa conversación hasta ese día de enero.

Cuando me reintegré al trabajo a principios de febrero, dos amigos que trabajaban en el

mismo edificio y que conocían mi relación con Sebastián me gastaron una broma. Me dijeron que ni bien me había ausentado de la empresa y unos días antes de La Tablada, Sebastián me había estado buscando. Que incluso habían visto que en el taco de la secretaria figuraba escrito más de una vez su nombre. Dijeron que lo hacían para prevenirme, porque temían que ese nombre fuera reconocido y que se supiera y ensanchara mi vínculo con él y así de seguido. La broma duró un día largo. No me espantó.

Necesitábamos fiestas. Desesperábamos por ellas. Durante un tiempo largo pude recordar con fidelidad cada uno de los fines de semana de la primera mitad de ese año por las fiestas a las que habíamos ido. Eran en casas o en quintas. A mí me agradaba mucho el papel de "dador de fiestas". Tenía muchos conocidos y, ni bien me enteraba de alguna, los invitaba a todos. Papel modesto y excitado, se entiende, pero me placía.

De todas formas la fiesta más impactante, sobre la cual aún hoy se habla, la hicimos nosotros. Creo que fue en abril, en una fecha caprichosa porque no había nada puntual que celebrar. Fue en la quinta de Martín, fueron más de cien personas y llovió a cántaros; hubo muchos destrozos, como corresponde, y la gente quedó más que contenta. No faltaron buenas dosis de sexo para quien las quisiera. Bailaba con una chica que me encantaba, cuando un amigo, aprovechando la oscuridad y el enredo de gente, me colocó casi de sopetón algo en la nariz. Me fascinó y esa

chica y esa fiesta se volvieron más fascinantes aún.

Marina se llamaba y al poco tiempo también votó a Menem. Como Martín, como el Guri, como Francis, como Yuri, como Marisa, como Osvaldo, como Ana, Fabio y sospecho que también Arnold. De mis amigos más cercanos, incluido mi hermano, solamente Ariel, el Ruso y el Chispa se abstuvieron de hacerlo. El resto, con entusiasmo distinto aunque nunca más que discreto, nos encolumnamos tras esa figura para algunos caricaturesca, para otros tenebrosa y para nosotros amablemente prometedora. No llegamos a ir a sus actos ni a sumarnos a su caravanas. Guardo un par de cuadernos de apuntes de mi cursada de Historia Medieval que llevan en la tapa la consabida calcomanía. Nuestra adhesión no se exteriorizaba mucho más que en estos "adornos", en discusiones familiares no muy álgidas en las que lo defendíamos con los mismos argumentos con que se lo solía atacar y en buscar pelea con los salames de Franja Morada que hacían campaña por Angeloz en la puerta de la Facultad.

¿Qué promesas habíamos colocado en Menem, viniendo como veníamos de la izquierda? Realmente me cuesta pensarlo. Por empezar, quizá convenga hacer hincapié en que justamente proveníamos de la izquierda, más precisamente de una izquierda a esa altura hecha mierda ya varias veces. La desesperación que nos ganó a los que habíamos empezado a militar en sus filas a principios de los ochenta no vino impulsada por el azote. No

fue la ferocidad del enemigo la que congeló nuestras ilusiones. Cuando pienso en el capítulo que nos tocó vivir de la derrota de la izquierda, viene siempre a mi memoria una imagen que aún no sé bien por qué me asaltó durante el levantamiento militar de Semana Santa de 1987: la de que ya nadie quería jugar el único juego que a nosotros nos interesaba de verdad y con seriedad. Por un momento tuve la impresión bastante triste de que esas multitudes que habían salido a apuntalar el sistema democrático, al impugnar a los carapintadas nos impugnaban también a nosotros. En un sueño me vi con un pie sobre el cadalso, a punto de ser ajusticiado por un tribunal de prolijas multitudes ciudadanas hambrientas de paz. Hasta ese entonces nos habíamos respaldado en una historia, en una que decía que la izquierda había sido una y otra vez perseguida para evitar que su destino terminara de parir su mejor figura. Reconocernos en esos relatos de catacumbas nos permitía atisbar toda la potencialidad que seguía yaciendo en nuestro credo y, por eso también, en nosotros mismos. A partir de Semana Santa, más que sabernos orgullosamente perseguidos tuvimos que empezar a reconocernos ignorados. Las palabras que más sentíamos, esas que nos arrebatában, eran sólo nuestras. Y para colmo nos estábamos encogiéndolo al galope.

Recuerdo un domingo al mediodía en el que, en mi pieza, con las persianas cerradas para que no entrara el sol que se había puesto irrespetuoso, intenté convencer a Maricarmen de que había que votar a Menem. No sé

si luego lo votó, aunque de esa conversación no salió demasiado entusiasmada. Mi argumento, para que negarlo, era bastante primitivo, pero contaba a su favor que no había muchas evidencias en su contra. Decía que la condición obrera y popular de las bases del peronismo iba a impedir, tal como ya lo había hecho otras veces, que un gobierno de esa filiación llevara adelante una política económica y socialmente regresiva. Que si Menem no cumplía con lo que estaba prometiendo -salarizado, revolución productiva-, si no oía los reclamos de los sectores sociales más postergados, esas masas lo abandonarían, radicalizándose. El tan esperado giro a la izquierda de las masas peronistas. Lo peor que podía pasar -cosa que, como se entiende por mi formación de izquierda, estaba muy lejos de hacerme derramar ninguna lágrima- era que las contradicciones sociales se tensaran a un nivel tal que pusieran en crisis al sistema democrático y una nueva dictadura se abriera camino. Se trataba de un inevitable de la historia que, si queríamos avanzar hacia un orden más justo, tendríamos que padecer. Por lo demás, supongo que mi esfuerzo por ganar un voto para el candidato oriundo de La Rioja no duró más de veinte minutos.

Les creo -¿cómo no hacerlo?- a esas palabras que pronuncié y que pronunciábamos, pero me parecen insuficientes. No había demasiado nervio en ellas. Suenan calculadoras, animadas por una lógica política que ya no era la nuestra. Porque la política había dejado de ser el centro vital de nuestros días y hasta dudo de que sobreviviera algo de nuestra anti-

gua fe en el futuro socialista. Obraban sobre nosotros fuerzas más oscuras y apenas confesables. Destronada la confianza antes ciega en el Partido y en la idea misma de una vanguardia, en sombras no sólo la creencia de que el socialismo era posible sino que vendría a solucionar las cosas que más nos preocupaban, sólo seguía haciendo pie firme nuestra fascinación por lo popular, pero ahora casi sin atributos y hasta sin afanes pedagógicos. Lo popular a secas, como lo antitético de las clases medias radicales, de sus actos pederros, de la avenida Santa Fe cuando se cruza con Coronel Díaz, de Jairo y para ese entonces también de Mercedes Sosa.

Nuestro amor por el pueblo nunca quiso ser un amor entre iguales. Estaba en nosotros convertirnos en sus maestros. Ahora el vínculo se había invertido: no reconocíamos nada de valor en nosotros, mientras que en ellos el desparpajo, el atrevimiento y hasta la procacidad nos encantaban, así sin más. ¿Y acaso Menem no poseía ese desparpajo, ese atrevimiento y esa procacidad?

"Asustá a tu tía, vota a Menem". ¿Qué ronroneaban las tías, que las espantaba tanto de Menem? Se escuchaba decir que se iba a aliar con Kaddafi, que iba reimplantar el populismo, que cercenaría las libertades civiles tan duramente conseguidas... (tías preocupadas por la libertad: tías mentirosas). Además era feo, mezcla de fauno con caudillo de estampita. Estos rumores nos devolvían la vida. Cuanto más circulaban, cuanto más extremos eran, más nos despabilábamos. ¿Por qué no?

Ya casi acogotados los sueños que valían la pena, no sabía tan mal que la Argentina se encarrilara en una política descabellada de alianza con el mundo árabe y de reconstrucción imposible del Estado de bienestar. Yo me imaginaba una nueva Edad Media, en la que viviríamos aislados de Occidente, comiendo solamente guisos y protegidos por un caudillo. "Que buen vasallo fuera, si buen señor hubiere". Sería una suerte de venganza: si habíamos deseado las felicidades más libres y nadie nos había dado bola, bienvenido sea el oscurantismo para todos.

Mientras tanto la televisión sólo transmitía cuatro canales, su horario era limitado y el repugnante Adrián Suar -sólo un ejemplo más entre tantos otros de la galería infinita de seres repugnantes- no era más que el pelotudo de una inofensiva comedia diaria que carecía del presupuesto necesario para resolver los problemas más nimios de producción, "Así son los míos". Un amigo que trabajaba en cine había conseguido unas invitaciones para el VIP de Palladium. Era una fiesta que organizaba la productora de una película española que se filmaba aquí, dado los costos irrisorios que les ofrecía nuestra hiperinflación. Los gallegos estaban todos duros, encantados de lo buena y barata que era en la Argentina. Yo no me acuerdo. Cuando después de mucho whisky bajamos a la pista, nos encontramos con Suar y otro tarado más de la promoción "Pelito" o "Clave de Sol"; uno que nunca trascendió demasiado, tal vez porque sea morochito y tenga el pelo rizado. Tan morochito es y tan rizado tiene el pelo que cuando le dan

trabajo lo hacen actuar de pobre o, si se engomina, de policía. Nos acercamos a ellos y los burlamos. Queríamos provocarlos, que haya pelea. Reflexión uno: estuvimos cerca de arruinarles la cara ya que estábamos enfurecidos y ahora, si ese joven modelo tuviera el insignificante deseo de pisotearme, lo haría con facilidad pasmosa. Reflexión dos: escribo esto porque sé que Adrián Suar no lee esta revista. Quizá algún día produzca una serie horrible cuya trama se desenvuelva en nuestro pasado y necesite entonces del trabajo de un historiador que cobre barato sus servicios y así dé conmigo. ¿Con qué fuerza de ánimo o con qué argumentos me podría resistir a alguna de sus migajas? Reflexión tres, escrita contra la horrible reflexión dos: confío más en la larga vida del desprecio que en la del odio. Pero hoy lo mío es fundamentalmente odio en brotes. Espero que para cuando llegue el momento de ese ofrecimiento, haya recuperado totalmente el don del desprecio; sino es así, espero que el odio no se haya extinguido. De otra forma me ganaría un merecido lugar en la galería de seres repugnantes.

A todo esto, los precios parecían esas pesitas de las lúdicas balanzas que había en el Italpark y en la calle Lavalle, ésas que jóvenes musculosos acompañados de admiradas señoritas hacían estrellar de un mazazo o de un puñetazo contra el tope del artefacto. ¿Cómo no sospechar quiénes eran los hercúleos responsables de esos saltos sin descenso a la vista de la economía? Pero, ¿qué se podía hacer? Casi demás está decir que THETES fue una de las víctimas de esos avatares. Nuestra

principal fuente de trabajo era el CeFyL, el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. Nos pagaban a treinta días. La caída fue en picada. Al Centro y a su tan deseada Secretaría de Publicaciones la dirigían Compañeros de Base, una agrupación estudiantil de izquierda que en sus orígenes reconocía influencias trotskistas. Su política fue coherente con los tiempos que corrían: salvarse ellos a costa del hundimiento de prácticamente todos sus proveedores. Incluso nos terminaron debiendo algunos billetes que probablemente hayan invertido después en la campaña electoral que impulsaron para que Atilio Borón sea diputado. ¡Qué pena me sigue dando aún hoy que hayan fracasado en su intento de llevar a semejante luminaria a nuestro venerable Congreso!

Aunque sin razón a la vista, nos seguíamos encontrando en el taller todas las mañanas. Tomábamos mate y a media mañana Coca-Cola y bizcochitos de grasa. Limpiábamos una y otra vez las máquinas. Todas las semanas lo acompañábamos a Martín a la Facultad para que llevara adelante sus negociaciones con la Secretaría de Publicaciones. En verdad, se trataba de convencer al jefe de Compañeros de Base de que nos diera algún trabajo o, al menos, de que nos pagara algo de lo que nos debía. Era un muchacho mayor, de aspecto neroniano pero según la versión argentina Bergara Leuman y que, sin una pizca del talento del responsable del incendio de Roma, tenía veleidades de teórico marxista. Tal vez haya sido sólo una ilusión más, pero con Ariel estábamos convencidos de que se moría por Mar-

tín, a quien mandábamos entonces para que lo ablandara. Él, un soldado de THETES y de la desesperación, aceptaba su misión. Lo sobaba y, si la circunstancia era adecuada -no demasiada gente en la Secretaría, el jefe cachondo y con ganas de relajarse-, le daba masajes en su espalda fofa. No obtuvimos ninguna ventaja de ese personaje insobornable.

Nos reuníamos a estudiar en la casa de las tías abuelas de Martín. Un departamento viejo, de un sólo ambiente y abigarrado de pequeñas rarezas. Quedaba en la calle Vicente López, ahí nomás de la Recoleta. En el Disco de Rodríguez Peña y Juncal nos prohibieron la entrada. Una tarde de junio interrumpimos el estudio para ir a comprar fiambre y leche para la merienda. Fuimos los tres -recuerdan ¿no?, los chicos felices- junto con un flaco que se había sumado a la jornada de estudio. La cuestión fue que este muchacho, no sé si harto o sugestionado por los saqueos, decidió robarse unos paquetes de galletitas sin avisarnos su plan. Estábamos en la caja y antes de pagar apareció un grandote uniformado que dijo que nos quería revisar. Protestamos pero finalmente accedimos a su requisa, suponiendo que quienes quedarían pésimo serían Disco y su diligente servidor. Nos equivocamos. Al poco tiempo y en otra supermercado, a la hermanita de Martín y a una amiga las agarraron robándose bombachitas y corpiños.

Las fiestas continuaban. Durante el comienzo de ese invierno no podían parar. Las necesitábamos tal como si a través de ellas se restableciera un equilibrio seriamente amenazado

por múltiples flancos. En mí obraba además otra urgencia: la hiper había hecho que la necesidad de nuevas mujeres corriera parejo con el despiadado incremento de los precios y las fiestas eran siempre un buen lugar para probar suerte. Un amigo las llamaba cotos de caza. La última buena fue la de Pato, en la calle Jufre casi llegando a Estado de Israel. Eran fiestas ostensiblemente más pobres, más oscuras que las de principios de año, pero también más largas y exageradas. El erotismo menguaba y las extravagancias estaban en franco ascenso. Componían espectáculos que se asemejaban cada vez más a los que se ofrecían desde hace tiempo en ese sucucho infame que era Mediomundo Variedad -Corrientes y Riobamba-, en donde, sin embargo, uno se sentía más que a gusto, abandonado a su antojo. Esa noche fría en la casa de Pato, Nacho, con quien estudiábamos *El Capital*, bajó el volumen de la música y se subió a un banquito para pedir a los concurrentes que colaboraran con unos billetes para comprar nada más que un par de ginebras. Estaban sobrevaluadas, tener una de esas botellas ámbar te hacía depositario de un pequeño tesoro en rápida extinción. Por lo que intuía, la desesperación de los fumadores era más amarga e irritativa. De ésa, afortunadamente, zafé.

Julio fue sencillamente una mierda. Ahí tengo un agujero, no conservo más que imágenes sueltas, casi estáticas. Se parecen a los primeros recuerdos de chiquito, a ésos que no sabés si son fotos o rejuntos de cosas que te fueron contando. Un amigo que trabajaba en una Unidad Básica de Villa Luro, alineada con

los que pronto abandonarían el peronismo, me había pedido que diera unos cursos de historia, pero no sé de qué historia. Francamente no me acordaba de esto, pero me crucé con él en estos días y aunque insiste para que yo haga memoria, no me puedo acordar de ningún curso. Le creo. Ahora soy yo el que le cuento algo que él supone no haber vivido: un sábado -¿quizá haya sido por el aniversario de la muerte de Evita?- fuimos a una misa en la iglesia del barrio con los militantes y con la gente que arrastraba la Unidad Básica. Todos rezamos. El día que asumió Menem fui a la Plaza de Mayo a protestar (¿?). En mi escritorio, vestido con un pijama que no cambiaba hace días, con olor más bien agrio, preparaba el final de América Colonial. Una noche en el Bar Bolivia y dando vueltas por la Boca en el Dodge de Nacho. La tele nos acerca el muy esperado recital de Pink Floyd en Venecia. Lo veo en la casa de Maricarmen, en San Martín. Tengo la impresión de que si se pudiera hacer una estadística sobre estos temas, se concluiría que ése fue uno de los sábados en los que más ácidos y porros se consumieron en la ciudad. Copa América en Brasil. Argentina contra el dueño de casa. Estábamos con el Guri y Chispa. Comíamos fideos, tomábamos vino y después ginebra. La cancha parecía inmensa, un océano, y el equipo de Biliardo no podía pasar la mitad de la cancha. Creo que fue Romario quien hizo dos sombreros seguidos en nuestra área y metió un golazo. No sé qué carajo pasaba, pero "Artaud" sonaba una y otra vez en el tocadiscos del Guri y se tornaba insoportable. Descompuesto -no sé si ellos también lo estarían- los acompañé

a caminar por Honorio Pueyrredón.

Al poco tiempo, agosto supongo, fui a una marcha; la última marcha a la que mi osamenta se sumó durante ese año y por un tiempo largo. Es imposible que recuerde qué era lo que se reclamaba. Quiero creer que absolutamente todo. Estaba bien colocado, casi dormido y unos flacos a los que conocía de Filo me pidieron que llevara uno de los palos de una bandera. Lo hice, pero más que llevarlo me recosté sobre él. Me empecé a sentir cómodo. Caminaba despacito y no escuchaba nada. No tengo la menor idea -ni creo que la haya tenido en ese momento- de a quién pertenecía esa bandera. Concluyó la marcha y me fui a cumplir con mis obligaciones amorosas a las que a esa altura tampoco sabía por qué les seguía siendo obediente. Se trataba de una chica en muy mal estado a la que había conocido en una fiesta. Vivía cerca del Congreso. Era de noche tarde y nos sentamos en un bar sobre Rivadavia, uno de ésos en los que los mozos uniformados te traen el café con amaretis y jugo de naranja de bidón. Intenté recomponerme. Hablamos de literatura. Terminamos en su casa, haciendo un amor en el que imagino ella simuló el orgasmo y yo ni siquiera me tomé esa molestia. La velada romántica se interrumpió porque un olor inmundado comenzó a invadir el cuarto. Tardamos en adivinar que la camiseta que habíamos colocado encima del velador para que la luz fuera más amable se estaba quemando. Tal como se me había hecho costumbre, huí.

Lo que más quería era que el año se acabara.

Se apoderó de mí la convicción de que si llegaba a su final, todo cambiaría. Que el orden volvería a mi vida. Tenía cada vez más ganas de estar solo. A lo sumo me interesaba hablar de nada con gente tranquila, desinteresada en las fiestas y con parejas y trabajos estables. Hacía cálculos. Sobre todo uno que buscaba encontrar la lógica matemática que unía hacia atrás mis peores años y que me ayudara a prever los que vendrían. Para peor intuía que algunos de mis amigos se habían dado cuenta de mi estado y de mis repetidos intentos de fugas. Lo que me faltaba: que se hablara a mis espaldas y que no se dijeran cosas bonitas. Esta sospecha creció, paranoica, a partir de un sábado a la tarde. Maricarmen me había citado en la plaza de Villa Devoto. Llegó algo tarde pero no lo suficiente para sentir alguna culpa y así apiadarse. Llovía y estaba pegajoso. Fuimos a un bar bastante bien cuidado y yo tomé chocolate. No sé si el asunto final que desató su odio fue que yo me había borrado y no la llamaba hace tiempo o que se había enterado de que había estado con otra mujer. Sea como sea, razones no le faltaban. Me preguntó con frialdad si me acordaba de *Recuerdo de la muerte* de Bonasso. "Por supuesto", le contesté, "si yo te lo regalé hace no más de un año". "Bueno, me dijo reposada, estuve pensando y me di cuenta de que vos podrías ser uno de los torturadores que aparecen en ese libro". O.K..

Aprovechando el fin de semana largo del 12 de octubre, nos fuimos a Gualeguaychú. Ariel, Martín, Fabio y Aldo. Cinco alicaídos estudiantes de Historia a bordo de un Fiat Supereuro-

pa. Queríamos descansar de la ciudad y, además, nos entusiasmaba imaginar como las bellezas entrerrianas sucumbirían ante la llegada de estos requeteguachos porteños. No sucumbieron. Ni siquiera llegamos a establecer una mínima conversación con esas rubias y tostadas señoritas que, discretas, ni al bailar se sacaban el pullover de la cintura. Después de todo, el de las disco nunca había sido nuestro ambiente. Por eso la noche siguiente optamos por otro plan, uno menos excitante pero en definitiva algo más telúrico. Detectamos una cantina de pueblo que estaba desplazada del centro de la ciudad. Antes de llegar y para incrementar el hambre, cerramos las ventanillas del auto y el humo dulzón nos invadió. El lugar estaba bárbaro y poco a poco se empezó a llenar de parroquianos que ocupaban la mesa y se pedían algo fuerte para tomar. Nosotros queríamos comer. Pedimos de entrada una empanada para cada uno y de plato principal pastas. Tomamos Coca Cola. Llegan las empanadas y, ni bien las devoramos, la ronda se repite. La señora que nos vuelve a servir, con simpática amabilidad, nos dice que así trabaja la casa. Estaban chorreantes y no duraron mucho. A todo esto habían encendido un televisor de proporciones considerables y nuestro entusiasmo se acrecentó hasta la excitación: es que en la pantalla apareció Arnold Schwarzeneger buscando en una guía telefónica una dirección que ya sabíamos era la de Sarah Connors. Estos gauchos entrerrianos se disponían a ver la fantástica *Terminator*. Cuando dejamos de ver la pantalla, descubrimos que teníamos servido en nuevos platos un delicioso escabeche. No

lo podíamos creer. Nos deshicimos en agradecimientos y la buena señora que volvía a la carga con las pastas y con una fuente con estofado no hacía más que repetir que era así como trabajaba la casa. El vino nos comenzó a ayudar a digerir la comilona. Antes de que Sarah Connors conociera cual era su destino -recuerden: parir a quien lideraría a los hombres en su lucha contra los siniestros hijos de la tecnología-, pedimos el postre que, como ya lo suponíamos, fue redoblado por la casa, siempre fiel a sus costumbres. Al retirarnos todas eran promesas de que volveríamos. Les pedimos incluso que por favor nos anotaran la dirección en algún papel para enviar a esta cantina a nuestros amigos quienes, al escuchar estas bondades, no se resistirían a visitar Gualeguaychú. No recuerdo si lo dijimos pero creo que, ya en la vereda, sobrevoló la impresión de lo generoso que era el pueblo.

Al otro día, luego de más de un vómito y luego también de una ducha que nos devolvió algo de lucidez, nos dimos cuenta de que la cena nos había salido un dineral. El trabajo que había realizado esa señora para quedarse con buena parte de nuestros billetes no había necesitado ser sutil. Nosotros le habíamos facilitado todo. Como suele decir nuestra gente: le habíamos hecho el campo orégano. En el camping en el que parábamos, antes de volvernos a Buenos Aires, conocí a la hermana de Rubén Darío Insúa. Le encantaban los Redondos y no paraba de fumar con su novio. Yo le conté la admiración que tenía por su hermano, a pesar de que vistiera los colores de Independiente, el equipo rival al de mis amores.

Ya estoy terminando. Releo lo escrito y me doy cuenta de que me hubiera gustado que este relato estuviera acompañado de una trama sólida de ideas que apostara a explicarlo. Quizás hubiera podido inclinarme por otra forma de narración, una que ordenara decididamente el material de la memoria desde este final circunstancial en el que me encuentro y que me sabe lejos de desbordes. Creo que le quise ser fiel a aquel desconcierto, aunque también es verdad que el desconcierto, con muchas menos estridencias, perdura y me impide reordenar todo este asunto. Sólo se me ocurre decir que el mundo había empezado a parecerse a un erizo que, tramposo, dejaba que nos apoyáramos en su cuerpo, para al rato no más desenvainar sus pinches y obligarnos a salir corriendo. Se agravaba el juego porque lo comenzábamos a entender y, sobre todo, porque ya no divisábamos nuevas costas donde hacer playa. Hasta nació la nostalgia por la militancia y por sus verdades. ¿Cuál había sido la fuerza odiosa que nos había conducido a perder la fe? Quería verme de nuevo capturado por la verdad revolucionaria. Capturado, preso, disuelto. Hay una palabra que usa Mariátegui y que me atrae: tramontar, escapar pasando al otro lado de los montes. Ahora se trataba de escapar hacia atrás. Volver al viejo valle, recuperar los hábitos tan criticados. Hubiera cambiado tetas y culos por un rato de convicción y de goce imaginando felicidades por venir.

Estos soliloquios preocupados eran sobre todo diurnos y de día de semana. Las noches de los fines de semana nos arrastraban hacia

otros lados. Hubo una noche de viernes que empezó en Plaza Serrano, liviana, escuchando alguna banda de rock. Siguió con la caminata hasta Santa Fe para tomar el 12 hasta Mediomundo Varieté y de ahí a la cervecería de nombre alemán que quedaba al lado del cine Los Ángeles. Se iniciaron las visitas frecuentes al baño. Bien tarde nos instalamos en la borrachería sobre Corrientes y Montevideo -hoy Café Astral-. Estaban Oski, Yuri con una flaca muy bonita que tenía una piel especial y un flaco amigo de Pablito que se nos había enganchado. No sabíamos su nombre. Era bien fachero y andaba con polerita y saco prolijísimos. Para nosotros se parecía a Cerati. Tal vez hablábamos, como metralletas, de cine. De Scorsese sobre todo. Ya no quisimos ir más al baño. Ese ritual se nos ocurrió engorroso. Entonces la mesa se hizo tapa de inodoro y no sé quién se atrevió a peinar. El gallego nos seguía trayendo Fernet con coca. Yuri se fue con su chica y nosotros nos quedamos, estatuas parlantes. Cerati no se quería ir a dormir solo, así que decidió ponerse de pie y, aunque ya estaba clareando, salió del bar con la certeza de que algo encontraría. Todo un ganador, volvió con tres muchachitas, una más fea que la otra. A mí se me habían ido las ganas de hablar y, aunque sentado, las piernas me empezaban a flaquear. Las pibas eran rockeras que habían venido de excursión a Buenos Aires. No entendían qué nos pasaba pero estaban contentas. Yo quería irme pero no se me ocurría cómo. Unos tipos se peleaban en el bar. Amaneció y Cerati propuso que fuéramos a su casa que quedaba a unas pocas cuadras. Sólo pensaba en fugarme. Mientras cruzába-

mos Corrientes vacía se lo comunico a Oski, pero el desvergonzado me dice que hace mucho que no cogía y que tenía muchas ganas de que se le diera esa noche. Acepto acompañarlo. Pasamos un rato que se hizo muy largo en el muy cheto departamento de Cerati, tirados con las chicas encima o encima de las chicas. Encima. Para colmo, Oski no cogió. Nos fuimos y, redundantes, cantamos "Maldición va a ser un día hermoso".

Después de intentar dormir durante buena parte de la tarde, retorné a mi lectura de Halperin Donghi, más precisamente de *Revolución y Guerra*. A Halperin lo había descubierto durante ese año, en la cursada de Historia Argentina 1, la única materia que hice en el segundo cuatrimestre. Hasta ese entonces sólo lo conocía por los títulos de sus libros que alcanzaba a leer en la biblioteca de mi viejo. Eran títulos tentadores, pero nunca había logrado superar la primera página. (Me acuerdo de un día, cuando tenía quince años, que fui solo al cine a ver *Kagemusha* de Kurosawa. Llevé, para leer en el subte y mientras esperaba que comience la película, *la Historia Contemporánea de América Latina*. ¡Qué decepción! Terminé pasando las hojas rápido para ver si en algún momento mencionaba al Che Guevara.) El tardío descubrimiento de Halperin fue casi el de un sedante. *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Lo leía con mucha atención y pausadamente, sin atiborrarme. Levantaba la cabeza y seguía. Me fascinaba la aridez del tema casi tanto como la sintaxis endemoniada del texto. Le dedicaba mucho tiempo. Lec-

tura y, a su vez, juego de efectos terapéuticos. Al leer esas páginas de letra chiquita y apretada, se repetía en mí una y otra vez la sensación de que la ausencia de formas del desierto -o sus formas desmesuradas- se habían apropiado de la escritura del historiador, que erraba sin sujeto y sin trama a la vista. Pero esta impresión, aun demorándose, se disolvía y entonces se hacía visible la mano segura de Halperin, atenta a cada adjetivo, cuidadosa de la prolijidad final de cada subordinada. Aun cuando los hombres que hacía desfilar se parecían en más de un episodio a monigotes, quedaba clarísimo, y eso me tranquilizaba, que había un autor. *Revolución y guerra* se asemejaba al caos primigenio, al triunfo de lo amorfo pero era otra cosa. Un laberinto, no más que eso y de él se podía salir.

Vino fin de año, los Redondos tocaron en Obras y fue un desastre. El año nuevo me recibió idéntico en la casa de Yuri. Pero una tarde, al hablar con mi abuelo, ajedrez mediante, decidí cambiar de aire. Me fui al sur. A los pocos días nos encontramos con Chispa. Caminamos mucho y la pasamos de primera.

Junio

La embravecida inflación no quería bajarse del caballo de los dos dígitos al mes. Hacia los últimos días de mayo, en medio de dimes y di-retes en torno al traspaso anticipado del poder, Alfonsín ratificó su postura de continuidad hasta el 10 de diciembre, prometiendo una economía de guerra para un gobierno en crisis. Así se conformó un nuevo gabinete cuyo flamante ministro de economía sería Jesús Rodríguez. Pero los tiempos de buenos augurios y bonanzas ya habían finiquitado y a la convulsión económica se le sumó su correlato social: los saqueos.

La mecha inflamada provino de los polos des-industrializados de Rosario y Córdoba para propagarse, hacia principios de mes, al resto del país y principalmente al Gran Buenos Aires, siendo las góndolas de los supermercados su principal objetivo. La policía y los comerciantes se parapetaban codo a codo y suntuosamente armados en los umbrales de los establecimientos para imposibilitar los atracos que, según el gobierno, eran provocados y organizados por "sectores de la ultraizquierda". Jorge Altamira y otros miembros de la cúpula del Partido Obrero quedaron detenidos y para la izquierda resurgió el dilema, tras la condena categórica e inexorable al MTP, de si los saqueos eran o no un medio para la transformación social. Ante este panorama general, Alfonsín arribó a la conclusión de que su gobierno había cumplido con las metas pautadas -entiéndase por éstas, el afianzamiento de la democracia-, por lo tanto a la continuidad de

su gestión ya no le encontraba razón de ser. Así, el 15 de junio quedó sellado el acuerdo político para el traspaso anticipado del mando, no sin antes el peronismo concertar el arreglo por el cual no serían obstruidas en el parlamento -donde hasta diciembre el radicalismo contaría con la mayoría- las leyes económicas. A su vez, se establecían con precisión los mecanismos institucionales para que no se creara una situación de acefalía en la transición. La fecha acordada fue el 8 de julio.

Desde el otro lado del mundo llegaban las noticias de la brutal masacre del Ejército Popular de Liberación (EPL), sobre los estudiantes chinos abroquelados en la plaza Tian An Men.

Julio

El día 8 se produce el anhelado y prematuro traspaso presidencial. El doctor Carlos Saúl Menem es ungido como el nuevo presidente de la nación. A su alrededor pululan los nuevos ministros y funcionarios: en economía, Miguel Roig (ex-vicepresidente de Bunge y Born), en cancillería, Cavallo, en obras y servicios públicos, Dromi; el tándem Alsogaray (Álvaro como asesor en la deuda externa y su hija María Julia como titular de Entel) y, para cerrar, Amalia Fortabat como embajadora itinerante. La delineación y la conformación final del gabinete peronista no sólo iba a traer suspicacias en la izquierda, que no dudaba en proclamar que era "la antítesis del reclamo popular" o que, sardónicamente, decía desconocer que "la Ucede integraba el FREJUPO"; sino que éstas también iban a crecer dentro

de los mismos sectores peronistas. Frente a esta situación, Menem disparaba advertencias a mansalva, dirigidas a aquellos que "tocan el peronismo de oído": "Los compañeros, decía, no deben vivir presos de las ideologías" que imposibilitan el crecimiento y el desarrollo del país en las nuevas coyunturas; para luego instarlos a sumarse a la "adecuación de la doctrina peronista a las actuales circunstancias de la Argentina, esto es, al *aggiornamento* de la ideología".

Desde su ministerio, Dromi impulsa la Reforma del Estado que empuja a más de 35 empresas públicas al umbral privatizador. Su par de economía aboga por el restablecimiento de los compromisos con el FMI y el Banco Mundial "que nunca se debieron haber dejado de cumplir" e impulsa, a su vez, la Ley de Emergencia tendiente a disminuir el déficit fiscal y la evasión impositiva, en el marco de un ajuste que "será muy fuerte pero no tiene que haber ningún susto entre la población". Roig se lanza así a matar la inflación concertando una "tregua" entre empresarios y gremios destinada a congelar los precios, tarifas y paritarias en un plazo de 90 días, pero perdía la pulseada al caer muerto, víctima de un infarto, un día antes de la concreción del mismo. Néstor Rapanelli, titular de Bunge y Born, heredaría su efímero legado.

Julio también marca el final de un juicio -Monzón es condenado a 11 años de prisión por el asesinato de Alicia Muñoz- y el inicio de otro -el de La Tablada-, en el que el fiscal pide reclusión perpetua para los 20 acusados.

Vida de muertos

Guillermo Korn

*"Hablando de política, de negocios,
de familias, de mujeres,
tan seguros de la inmortalidad
como del momento que
estaban ocupando en el tiempo".*

J. C. Onetti

En 1934, Ignacio Anzoátegui, una de las mejores plumas de la derecha literaria argentina, publicaba un libro con retratos que llevaba el mismo título de este artículo. Allí se buscaba contar algunos aspectos de las personas descriptas, a partir de la ironía y el humor. Aquí, las "vidas de muertos" intentan ser el punto de apoyo para algunas hipótesis sobre tres momentos del año 89. No los unen líneas de contacto entre sus vidas, pero sí la coincidencia temporal de sus destinos últimos: sus muertes son síntomas de fracasos, de propuestas fallidas que convergen en ese año.

Las fotos de *Gente* mostraban cuerpos deshechos, pudriéndose al sol, contrastantes con otras imágenes, las de aquellos efebos tostados y de músculos modelados que un número atrás ofrecía en sus páginas. *Somos*, con un pasado tan servicial y rayano en el mal gusto como su media hermana, confundía nombres y cuerpos de similares destinos.

Demasiadas preguntas para su muerte. Que si

estuvo en la toma del cuartel, o si fue secuestrado fuera del mismo. Que si lo capturaron vivo o no. Otras son las certezas: que en 1974 militó en la Juventud Peronista, que fue abogado, que había sido parte de esa generación que -tras el aquelarre- puso sus expectativas en el viejo ex gobernador de la provincia de Buenos Aires. Aquellos que cantaban "...largue todo y venga volando que se está gestando la revolución". El tiempo mostró la desilusión y lo ingenuo de aquella consigna. Su mayor notoriedad pública -previa a La Tablada- fue cuando desde las pantallas de televisión, ocho días antes de la toma del Batallón 601 del Ejército, Jorge Baños denunciaba un pacto entre el candidato justicialista y el jefe carapintado Mohamed Ali Seineldín. Antes de la denuncia, su firma aparecía junto a otras que elaboraban documentos, como parte de la mesa directiva del Movimiento Todos por la Patria, o al pie de sus notas en el mensuario *Entre Todos*.

En el CELS, donde había trabajado en la denuncia e investigación de asuntos vinculados a violaciones a los derechos humanos, repetían tras el ataque a Tablada: -por favor, no se confundan, Baños se fue del organismo en septiembre de 1986. Su trabajo había quedado en el olvido. Esas primeras pruebas, antes de los documentos hallados en Paraguay, de lo que se conoce como el Operativo Cóndor (los vínculos represivos entre las dictaduras del Cono Sur) donde denunciaba a Harguindeguy, ex ministro del interior de la dictadura, y a Hugo Banzer, entonces y ahora, presidente de Bolivia. Sus nombres se cruzaban en dos

causas donde Baños participó como abogado. Una era por las torturas y el secuestro de Graciela Rutilo Artés y su hija, quienes fueron entregadas por las autoridades bolivianas a la gendarmería nacional; y la otra, la investigación sobre la muerte del ex presidente Torres, de Bolivia, que apareció baleado en San Andrés de Giles, en la provincia de Buenos Aires. En octubre de 1985, Baños había promovido el allanamiento a la Agencia de Investigaciones Escorpio, vinculada a Suárez Mason y cuadros de la Triple A. Quizás otras coincidencias aparecieran entre los vinculados a aquel allanamiento y los que no pudo pronunciar por la televisión oficial cuando iba a leer la lista completa de los involucrados en la causa -reabierto por su intermedio- sobre la muerte del obispo Angelelli. A comienzos de 1986, la justicia riojana descartaba la versión del accidente automovilístico, lo cual inclinaba la balanza por la opción del asesinato. Un año después, ya desvinculado del CELS, estaría al frente de otra causa: la defensa de Enrique Gorriarán Merlo, lo que provocó disidencias en el grupo fundador del MTP.

La vida de Jorge Manuel Baños se sitúa como paradigma de un recorrido generacional, porque si en los años 70 la práctica política regía los destinos de miles de personas, en los 80 ese lugar era reemplazado por la defensa de los derechos humanos. La adecuación de la izquierda a los nuevos tiempos, implicó la sustitución del lenguaje de la revolución y la crítica de las armas por una lengua de denuncia que se sostenía sobre el recordatorio del horror pasado. En cierto sentido, el trayecto

de Baños -su vuelta a aquellas lenguas y métodos de los setenta- marca las distintas vías del fracaso: la de la ida -compartida por gran parte de la sociedad-, y la de la vuelta -que hizo de Tablada un acto tan solitario como trágico.

Es probable que desde José S. Álvarez, el policía que bajo los alias de Fray Mocho o Fabián Carrizo escribía las *Memorias de un vigilante*, ningún otro policía argentino, con un alto cargo, haya sido visto con rasgos de simpatía por buena parte de los civiles. No había tampoco razones para eso: sólo es cuestión de recordar dos figuras de las más repulsivas, Ramón Falcón o Margaride. Pero no fue el caso de Juan Ángel Pirker, quien entró como cadete en los últimos años del segundo gobierno de Perón, cuando el presidente decía contar con "la mejor policía del mundo". Una frase que, años después, en labios del gobernador Duhalde sonaría tragicómica.

Las notas que se escribieron a la muerte de Pirker, resaltan algunos aspectos personales más bien atípicos, como su permanencia durante días enteros en el Departamento Central de Policía, donde aparecía, por las noches, en pijama para compartir un mate con algún subordinado; sus visitas para conversar con los comisarios en los barrios; sus estudios sobre Sovietología en la UCA; o su antecedente familiar, el abuelo Johann, aquel juez provincial en Rosegg durante el imperio austrohúngaro. El hecho más relevante y de mayor recepción social de su gestión fue el es-

clarecimiento del caso Sivak, donde estuvieron involucrados policías retirados.

Hubo otro hecho, menos destacado por la prensa de entonces, pero distintivo, su afirmación en una reunión de gabinete ampliada, el día del ataque a La Tablada: "Si me permiten una opinión, no sé porque están rompiendo así ese regimiento. Nosotros podríamos sacarlos de allí en dos horas con gases lacrimógenos". Ese sinceramiento mostraba la innecesidad en el despliegue de fuerzas que permitió sobredimensionar los hechos de enero y crear el Consejo de Seguridad Nacional (CONASE) para asesorar al presidente sobre "la estrategia de la acción subversiva...", resituarse a las Fuerzas Armadas en la esfera pública y, al decir de *Ambito Financiero* recordar "una impensada rehabilitación moral, y efectiva, porque siempre sostuvo que gracias a su accionar pasado contra la subversión - aun con los innegables excesos- existe hoy la democracia en la Argentina".

Otras propuestas lo preocupaban: crear un organismo de inteligencia que pudiera reemplazar a aquellos que tantos dolores de cabeza le dieran al radicalismo bajo el gobierno de Alfonsín. De hecho, durante los treinta y dos meses de gestión Pirker había creado varias delegaciones en el ámbito conocido unos años antes como Coordinación Federal, con la misión de realizar tareas de información e inteligencia.

Difícil empresa, pero de salir bien podía ser pensada como uno de los mayores logros en

su empeño por cambiar la imagen policial. Unos días después de su muerte, una solicitada apareció en los diarios firmada por la Policía Federal Argentina, para agradecer a quienes se acercaron a expresar su pesar y ayudando a "afianzar los entrañables lazos de convivencia, afecto y amistad entre la Sociedad y su Policía que fue -quizás- el mayor logro de la rica y positiva gestión de nuestro jefe". Pirker entendía, probablemente por ser un hombre del Rotary Club, aquel postulado que exalta el ideal de servicio. Un mandamiento de los rotarios es aplicar el ideal de servicio en la vida privada, profesional y pública, así como apreciar toda ocupación útil. Así lo entendió también el ministro del Interior Enrique Nosiglia, cuando el 14 de febrero de 1989, le tocó pronunciar las palabras oficiales en su sepelio: "Vengo a despedir a este arquetipo del servidor público". Esa misma mañana, tres horas antes, Alfonsín apuntaba en igual sentido: "Fue un gran servidor de las instituciones de la democracia".

Con la muerte de Juan A. Pirker pudo advertirse ese otro fracaso que terminó casi en los mismos días de la "primavera alfonsinista": el fracaso del intento de democratizar todas las instituciones, incluidos los servicios de inteligencia, o la policía. Lo que hubiera sido un quiebre con la etapa precedente, se vio obstaculizado -la más de las veces- por las zancadillas que las medidas timoratas, la indecisión política y la improvisación oficial le hacían a las voluntades individuales. El camino de ida hacia una sociedad más transparente exhibía sus límites tras una muerte sospecha-

da: en el corazón de las instituciones de seguridad, bajo un ataque cardíaco latió la inseguridad de otras versiones.

Desde la creación del Ministerio de Economía, en 1958, ningún otro de sus titulares había estado tan poco en su cargo. Sólo un delegado militar llevaba la delantera: los cinco días que había durado en el cargo el interventor del Ministerio de economía, el general Joaquín de las Heras, entre el 24 y el 29 de marzo en 1976. Pero si de *rankings* se trata, otro dato lo dejaba atrás: Eugenio Blanco, el ministro de economía de Illia, fue el primer ministro de economía que murió bajo un mandato.

El ingeniero Miguel Roig será más recordado por su elección para el cargo, surgida del acuerdo entre el candidato justicialista, el vicepresidente ejecutivo del holding BB (y futuro sucesor) Néstor Rapanelli, y Oscar Vicente, hombre de Pérez Companc en enero de 1989. Su pronta muerte hizo que ni siquiera tuviera tiempo de cargar con las culpas o las puteadas del caso, esa parte se la llevó su sucesor, el padre de un dirigente de segunda línea del Partido Obrero, con ciertos parecidos a un odioso personaje de *Rogger Rabbit*.

El legajo profesional de Roig sumaba varias páginas. Una entidad se repite en varias de ellas: Bunge y Born. Ex vicepresidente del directorio del grupo. También aparece como directivo en, por lo menos, tres de sus múltiples empresas: desde el consejo de administración de Sanbra, (Sociedad Algodonera del

Nord-este brasileiro), a la presidencia de Grafa S.A. y de Compañía Química.

Su nombre figuró también en las listas confidenciales de empresarios que acompañaron a Alfonsín -los "capitanes de la industria"- a los Estados Unidos, en los primeros meses de 1985. Eran los días previos a los anuncios de la economía de guerra, cuando la voz cantante de los empresarios la llevaba Vittorio Orsi, del grupo Pérez Companc, que proponía reproducir el modelo japonés, con una fuerte alianza entre el Estado y los grupos empresarios. Roig también formó parte, como asesor, del Directorio de Empresas Públicas. En Bariloche, en 1988, conoció al candidato Carlos Menem, en un coloquio organizado por IDEA, (Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina) del cual fue presidente y socio honorario. Aunque no era peronista (de hecho, no votó a Menem), aceptó sumarse al "gobierno de unidad nacional", tal como el presidente electo justificaba sus nuevas alianzas.

El domingo 10 de julio, a dos días de asumir, le tocó dar el primer (y último) discurso dirigido a todo el país. Su caracterización de la crisis pasaba por algunos ejes: hiperinflación, el aparato productivo paralizado, el sector externo quebrado y desequilibrios en las cuentas públicas. Los apoyos (como el telegrama recibido de parte de Michael Camdessus, titular del FMI, felicitándolo "por la decidida manera en que está actuando para enfrentar la difícil situación argentina") no fueron suficientes. Las opiniones locales elogiaban el diagnóstico y los proyectos de privatizar empresas públi-

cas, pero no tanto las medidas inmediatas: precios máximos y concertaciones corporativas. *Somos* le dedicaba su tapa, sobre un primer plano del ministro, con un titular digno de *Crónica*: "Así no alcanza".

Las dificultades que se presentaban no eran pocas en esos días. El grupo de empresarios que había apoyado el nombramiento del hombre de Bunge y Born, empleó el plazo pautado por el gobierno, una semana, para realizar una feroz remarcación de precios que le sirviera de "colchón" al aplicarse los precios máximos. Los salarios -está claro- no siguieron el mismo camino ascendente.

Dos frases marcaron el estado de ánimo del gobierno: "Yo puedo sacar la policía a la calle, pero no quiero ni puedo hacerlo para reprimir gente que roba para comer", decía el ministro, mientras Menem calificaba a los especuladores de turno como "desubicados sociales y personeros de las remarcaciones".

El día 14 de julio, cuando se conocieron las versiones sobre la muerte de Roig, algunos buscaban las causas en los cien cigarrillos diarios, otros se inclinaban por el desgaste físico y las más de quince horas diarias de trabajo, su creciente baja de peso, o, las presiones de los legisladores justicialistas. Pero no pocos prefirieron dirigir su mirada para el lado del sector empresario que habiendo dado el visto bueno para su designación (entre los que se contaba Bunge y Born) no permitía el acuerdo de precios propuesto.

En lo inmediato, la muerte del efímero ministro fue el signo del fracaso de la buscada concertación de precios -y, por añadidura, evidenció que sus ex patrones estaban más dispuestos a continuar con su voracidad habitual que a comprometerse con lo acordado. Pero su muerte también anticipó el fracaso del primer modelo económico impulsado por el menemismo, sustentado en el pacto con los grupos económicos locales y reacio a la sujeción -que meses después aceptarían sin protestas- a las directivas de los organismos de crédito internacionales y el capital financiero. Una década después, Miguel Roig aparece nuevamente en los diarios, sólo que esta vez dándole su nombre a una beca para estudiar una maestría en administración de empresas.

Agosto

El "pacto social" o la "tregua" que había dejado sin respiro a Roig no terminaba de endulzar los paladares de los sindicalistas que pataleaban con el techo de 160% que pretendía el gobierno para las paritarias, aduciendo que no eran acordes con las tarifas vigentes. Andanadas de críticas recayeron sobre Saúl Ubaldini y su continuidad en la CGT. Menem quería enviarlo a Madrid como agregado laboral y los de la Mesa de Enlace menemista decían que ya era hora que diera un paso al costado, a lo que éste retrucaba que hasta 1990 su compromiso era "junto a los trabajadores". Afirmaba, a su vez, el "natural respaldo" de la CGT a los gremios en conflicto que "pujan por derribar ese techo establecido". Hacia fines de mes comienzan las medidas de fuerza por aumentos salariales: los maestros realizan un paro de 48 horas, sumándose esta lucha a la ya iniciada por la UTA (Unión Tranviarios Automotor) de trabajar pero sin cortar boleto.

Por otro lado, mientras el secretario adjunto del tesoro norteamericano le confesaba a Menem que "si la Argentina abre su economía, privatiza y realiza la reforma impositiva, entonces sería candidata al Plan Brady", éste instigaba a los renuentes legisladores justicialistas, que dilataban la aprobación de la Ley de Emergencia Económica y la Reforma del Estado, a que "se apuren porque el hambre no espera".

Otras aperturas político-económicas se sucedían: hacia principios de mes la Argentina le-

vantaba unilateralmente las restricciones comerciales a las importaciones de Gran Bretaña, para unas semanas más tarde realizar el primer encuentro oficial destinado a negociar el mejoramiento de las relaciones bilaterales. Menem sostiene, días después, que está dispuesto a establecer conversaciones directas con M. Thatcher sobre las islas, avisando que "no se recurrirá a las armas para recuperar el archipiélago".

A mediados del mismo mes, un juez signado por una absoluta probidad secuestra *Kindergarten*, película de Jorge Polaco, bajo una denuncia de "corrupción de menores, abusos deshonestos y ultrajes al pudor".

Septiembre

El enfriamiento de la inflación no llegaba a atemperar el ánimo de los gremios, en torno al malestar salarial dado por el desfase con respecto a aquella. Su correlato fueron las medidas de fuerza que se empezaron a implementar. Por primera vez desde su asunción, el gobierno establecía la ilegalidad de un reclamo sindical; así el paro propugnado por los ferroviarios era puesto fuera de la ley y Menem sostenía que "día que no se trabaja no se cobra". Mientras tanto, Lorenzo Miguel se atajaba diciendo que los paros no se hacían contra el gobierno sino contra "los empresarios que tienen un colchón de precios suficiente para dar un aumento".

Por otro lado, es el mes de la profusión de firmas que, como garabatos, sellan y concretan

los decretos privatizadores tendientes a reducir el rol del estado en: Entel, los ferrocarriles, YPF y los canales 11 y 13. De este trazo verborrágico sólo uno, al menos por este mes, no sentirá la pluma presidencial: el ya redactado decreto de los indultos. También, y con respecto al quehacer político en torno a la pluma y el despacho, se sella un acuerdo con el FMI y el Banco Mundial garantiza el financiamiento de las privatizaciones y el restablecimiento de los créditos suspendidos.

La postergación del indulto no alcanzaba para amainar los caldeados ánimos que se expresarían en innumerables marchas en todo el país. Menem catalogaría su inoportunidad al abrir "el paraguas antes de tiempo".

Julio Corzo, titular de la cartera de Salud y Acción Social, encuentra la muerte tras un desafortunado accidente y se suma así al fúnebre camino delineado por su par de economía, Miguel Roig.

El 89: la hiperinflación como síntoma y como oportunidad

Ricardo Aroskind

La crisis económica, social y política de 1989 fue largamente incubada en la sociedad argentina, y específicamente, en su estructura económica. Pueden, por supuesto, plantearse diversos niveles de aproximación temporal: la coyuntura específica de 1989 y el plan primavera de 1988.

Un segundo nivel: el período del gobierno radical, con el fracasado plan Austral y sus limitaciones políticas para ordenar la situación.

Un tercer nivel: la precaria situación económica argentina pos-Martínez de Hoz, pos-dictadura militar antinacional.

Un cuarto nivel (si bien hay otros, preferimos acotar la extensión del análisis): el funcionamiento de una economía semiindustrializada en la periferia.

Para montar el escenario de la hiperinflación

Las limitaciones de la industrialización argentina -orientada exclusivamente al abastecimiento del mercado interno, con escasa dinámica de investigación y desarrollo apuntando a obtener niveles de productividad que permitieran salir a los mercados externos a competir-, crearon las condiciones para un sistemático déficit comercial externo, que no logró

ser revertido luego de cuarenta años de industrialización sustitutiva de importaciones. Argentina se encontraba, si crecía, con déficits comerciales insostenibles.

El agro que exportaba, especialmente el pampeano, tampoco mostraba una evolución productiva similar al de los países desarrollados, tanto por sus características rentísticas estructurales, como por lo errático de las políticas públicas.

Como complemento, la debilidad histórica del estado argentino para orientar el sistema económico hacia una dinámica sustentable, lo llevó a generar un amplio sistema de protecciones y subsidios sin compromisos de progreso por parte del sector privado. Este sistema se sostuvo en tanto el estado pudo tomar parte de la renta agraria y redistribuirla hacia otros sectores. Cuando las condiciones internacionales comenzaron a reducir significativamente las fuentes impositivas tradicionales, el estado se mostró impotente para redireccionar el sistema impositivo hacia las franjas de ingresos con posibilidades de aportar al fisco.

Por otra parte, el estado, salvo en un breve período, no contó con una política científica seria que articulara el "triángulo" de Sábato: el sector público, el sector científico-tecnológico y las empresas. En un comportamiento típicamente subdesarrollado, los tres sectores, en vez de combinar esfuerzos e iniciativas, siguieron lógicas independientes, que redujeron las posibilidades de fortalecer el sistema productivo.

La industria incipiente de los años 30 y 40 se transformó en "incipiente" para siempre. No hubo estrategia de largo plazo en el estado para modificar la situación y el cuadro se eternizó. Los avances en materia de sustitución de importaciones se obtuvieron mediante enormes esfuerzos públicos, tanto en la construcción directa de industrias, como en los voluminosos subsidios y excepciones impositivas para estimular al capital local o extranjero. La reducida dimensión del mercado interno -en un mundo que utilizaba sistemáticamente las economías de escala- fue un límite objetivo a las posibilidades de expansión de la producción. Las iniciativas para trascender el mercado local fueron débiles y fragmentarias. La inercia y el acostumbramiento a un mercado conocido y protegido, pesaron fuertemente en las estrategias empresarias.

El quiebre decisivo de 1976

La dictadura surgida en 1976 permitió realizar una serie de experimentos económicos fracasados, cuyos objetivos formales eran modernizar la economía y abatir la inflación. Si bien Martínez de Hoz no redujo el sector público, lo endeudó en forma tan extrema, que comprometió permanentemente el funcionamiento de la administración nacional y de las empresas del estado. La imposibilidad de invertir y modernizarse, dado el peso de los intereses en las finanzas estatales, llevaron a una clara decadencia de los servicios de este sector.

La herencia concreta del proceso fue un endeudamiento externo de dimensiones gigan-

tescas, la irrupción del sector financiero y de los acreedores externos en la toma de decisiones nacionales, y un estado severamente debilitado.

El contexto internacional tampoco ayudó. La crisis de la deuda de los años 80 -provocada en parte por la nueva política económica de los Estados Unidos bajo la gestión Reagan- significó para la Argentina tasas de crecimiento nulas, caída sistemática del nivel de vida de la población, inflación creciente a partir del conflicto distributivo y la impotencia del estado para reorganizar la finanzas públicas, y el corte del crédito internacional (que abarcó a casi todos los países de la periferia).

El alfonsinismo, un gobierno en busca de aliados

En ese contexto el alfonsinismo, luego de un esfuerzo reactivador inicial que contó con más oposiciones que apoyos- intentó una salida que lograra el consenso de los grupos económicos dominantes y los acreedores externos, apuntando a tornar más estable y previsible la economía a través del Plan Austral.

Sin embargo, la fragilidad del plan se reveló a partir de la desmejora de las condiciones del mercado internacional, y las debilidades del estado para fortalecer sus finanzas a partir del disciplinamiento de diversos actores (grandes evasores, grandes perceptores de subsidios, oligarquías provinciales parasitarias, proveedores que colonizaban las empresas públicas, etc.).

Luego del Austral, el llamado Plan Primavera fue un intento modesto de mejorar la situación económica de cara a las elecciones de 1989. Como en el resto de las negociaciones con los sectores económicos más concentrados, el gobierno obtuvo una victoria a la Pirro, comprometiendo severamente las finanzas públicas, para recibir un respaldo, siempre débil y ambiguo, de sectores de la industria y el comercio concentrado.

El escenario

Ahora sí podemos reconstruir como se encontraba la estructura económica antes del vendaval hiperinflacionario:

a) Una economía que a sus tradicionales problemas de carencia de divisas necesarias, producto de su baja capacidad exportadora, había sumado una deuda externa de dimensiones insostenibles.

b) Un estado, que a su tradicional debilidad, había agregado la obligación de pagar la deuda externa tanto pública como privada (transferida al estado durante la dictadura). Esta debilidad se expresaba en un déficit imposible de reducir, por el peso brutal de los intereses de la deuda externa y por la incapacidad política del gobierno para cortar transferencias a sectores concentrados y recaudar impuestos adecuadamente.

c) Un proceso inflacionario, que expresaba estos deterioros, erosionando sistemáticamente el poder adquisitivo de la población. La in-

flación, por otra parte, iba destruyendo la confianza pública en la moneda nacional, que perdía valor permanentemente frente al dólar estadounidense. La moneda nacional dejó de cumplir con la función de ser unidad de cuenta de la economía y reserva de valor (capacidad de preservar a través del tiempo los ahorros monetarios). El dólar se constituyó en una referencia necesaria para todos los sectores económicos, para tener una noción comparable de costos y beneficios.

d) Un complejo proceso de construcción de un liderazgo social nuevo, basado en la ideología antiestatista y liberal, que instaló un sentimiento de repulsa hacia el estado "dispendioso e ineficiente", hacia los políticos de los partidos mayoritarios, hacia las regulaciones y el intervencionismo tradicionales en la Argentina. En reemplazo de ellos, una vigorosa generación de gurúes y comentaristas financieros suministró una sencilla interpretación sobre el país y el mundo: el mercado todo lo soluciona, y el estado todo lo arruina. Los males argentinos no eran explicados desde la historia nacional, sino desde la teología transnacional. El nuevo liderazgo de opinión era la expresión de un conjunto (no siempre coherente) de intereses que veían en la transferencia de las empresas públicas rentables del estado una nueva oportunidad de acumulación o de cobro de deuda externa.

Episodios revolucionarios

El 6 de febrero de 1989, el Banco Central de la República Argentina reconoce su incapacidad

de seguir sosteniendo el tipo de cambio vigente en el momento (17 australes por dólar), y produce una modificación cambiaria que incluye un segmento cambiario "libre". La decisión fue producto de la reducción sistemática de las reservas de divisas del Banco Central, producto de la corrida cambiaria de la semanas previas. Diversas entidades financieras encabezaron esta corrida, de carácter especulativo, porque advirtieron que el gobierno no dispondría de reservas suficientes para respaldar la cotización de la moneda y se vería obligado a devaluar. En el corto plazo, la expectativa devaluatoria representaba que quien compraba dólares a 17 australes estaba comprando a precio de pichincha, ya que en poco tiempo, esos dólares costarían entre 21 y 24 australes. Los que comenzaron la corrida tenían información sobre las dificultades del gobierno para obtener renovación de créditos frente a organismos financieros internacionales, y sobre el menguado ingreso de divisas producto de las exportaciones agropecuarias de los meses previos.

A los compradores iniciales de dólares se les fueron acoplando sucesivas camadas de sectores y empresas alertadas del "negocio" en ciernes. El Banco Central vendía a razón de 400 millones de dólares por semana para serenar el mercado, logrando exactamente el resultado inverso a medida que transcurrían los días.

Desde el 6 de febrero el alza del dólar en el mercado libre fue incesante. En tanto, los cálculos técnicos indicaban que para volver a

una cotización razonable, el dólar debería cotizarse a 23 australes, el mercado superó rápidamente ese nivel, para pasar los 30, los 40 y los 50 australes por dólar.

Claro, los técnicos no tomaban en cuenta que, junto a una demanda creciente de dólares, a medida que el pánico se iba difundiendo a más amplios sectores económicos, la oferta de moneda extranjera, básicamente en poder del sector privado concentrado, casi había desaparecido. ¿Cuál es el precio de una moneda que todos quieren, y nadie vende?

Hasta ese momento, los precios de los productos y servicios no habían mostrado cambios significativos, más allá de la inflación "normal" de aquellos tiempos. Sólo cuando se hizo evidente que se estaba frente a un episodio cambiario fuera de lo común, sin techo para el alza del dólar, los precios de todos los productos empezaron a indexarse a la tasa de evolución de la divisa norteamericana. Recordemos que este papel de "indicador" del dólar ya se había construido antes de 1989, producto del deterioro de la moneda nacional y la abundancia creciente de moneda extranjera en poder de argentinos.

El alza del dólar continuó con altibajos hasta llegar, el día 8 de julio de 1989, día de la asunción del nuevo gobierno, a fijarse en 650 australes por dólar: se había multiplicado casi por 40 desde aquel 6 de febrero fatal.

Sin embargo, hubo en este trayecto momentos de mayor y menor velocidad en la subida

de la moneda extranjera, que acompañaron a momentos políticos particulares. Tanto en el período previo a las elecciones de mayo, como antes de que Menem anunciara a quienes entregaría el ministerio de economía, hubo momentos de aceleración. Cuando se conoció la presencia del grupo Bunge y Born en la conducción económica, la presión compradora sobre el dólar cedió y apareció una oferta creciente de la divisa.

En este sentido, se puede pensar que sobre la situación de crisis, algunos actores concentrados pudieron operar haciendo llegar presiones y alivios según las decisiones que el sistema político iba adoptando. La nueva ideología "liberal" (no sería este el nombre más adecuado), insistía en que eran los "mercados" (de por sí impersonales y plenamente informados), los que a través de los vaivenes del dólar expresaban sus expectativas y su confianza en la evolución de los acontecimientos.

Pero la "hiperinflación", económicamente hablando, no equivale al alza del dólar. Una hiperinflación es una suba descontrolada de los precios, que en las experiencias históricas concretas ha tendido a pulverizar los ingresos de los sectores de ingresos fijos, disuelto las deudas a tasa de interés fija, y erosionado la moneda nacional llevándola al punto de la extinción.

La hiper nuestra tuvo la peculiar característica de no surgir como consecuencia de una crisis fiscal "tradicional" del estado, sino co-

mo resultante de un típico estrangulamiento externo, que fue profundizado ex-profeso por actores concentrados para jugar fuerte en el escenario económico social. El estallido de precios es un subproducto de la hiper-corrida cambiaria, y es el que verdaderamente instala un escenario dramático para vastos sectores de la población. La diferencia de la hiperinflación con una inflación elevada, es que esta última es manejable por los actores, más allá de las pérdidas y ganancias que toda inflación genera.

Gran redistribución de riqueza e ingresos

La hiper es un proceso descontrolado, de dimensiones gigantescas, que multiplica ganancias y pulveriza fortunas, patrimonios e ingresos. Durante la hiper se verifican transferencias de riqueza desmesuradas entre los sectores privados, y el estado achica en términos reales sus deudas, a costa de liquidar la credibilidad de la moneda nacional. La velocidad del alza de precios acelera la depreciación de los sueldos y salarios, reduciendo violentamente la duración de los mismos.

Este último aspecto permite explicar las condiciones objetivas de los saqueos de mayo, junio y julio. Más allá de diversos sectores reaccionarios que jugaban con los saqueos para desgastar más al radicalismo y acelerar su caída, la caída de ingresos de capas amplias de población (no sólo de bajos ingresos) creó verdaderas situaciones de dramatismo y necesidad extrema.

Pero si los salarios se pulverizaron, conjuntamente con las jubilaciones y pensiones, otros sectores se beneficiaron enormemente. Todos los tenedores de moneda extranjera (ya fuera por tener ahorros o ingresos en dólares), vieron aumentar espectacularmente su riqueza, mientras que quienes habían ahorrado en pesos, y no los tenían cubiertos con alguna cláusula indexatoria, vieron pulverizado su patrimonio.

Los bancos, y especialmente los extranjeros, extrajeron espectaculares ganancias de la turbulencia financiera, al contar con información de primer nivel sobre el desarrollo de los acontecimientos. La filial de un importante banco extranjero fue felicitada, luego de pasada la hiper, porque sus ganancias equivalían a las del resto de las filiales en todo el planeta.

El estado, si bien sufrió una caída muy importante en la recaudación, logró disminuir su deuda interna, nominada en pesos, a través de la inflación. Incluso existieron debates dentro del peronismo sobre la conveniencia o no de tomar el control político en julio o en diciembre, como correspondía. Los partidarios de esperar hasta diciembre, planteaban la conveniencia de que continuara la hiper unos meses más, porque más allá de la destrucción política del radicalismo, la deuda pública en pesos se volatilizaría, permitiéndole al gobierno contar con unas finanzas públicas saneadas...

Aquellas semanas de julio

Caber recordar, finalmente, que el peor mes fue julio. En ese período, la inflación trepó un 196%. Dicha alza tiene una sola explicación: las expectativas de las grandes empresas sobre un congelamiento de precios, que las llevaron a preparar un "colchón", de forma de entrar al congelamiento con beneficios importantes asegurados.

La impotencia absoluta del radicalismo en su última semana de gestión (del 1 al 7 de julio), y la impotencia absoluta del peronismo en su primeras tres semanas, dejaron un vacío formidable para que se impusiera la barbarie de mercado. El castigo a la población fue mayúsculo, en tanto la dirigencia política había perdido toda noción de mediación en el conflicto social. Se limitaba a servir a quienes detentaban la capacidad de desmontar el vendaval hiperinflacionario. Como subproducto de esta hiperespeculación, la política de estabilización del nuevo gobierno quedó comprometida, y el propio equipo de Bunge y Born sintió en carne propia el poder de un sector social desbocado. Unos meses después debieron retirarse del ministerio de economía, sin haber podido mostrar las bondades de los empresarios al frente de la cartera que, por su naturaleza, "les pertenece".

Una marca profunda en la sociedad

El clima desmesurado de incertidumbre, de amenaza, y de catástrofe de la hiper -algo así como que "mañana puede ser mucho peor

que hoy"-, constituyó una experiencia que marcaría a buena parte de la población; el miedo a la miseria y la violencia de esos días, gracias a la interpretación ofrecida por el liberalismo y el silencio de voces alternativas creíbles, sería posteriormente metabolizado socialmente bajo la forma de una demanda de estabilidad, en un sentido quizás mucho más amplio que el económico.

Las transformaciones que se impusieron a partir del 89 pueden ser pensadas en dos sentidos: 1) no existía luego de la hiper sector social organizado que pudiera plantear una salida al caos en un sentido distinto a la que prevaleció, y 2) a diez años de la experiencia, sería útil realizar un balance sobre los efectos que la reestructuración económica tuvo sobre los problemas que llevaron a la hiper.

Tenemos la impresión que en un sentido estructural, muchos de los elementos económicos que contribuyeron a la hiper continúan presentes. No así el escenario social y político.

Octubre

Las tensiones sindicales devinieron en la más que previsible fractura de la CGT. Ambos grupos se arrogaban la legitimidad. La Mesa de Enlace menemista quedó constituida en torno a la CGT-Andreoni, enfrentada a la CGT-Ubaldini. Las dos, aunque de distinta manera, expresarán su desagrado por el aumento salarial "inamovible" fijado por Rapanelli en 12 mil australes, exiguo aumento que lleva a Ubaldini a un embate formal contra el plan económico, al sostener que "la grave crisis socioeconómica es producto de las políticas monetaristas y liberales". Dentro de esta ríspida situación queda truncada la "fiesta popular" del Día de la Lealtad peronista: dadas de baja las opciones de un discurso presidencial en Plaza de Mayo o en la TV, son reemplazadas por una más escueta y fría solicitada en los diarios.

Por otra parte, la larga espera de la llegada de los restos de Rosas deja paso a la celebración por la repatriación de los mismos, que es vitoreada como "el acto simbólico de un nuevo tiempo", enmarcado en la "profunda reconciliación nacional". Aires de nuevo tiempo que quedan ratificados -y materializados- algunos días después a través de los indultos trazados por los 4 decretos presidenciales. El 7 de octubre los aires de libertad -que quieren contribuir a la pacificación que suture las heridas del pasado- alcanzaban a los ex comandantes de Malvinas, a 39 militares procesados por privaciones a la libertad y homicidios, a 64 guerrilleros o militantes políticos y a otros 172

militares juzgados por las sublevaciones de Semana Santa, Villa Martelli y Monte Caseros. Entre los excluidos del perdón, aunque éste no queda descartado para un futuro cercano, se encuentran Videla, Massera, Viola, Firmenich y los condenados por La Tablada. El día 20 las organizaciones de derechos humanos, junto a las Madres y a algunos partidos políticos, congregan a una multitud en la Casa Rosada para hacer entrega a Bauza de casi un millón de firmas contra el indulto. Paralelamente, los organismos de derechos humanos se oponían al indulto desde los tribunales, bajo la acusación de "inconstitucionalidad"; medida de la que se apartan las Madres al sostener su profundo "descreimiento en esta justicia que perdona a los asesinos de nuestros hijos". También arreciaban protestas de los presos comunes que, sumergidos en huelgas de hambre, exigían el indulto o la conmutación de penas, bajo el lema democrático-constitucional, expresado por un recluso que afirmaba que "todos los ciudadanos son iguales ante la ley".

La contrapartida de estos "nuevos tiempos" es fácilmente hallable en tribunales cercanos, donde una contundente sentencia recaía sobre los hombros del MTP: cadena perpetua para la mitad de los partícipes de La Tablada siendo, para la otra mitad, de 10 a 15 años de prisión y para Puigjane, de 20 años.

Noviembre

La débil estabilidad económica lograda en los meses previos va a mostrar sus fisuras tras la

estocada del dólar que repuntará hasta superar los 1000 australes.

A esto se le agregaba el paro de ómnibus y subterráneos extendido a todo el país y al que el presidente calificaría de ilegal. A su vez, acusaría de "torpes y egoístas" a sus dirigentes, por estar embarcados en un acto de "sabotaje" cuya continuidad aparejaría despidos. Mientras el gobierno amenazaba con que los colectivos serían incautados y manejados por agentes públicos y fuerzas de seguridad, la UTA ratificaba el paro por tiempo indeterminado. Pocos días después esta medida sería apaciguada a través de varios acuerdos salariales entre los gremios y las empresas.

El derrumbe de la estabilidad económica, sumado al conflicto en torno a los transportes, puso al gobierno en la disyuntiva de cambiar la política económica o profundizar aún más el camino trazado. Se optó por la segunda vía y Rapanelli, tras ser ratificado por el presidente, anunció la nueva vuelta de tuerca en el ajuste y la continuidad de la política salarial vigente.

Pero la deteriorada situación económica, las intestinas luchas sindicales y las dificultades cada vez más acuciantes para establecer soluciones salariales con los empresarios, quedarían como telón de fondo del primer acto público tras la asunción presidencial. El 17 de noviembre se conmemoró el decimoséptimo aniversario del regreso de Perón y Menem hizo de este evento un acto de respaldo a su gestión. Así, en su discurso ante las 30 mil

personas reunidas en Plaza de Mayo, entre las que sobresalían las columnas de la UOM, de la CGT-Andreoni y de la de Ubaldini, instó a la unión sindical y rabiosamente profería que llevaría la revolución productiva "caiga quien caiga", siendo absolutamente necesario que no lo dejaran solo en el nuevo camino emprendido de transformación.

La escena internacional nos trae, hacia el 9 de noviembre, el desmoronamiento del muro de Berlín y la consiguiente apertura de la frontera de la República Democrática Alemana.

La hiper

Marcela Martínez

"Es imposible pensar desde el miedo, porque el miedo sólo produce y reproduce la lógica de la reacción." 1989, Chacho Alvarez, revista Unidos

1

El propio Marx y sus mejores discípulos nos han advertido acerca del peligro de caer en las redes del infantilismo primitivo al exponer cada fluctuación de la política y de la ideología como una expresión inmediata de la estructura económica, determinante real en última instancia de las creencias que se sustentan socialmente. Gramsci también es prolífico en este tipo de advertencias.

Comparto esta prevención y en absoluto el deseo de alinearme en perspectivas mecanicistas que nos hablan de claros, indiscutibles reflejos superestructurales irradiados desde la base económica. No obstante, determinados acontecimientos irradian una suerte de onda expansiva. Su presentación social es explosiva, las esquivas dimanan, su materialidad cambia de estado y aquello, que en un comienzo se presenta bajo la apariencia de un conflicto económico, termina adquiriendo su máxima expresión en las honduras del imaginario colectivo.

Estas prevenciones iniciales tienen un fin, quiero abordar las consecuencias no económicas de un hecho económico: la hiperinfla-

ción. Más aún, voy a adjudicarle a este evento carácter fundacional. La imagen de la explosión es asimilable al impacto que produjo la hiper del 89 en Argentina. Aún los técnicos menos emotivos suelen llamarla *estallido hiperinflacionario*. Basta con un ejercicio de memoria nacional para recrear la magnitud del cimbronazo. Quiso el carácter fortuito, abierto de la historia, que en este año se dieran cita, en el país y en el mundo, varios acontecimientos disruptivos, de aquellos que tienen estela definida. Hobsbawm ubica casi en este año el cierre del siglo. Podría nombrar algunos intelectuales locales que distinguen la importancia del mismo en el destino nacional: Halperín Donghi, Khavisse, Basualdo, Lozano. El mojón de 1989 tiene un reconocimiento surtido.

2

¿Pero qué etapa se inaugura en la Argentina, en ese año? La del retiro. El retiro del Estado social, el sujeto retirado (¿re-tirado?), arrojado sobre la góndola del supermercado. El refugio en el ethos, el imperio de la razón práctica. La ofensiva hiperinflacionaria reenvía al ámbito doméstico. Es un período caracterizado por la profundización de las estrategias defensivas de carácter individual, familiar.

Algunos investigadores afirman que dos registros son igualmente desquiciantes, insoportables para los seres humanos: el caos y el ruido. Los decibeles de la hiper disparan al súmmun el registro de incertidumbre y, exceptuando el grupúsculo de beneficiados, la mayoría siente que su plan de vida se verá inexo-

rablemente alterado en el futuro inmediato. La resolución del "aquí propio" nos deja sin resto, casi diluidos en lo real. El volcán en erupción que es la economía argentina al final de la década pérdida irradia su lava anulando cualquier planteo con alguna exterioridad respecto de los designios del capital concentrado.

Porque sometiendo a la sociedad argentina al terrorismo económico más salvaje, se cancelará la necesidad de recurrir a golpes de estado para doblegar posibles resistencias sociales, tal como afirma el epígrafe, desde la pavura, sólo sostenemos posturas defensivas. Algunos preclaros advertían los beneficios disciplinadores de la experiencia hiperinflacionaria y hasta la recomendaban a otros dirigentes de países vecinos (recuerdo opiniones de Cavallo vertidas en foros internacionales a su par brasileño), dado que después de la erupción, la sociedad presentaba un estado alestargado muy propicio para la aplicación de cualquier receta económica. Una contundente terapia de choque. Y lo más triste es que resultó exitosa.

En este lapso se instaura un nuevo campo de batalla, el mercado nacional. Y por supuesto, no cometemos la torpeza de suponer que las disputas a través de las cuales los distintos bloques de la sociedad dirimen su relación de fuerza sea un hecho inédito; no, no es ese el punto. Sí es el ingreso de la *real ekonomik*, de la dilución de las mediaciones, al menos de aquellas que asociamos con el estilo clásico de hacer política. Digo, aquella dimensión prospectiva, expresión de deseos, se suspen-

de. La utopía que toda construcción política que se precie de serlo debe alentar, se desintegra en beneficio de aquella otra versión, desangelada y conservadora, donde la política es el arte de lo posible, y en última instancia, la gestión de gobierno existente.

La des-posesión ejecutada en contra de los grupos subalternos (es un buen momento para aclarar que cuando uso términos genéricos como país o sociedad elijo hacerlo en representación de los sectores subalternos) y, a la luz del viejo axioma físico donde nada se pierde, todo se transforma, en favor de los grupos económicos nacionales, las empresas transnacionales diversificadas, los grupos agroexportadores locales y la banca acreedora, que tramita la hiper, no tiene precedentes. Este trasvasamiento económico no se agota en una cuestión pecuniaria. Es el reconocimiento de la enajenación en su doble sentido de traspasar un dominio y salirse de madre, perderse de sí. Insisto. El fenómeno no es nuevo. No hay novedad en la verdad de la dominación, en el ejercicio del poder. Sí la hay en su magnitud. El caos que desata la hiper nos baja las defensas, esta situación casi desconocida (¡cómo olvidar el Rodrigazo!) nos deja boquiabiertos, sólo balbuceantes. Esta es una de las maneras en la que actuamos la retirada. Nos peleamos entre nosotros sin poder oponernos a casi nada. Sumidos en la entropía del 89 el mensaje de la hiper parece recortarse con alguna nitidez: hay nuevos demonios al acecho para los que no tenemos conjuro.

3

Si el poder monta un escenario donde la sociedad representa su propio drama, el del '89 se caracteriza por instaurar una puesta en forma donde se anula la distancia entre lo simbólico y lo real. Los sectores populares no logramos articular un discurso que incida en la toma de las decisiones colectivas y los acontecimientos sociales, políticos, económicos parecen ser inevitables. Si en otras coyunturas la historia incluía el protagonismo de los trabajadores y sus diferentes organizaciones en el diseño de la política pública, ésta posibilidad, en los '90, nos será vedada. Lo que existe es lo único posible. En esto, consiste el predominio de lo real.

La incertidumbre disparada hasta el paroxismo que genera la hiper impide otra autosignificación social que no sea la del caos insoportable. Es sabido, en el infierno no se hacen olas. Podemos ubicar aquí, el inicio de una era donde primarán las propuestas conservadoras de estabilidad de cuño popular. Y no creo en la esencia revolucionaria de los grupos subalternos, pero podríamos recordar, sin demasiado esfuerzo, un pasado variopinto en alternativas contrahegemónicas que nos costaría ubicar por estos días.

La esfera del poder político no puede escenificar a la sociedad, sino en su disolución. Y es en este proceso "emancipador" de individuos liberados de toda responsabilidad social, tan urgidos por su propia subsistencia, donde el reconocimiento de los límites -ya evidenciados con anterioridad, sin duda- de la demo-

cracia multipropósito legitima el regreso a casa. La inanidad intelectual de los sectores populares -me refiero a esta imposibilidad de darle status social a las angustias individuales compartidas-, en este contexto de conmoción colectiva violenta, resultó muy funcional a los intereses perseguidos por sus adversarios en la puja distributiva. En la receta neoliberal, las decisiones colectivas son eludidas. Una obediencia social indebida a los postulados neoconservadores, ubicó la máxima capacidad de organización popular en la toma desesperada de alimentos.

La disputa hegemónica pierde a uno de sus contendientes. Todos aquellos que no identifican sus intereses con los del capital concentrado, preferentemente en su modalidad financiera, verán seriamente dañada su capacidad para incidir en el rumbo de los acontecimientos. Y esta afirmación no pretende negar a todas las agrupaciones donde la necesidad de intervención sigue librando batalla, pero creo sensato el reconocimiento de nuestra odiosa impotencia.

4

La embestida neoliberal -que, sin duda, se cristaliza en este momento de nuestra historia nacional- ha naturalizado la democracia liberal de mercado, la ha vuelto objeto de consenso universal. La postulación del régimen se da en estos términos: legitimación del retiro del Estado social, incorporación acrítica de la deuda externa (¿recuerdan cuando los políticos eran interpelados respecto de su posición ante los acreedores internacionales y

Menem discutía con la CGT la posibilidad de entrar en moratoria?) y la creencia fundamentalista en que cualquier otro régimen es irracional. El fin de siglo tornó ubicua dicha versión de democracia y se ha convertido en la legítima aspiración de cualquier política nacional viable (categoría usada con frecuencia por los organismos internacionales para referirse a las regiones del tercer mundo con capacidad de proyección. A las inviables, ¿las borrarán del mapa?).

La desaparición, mejor dicho el silenciamiento, de otra alternativa de construcción política ha fortificado la propuesta neoconservadora que se potencia junto a la globalización en ciernes deslocalizando adversarios, antes nacionales (o con filiales locales) y minimizando la, generalmente, modesta intervención individual. Desde la perspectiva de la inmensidad planetaria, la acción política se jibariza. Sería torpe suponer que la ausencia de combate activo de los sectores populares hacia un régimen político y su correspondiente receta económica sea sólo un indicador de asimilación de los valores hegemónicos encarnados en esta propuesta.

Es más bien, al menos en este caso, la carencia de recursos para enfrentar un acontecimiento incommensurable. Dado que "lo social" es complejo y multivariado por definición, y de suyo inasible a escala individual, aún así, no en todas las coyunturas se lo percibe como ingente, inabordable. Creo que es posible ver cómo la hiper origina una etapa, desactiva aquellas estructuras de sentimientos pro-

pias de la conciencia emergente que pugnan por establecer otras prácticas, otro sentido distinto al hegemónico. El sufrimiento se vuelve fatal, se acepta la legalidad espuria.

Y no creo que esta actitud pueda adscribirse en el mentado distanciamiento cínico posmoderno, por estas latitudes el capitalismo tardío no se expresa en jornadas laborales reducidas ni subsidios de alguna dignidad a los parados. Aquí las crisis económicas del fin del milenio, son viscerales, invaden la totalidad de la existencia. La ausencia de disenso frente al caos y el modelo que se implementa como su correctivo, es más la aceptación pragmática donde el pueblo suscribe el accionar de sus gobernantes porque no puede concebir una alternativa más realista que la aceptación normativa de los valores que ésta representa.

Algunas de las perlas de este collar de ahorque que es el '89, que se inicia inmerso en el caos energético, y que continua con el fallido intento en La Tablada, la hiper, los angustiosos saqueos, el adelantamiento del traspaso presidencial, la sorprendente composición del flamante gabinete, la pérdida del poder adquisitivo de las remuneraciones (luego sabríamos, nunca recuperado) y otros sucesos que seguramente estoy omitiendo, nos posiciona en un escenario más relacionado con la dislocación anómica que con la confrontación propia del conflicto. Y como confirmara uno de los fundadores de la sociología, en estado de anomia aumentan los suicidios; algo de esto hay en bajar la guardia.

La consecuencia conocida de esta situación es que el sentido común cristaliza lo existente como lo único posible, obturando las posibilidades de la instancia crítica. Hasta aquí lo previsible.

5

El 89 cargado de eventos significativos, algunos de ellos rápidamente mencionados en párrafos anteriores, parece erigirse en el símbolo de una era reconocible por la ausencia de prácticas políticas creativas, casi diría prácticas políticas populares de cualquier índole, de aquellas que pugnan por instaurar nuevos sentidos. Esas, no están visibles.

Si el despliegue de la autoconciencia creativa ha sido una preocupación de larga data entre los pensadores de la sociedad, precisamente porque su desarrollo no está ni garantizado ni favorecido en el secular ordenamiento capitalista, resulta al menos sintomático que esta preocupación clásica haya sido desplazada en el presente y ante el vacío perfilado por la pérdida de esta inquietud, lo que se evidencia es una naturalización de la impotencia y de sus consecuencias psicológicas, sin postular aquello de social que habita en lo individual.

Lukács afirma que abrumado por un mundo opaco de objetos e instituciones autónomas, el sujeto humano se convierte rápidamente en un ser inerte, contemplativo, incapaz de reconocerse en su propia práctica vital. En una época donde el fracaso de las tradicionales aspiraciones burguesas de libertad y justicia se revelan sin disimulo es notable que ni le-

gos ni letrados puedan dar cuenta del "estado de las cosas" más allá de una pormenorizada descripción. Digo, si por un momento recordamos viejas máximas y nos repetimos que la comprensión y la transformación de la realidad no son dos procesos separados sino parte de un mismo fenómeno, tal vez nos sirva para reconocer que el primer punto de esta afirmación, aún, no ha sido agotado.

Cómo resolver la disquisición sobre la pertinencia de las prácticas políticas con vocación contrahegemónica en un contexto donde las afirmaciones están más referidas a todo lo prescripto que a propuestas que generen alguna certeza de movilización, donde el egoísmo consumista privilegia la privatización de la vida más que las relaciones que conectan las actividades económicas vinculadas con su contexto y sus consecuencias. La liberación del partido y de los grandes discursos parecen habernos deparado más impotencia que libertad de acción. Los 90 no ocultan la impúdica atadura de lo público y el signo de los tiempos parece ser la perplejidad crónica de sujetos con vidas sociales fragmentadas.

Por último quiero focalizar en lo que, a mi criterio, ha sido el aporte más significativo de la hiper: creó una necesidad imperiosa de estabilidad. La inflación ha estado siempre presente en el funcionamiento de la estructura económica argentina, repartía pérdidas y ganancias, hasta alguna especulación doméstica permitía proteger el nivel de compra del salario. Luego del 89 la inflación se vuelve satánica, la estabilidad económica aparece co-

mo la demanda social más destacada, el primer puesto en el ranking de los sondeos de opinión pública. La relación entre la hiper y la ponderación social de la estabilidad es estrecha, ha sido un indicador del estado anímico de los 90. El efecto balsámico de la inflación cero, la necesidad de recuperar un horizonte medianamente ordenado y conocido, recién se resquebraja con el efecto tequila, punta de lanza de los múltiples cracks financieros que se sucederán en poco tiempo.

La impugnación absoluta de la inflación impidió analizarla como lo que en verdad es, un indicador entre tantos otros de la actividad económica nacional. En los sectores medios por el efecto cuota, en los sectores populares por la desolación de una moneda cuya capacidad de compra se escapa como agua entre los dedos, la mayoría deseaba que la inflación fuera archivada en un tratado de teratología. Durante el primer período menemista el posible retorno de un brote inflacionario operó como una amenaza remanida (rememorada por estos días); la hiper fue exhibida como un mérito siempre vigente por aquellos que supieron doblegarla, su capacidad de evocar escenas angustiosas expresa el capital simbólico que detentan los acontecimientos económicos. Aún diez años más tarde, Cavallo sigue bebiendo de su cáliz y su prestigio internacional, sin menospreciar sus excelentes contactos, se debe en buena medida, a su exitoso plan de estabilización económica.

Sin embargo, en el presente todo ha cambiado. La estabilidad ya no es el remedio que to-

do lo cura. Por estos días la demanda fuerte es de activación del aparato productivo y de una imperiosa necesidad de obtener empleos. Más aún, la deflación nos ha develado que los bajos indicadores no siempre son buenos, y que en este contexto, dan cuenta de una actividad económica en estado de coma. La estabilidad de los cementerios, ironizan algunos radicales. Pero este, seguramente, será el tema de futuros escritos.

Diciembre

La cercanía de la etérea Navidad y del próspero año nuevo que este último mes depara no alcanzan a atemperar la descomunal profusión de sucesos que la totalidad del año, tanto a nivel local como internacional, había incitado.

La terquedad de los descalabros económicos nacionales -que parecían haber sido erradicados en un primer momento por el nuevo gobierno- intentó ser definitivamente aniquilada mediante un nuevo y vigoroso ajuste económico. Así, Menem inaugura hacia el 10 de diciembre -fecha frustrada del recambio presidencial- un reajuste del ajuste existente, determinando una reducción mayor del gasto público y correcciones en la cotización del dólar, las tarifas, los precios y los salarios. Se trataba de resolver el eterno problema de la desestabilización económica que, en la perspectiva de Rapanelli, encontraba su causa en la percepción del sector privado de la acción insuficiente del gobierno respecto de la profundidad y celeridad del ajuste. Días previos a la implementación del mismo, la gente se va a aglutinar en largas colas alrededor de supermercados y estaciones de servicio para ganarle al inminente tarifazo rechazado por ambas CGT. Tarifazo que redundaría en aumentos de hasta el 86% en el combustible, el gas, la luz y los transportes.

Pero una vez más el paquete económico no respondió al aciago dólar que continuó sus meneos ascendentes al compás de las remar-

caciones de precios, barriendo de la pista al lento ministro de economía y poniendo en su lugar a Antonio Erman González, quien implementaría nuevas medidas: liberación total del dólar y de los precios. El año se iba vertiginosamente con esos anuncios que querían controlar un dólar que rozaba los 2000 australes y con la búsqueda de nuevos pactos políticos que suavizaran el impacto del ajuste; todo esto en un marco general al cual Menem aludía metafóricamente al sostener que "estamos todos en este avión y no hay paracaídas", para terminar con un devastador "después de esto, el abismo".

En el plano internacional el año se cerraba con el triunfo de Collor De Mello sobre Lula en Brasil y de Alwyn sobre 16 años de pinochetismo en Chile.

En la madrugada del 20 de diciembre, Panamá se despedía del año sufriendo una invasión de 24 mil marines norteamericanos que, bajo la premisa de "restaurar la democracia" que Noriega había resquebrajado, imponía desde una base militar norteamericana al nuevo presidente de la nación: Guillermo Endara.

Dos días después, en Rumania, una insurrección popular deponía y fusilaba al jefe de estado Ceaucescu y a su mujer Elena, asumiendo el gobierno provisional el Comité de Salvación que anunciaba elecciones libres para el próximo año. Suprimía, al mismo tiempo, el rol dirigente del PC y cambiaba el nombre del país que perdía su antecedente de "República Socialista" para pasar a ser Rumania a secas.

Acontecimiento que hacía de esta nación el último eslabón que se unía "al carro de la democratización acelerada, para ponerse a la altura de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y de la República Democrática Alemana". La Casa Blanca se mostraba esperanzada ante la posibilidad de que Rumania se encarrilara en "una transición pacífica hacia la democracia".

Iniciamos, bajo este título, una nueva sección. Que consiste en comentarios sobre aquellos hechos u obras culturales que reclamen nuestra atención, que irruman sobre el calmo fluir de lo ya conocido o lo previsible. Más allá de su género y de su existencia material, vamos a detenernos en obras que detonen una reflexión o convoquen a una polémica. El espacio nos reclama ser muy selectivos y el criterio editorial nos exige ser muy cuidadosos: nos prometemos abordar sólo aquello que nos resulte imprescindible. Este número el lector encontrará una reflexión sobre dos libros de dos historiadores que permiten pensar acerca del fin de una/s historia/s, fin que -no casualmente- se fecha en 1989.

Los libros de la buena memoria

Fabio Wasserman

"Las cosas tienen una constante: estorbar, y una momentánea: servir. Quizá al conocimiento o la memoria le ocurre lo mismo."

Macedonio Fernández

Presentación

Ante todo una evidencia: 1989 es una fecha. Evidencia que muy rápidamente puede ser acompañada por esta otra: la división del trabajo intelectual que estructura las cada vez más segmentadas ciencias sociales y humanidades, confía a los historiadores las fechas y los acontecimientos en ellas ocurridos. Como estas dos premisas son no sólo evidentes sino también ciertas, su razonable corolario nos lleva a revisar qué es lo que han escrito sobre 1989; fecha que es tan sólo un nombre para la serie de hechos cifrados por nosotros en ese año y que, en su deriva, carecen aún de intérpretes. Hechos que han sido, sí, comentados hasta el hartazgo por una legión de analistas eufóricos. Hechos que también han sido referidos con tristeza, con pesar y con dolor, por muchos otros que sentimos más cercanos a nosotros. Pero los estados de ánimo y las impresiones subjetivas no parecen ser los vehículos más adecuados para trazar el balance de una experiencia. Tenemos la vivencia de esa experiencia, aunque apenas alcanzamos a percibir su sentido. Sin embargo nuestra vivencia nos hace presumir, quizás con temeridad, que 1989 es en verdad el nombre que señala el final de una época.

De esta época ya ida y de su reciente final se ocuparon Tulio Halperín Donghi en *La larga agonía de la argentina peronista* y Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX* (título que lacónicamente retoma el original

La era de los extremos. El corto siglo XX. 1914-1991). Obviamente, no fueron los únicos autores en producir obras sobre ese período. Pero sus textos tienen una virtud que parece convertirse en un bien cada vez más escaso: la de ser capaces de invitarnos no sólo a recorrer, sino también a reflexionar sobre una parte sustancial de esas historias cuyos finales, creemos nosotros y aseveran ellos, acontecieron en 1989 (aunque en verdad debemos decir que Hobsbawm propone la desintegración de la URSS en 1991 como el año final para su *siglo corto*). En ese sentido, creo que su lectura nos permite problematizar las siguientes cuestiones: a) las dificultades que se plantean cuando se intenta pensar una experiencia histórica agotada desde su interioridad; b) los criterios a partir de los cuáles se periodizó su final en 1989; c) la posibilidad de pensar la política activa como una práctica que animó esa experiencia.

Estructura y argumentos

El libro de Hobsbawm tiene tres partes que se subdividen a su vez en capítulos temáticos, precedidos por uno que resume el libro y que se titula *Vista panorámica del siglo XX*. Esta estructura busca respetar la hipótesis del autor sobre la existencia de tres etapas nítidas a las cuales denomina expresa e inequívocamente: la primera, entre 1914 y 1945 como la *era de las catástrofes*; la segunda, entre 1945 y 1973

como *la edad de oro*; y la tercera, entre 1973 y 1991, como *el derrumbamiento*. En cada una de estos apartados le dedica capítulos al examen de la economía, la política, la sociedad y la cultura; análisis que constituye uno de sus principales méritos, ya que son pocos los historiadores que todavía pueden transitar por registros tan diversos y, menos aún, aquellos que logran articularlos significativamente.

Claro que esta obra de brillante realización, tiene también otra peculiaridad debida a la impronta de su autor: el tono pesimista que tiñe tanto sus contenidos como su exposición -aunque Hobsbawm, inglés al fin, nunca parece perder su serenidad ni su compostura; en su desencanto mantiene la elegancia-. Tono éste, el pesimista, que se percibe ya al recorrer sus primeras páginas y que obedece al hecho, fácilmente palpable, que ésta no era exactamente la historia que a Hobsbawm le hubiera gustado narrar; y por qué no decirlo, que a muchos de nosotros nos hubiera gustado leer. Porque lo que el autor nos quiere decir es que su *corto siglo*, identificado con su larga vida, es un siglo de desastres del cual poco merece ser rescatado -de hecho, pocos fenómenos son vistos positivamente: algunos avances científicos, la desaparición de las sociedades agrícolas en casi todo el mundo y, entre las escasas experiencias políticas, el republicanismo de la Guerra Civil Española-. Y esta idea, tan simple en apa-

riencia, es la que organiza la trama del libro.

Es obvio que un trabajo de estas características, al abarcar procesos y acontecimientos tan disímiles y complejos, no se propone la demostración de esta sola idea. Sin embargo creo que se puede aventurar la existencia de una hipótesis central, que es la que permite entender por qué su relato está ritmado por una larga cadena de desastres. Es que estas calamidades son sólo la expresión de una tragedia mayor que las engloba y que las dota de sentido: para Hobsbawm durante el siglo XX se produjo una verdadera crisis civilizatoria. Esta hipótesis, a pesar de ser la que organiza la narración, apenas es esbozada en el texto. Recién pasada la mitad del relato se la puede encontrar enunciada con total nitidez, pero casi al pasar, como pidiendo permiso. Me refiero al momento en el cual critica la brutalidad y la persecución política por parte de todos los estados durante el período que abarcó las dos guerras mundiales y advierte que "Esta fue una parte de la caída desde el progreso de la civilización, en el siglo XIX hasta este renacimiento de la barbarie que recorre este libro como un hilo oscuro" (391). Hilo que, oscuro como es, busca pasar inadvertido; pero que sin embargo se deja percibir en las costuras que hilvanan la trama de su narración.

En *La larga agonía...*, Halperín Donghi diagramó una estructura mucho más compleja que la de Hobsbawm, a pesar de tener un objeto más delimitado. Es que si bien el relato puede ser desagregado en varias líneas analíticas, carece de toda organización formal, siquiera en capítulos. Pero a pesar de las dificultades que pueda plantear su lectura, el libro busca argumentar una hipótesis sumamente sencilla. Según Halperín, en 1945 se produjo una revolución en la Argentina que dió origen a un tipo de sociedad: la *sociedad peronista*; a los pocos años de producida es-

ta revolución, se hizo evidente que esta sociedad no contaba con una estructura económica que pudiera sustentarla; sin embargo, gran parte de su fisonomía sobrevivió, en una larga agonía, hasta el desenlace producido por la hiperinflación de 1989.

Este argumento ya lo había expuesto anteriormente en una charla que, ampliada, daría origen a *La larga agonía...* Dicha conversación, que tuvo lugar en 1993 en el Club de Cultura Socialista, había tenido como fin recordar los treinta años de su texto *La Argentina en el callejón*, del cual éste se proponía ser su algo complejo sucesor. Y es a partir de esta distinción entre el libro que se buscaba rememorar y el ahora producido, que Halperín destacaba que en 1989 se había producido una verdadera crisis resolutive que puso fin a una agonía de cuatro décadas. Por eso, la distancia entre ambos textos era aun mayor que la marcada por los treinta años del calendario: la Argentina de 1994, ya poco tenía que ver con la de 1964. En esa charla, decía, Halperín había planteado su hipótesis con mayor claridad que en el libro: "la experiencia de cualquiera que vivió el peronismo es la de un cambio vertiginoso y dramático, aceptado por la mayoría de la sociedad argentina porque en el fondo era muy agradable para la mayoría, aunque al mismo tiempo, se fundara sobre una base material (para usar un lenguaje que ha pasado de moda) que no tenía ninguna posibilidad de perdurar: se trataba de crear una sociedad para los decenios y no para los siglos sobre la base de una coyuntura que duró exactamente tres años. Lo que siguió fue un esfuerzo por mantener vivo algo que no podía seguir viviendo" (*Punto de Vista* nº 46, agosto 1993). El relato de Halperín es entonces, la historia del mantenimiento en respirador artificial de la *sociedad peronista*.

Lugares

Antes de continuar con el análisis de los textos de Halperín y de Hobsbawm me gustaría detenerme en las razones por las cuales los sucesos cifrados por nosotros en 1989, a pesar de ser muy fáciles de rememorar y de tener obvias consecuencias en nuestro presente, continúan aún en la oscuridad. Por supuesto que nuestra dificultad para hincarle el diente a 1989 no proviene de la falta de una metodología adecuada de investigación, ni tampoco se trata de adquirir más y mejores conocimientos que permitan superar las aproximaciones impresionistas. Es necesario un paso previo que, a pesar de contar con un aparente consenso, parece aun difícil de dar: asumir que en verdad se trató de un corte histórico. Y digo que se trata de un paso difícil porque darlo implica mucho más que anunciar, alegre o melancólicamente, histórica o tímidamente, el final de una época. Implica reconocer que si 1989 puede ser considerado como un punto de inflexión en el devenir histórico, no podríamos ser igualmente precisos a la hora de señalar qué historias acabaron y, menos que menos, qué historias comenzaron. Es que, creo yo, la verdadera dificultad radica en asumir que lo que se produjo fue también una crisis en nuestra forma de entender lo histórico-social y, por lo tanto, en nuestra capacidad de pensar esas historias y sus finales.

Es cierto, no estoy planteando ninguna novedad. Es más, el señalamiento de esta crisis en el pensamiento asociada al acabamiento de un período histórico, forma parte del más banal sentido común que, como es sabido, gusta encadenar el enunciado *cayó el muro*, con los enunciados *cayeron los paradigmas* y *cayeron los grandes relatos*. Un burdo relato de caídas hilvanado con slogans pero que, incesantemente repetido, tiene el raro mérito de hacernos asomar, una y otra vez, al vacío al cual nos condenó la profunda erosión a la que han sido sometidas las categorías, las teorías, las instituciones, los puntos de vista; en suma, todos los lugares desde donde solíamos entender el mundo. Un mundo que ha sido transformado, más no interpretado.

Esta crisis nos conduce, creo yo, a una primera y, diría, obligatoria vía de entrada a los textos de Halperín y de Hobsbawm: los lugares desde dónde interpretaron y narraron esas historias. Cuestión que en verdad forma parte de un problema más general y que puede formularse mediante una pregunta cuya respuesta, debo admitirlo, intuyo negativa: ¿Se pueden pensar los procesos históricos agotados con los mismos discursos y prácticas que formaron parte constitutiva de su trama? Si mi intuición es acertada, parece razonable que sólo quede poner en práctica estrategias que rememoren los procesos y los acontecimientos, pero sin que éstas permitan pensarlos.

Propuestas analíticas y narrativas quizás atractivas, pero que no están en condiciones de trazar un balance crítico de esas experiencias. Y, entiéndase, no me estoy refiriendo a incapacidades personales. Por eso creo especialmente relevante analizar estas obras de dos grandes historiadores como Halperín y Hobsbawm, quienes han sabido interpretar -y narrar- con gran agudeza otros procesos a los que lograron dotar de una mayor densidad histórica. En este caso, me voy a concentrar en dos de sus estrategias que ponen de relieve estas dificultades: el lugar que ocupan en sus textos en tanto narradores y algunos de los recursos que utilizaron para dotar de sentido histórico a sus relatos.

El libro de Hobsbawm comienza con una reivindicación de su doble habilitación autoral en tanto profesional de la historia y testigo y actor del siglo; por eso resalta el haber sido un partícipe atento -creo que hace algunos años se podría haber dicho *comprometido*- del mismo. Asimismo, esta posición, que es destacada en múltiples anécdotas personales que recorren todos los capítulos, se anuncia ya en la solapa, donde su reseñista nos anuncia efusivamente que el autor "ha vivido el siglo". Es por eso que el texto puede ser leído, y así ha sucedido, casi como una autobiografía o, más bien, como el trasfondo histórico que la enmarca. Más allá de estas querellas, seguramente menores, su constante inclusión en el relato nos plantea un problema que sí creo relevante: cómo explicar y narrar una experiencia de la cual se formó parte. La estrategia que eligió Hobsbawm parece razonable pero es, sin duda, de corto alcance interpretativo. Es que si bien el relato se enriquece con sus vivencias, en especial las que tienen relación con su militancia política y su vida profesional como académico y periodista, creo que éstas tienden a suturar todo aquello que no puede ser integrado significativamente en la trama. Quizás a quienes hayan

leído el libro esto no les parezca tan evidente en tal o cual episodio. Pero creo que no hay que tomarlos en forma aislada sino en su conjunto ya que la rememoración de estas vivencias no son ocasionales. Por el contrario, son constitutivas de una narrativa cuyo entramado está garantizado en parte por la presencia o por el conocimiento de primera mano del autor y no tanto por formar parte de un proceso histórico dotado de sentido.

Ahora bien, si nos olvidamos por un momento de su presencia y prestamos atención a la arquitectura del libro, creo que se puede plantear otra estrategia para abordarlo. Propongo entonces que sea leído como el guión de un documental o, más bien, como el de una miniserie cuyo narrador nos va guiando por los grandes hechos y procesos del siglo. Nuevamente es probable que esta atribución sea más el resultado de mi lectura que la expresión de su estructura o de la intención de Hobsbawm. Debo confesar que al recorrer sus páginas acudían a mi mente constantes imágenes; y, creo no ser original, este es un siglo saturado de imágenes poderosas cuya fuerza evocativa todavía domina nuestro intento por pensarlo. Pero es posible que mi impresión no parezca tan descabellada si consideramos que esta obra tiene dos largas series fotográficas que retratan tanto a los principales sucesos y procesos de transformación acontecidos como a sus protagonistas. Esas fotos, acompañadas por breves notas, ilustran todo aquello que nosotros, sus lectores, o bien sabíamos de antemano o bien nos vamos enterando a través del libro. Cabe preguntarse entonces qué función cumplen, si es que la tienen, más allá de obedecer a una posible estrategia de mercado -juro haber escrito esto antes de enterarme de la existencia de la *Historia Visual de la Argentina* del Grupo Clarín, cuya execrable publicidad promete imágenes e infografías que pondrán fin al aburrimiento que parece caracterizar a la ense-

ñanza escolar de la historia-. Pido perdón por mi exabrupto y retorno a las imágenes que ahora nos importan, que son las del texto de Hobsbawm y no las del producido por la señora de Noble. Mi impresión es que constituyen algo así como un álbum de recuerdos del siglo. Álbum cuyo cometido es el de producir un instantáneo reconocimiento que, en tanto representación, permite pasar por alto la dificultad de pensar los sucesos y los procesos retratados. Efecto de sentido que producen, por ejemplo, las imágenes dedicadas a Sarajevo. No creo que sea casual que las dos fotos que abren y cierran la serie correspondan a esa ciudad en 1914 y en la década del 90'; ciudad en la que Hobsbawm, con no demasiada originalidad, busca condensar los desastres del siglo XX. Pero mientras que la primera retrata al Archiduque Francisco Fernando de Austria, cuya muerte dio pie a la primera guerra mundial y así es explicado en la nota, la última muestra una ciudad en llamas de la cual sólo se nos dice "Sarajevo, ochenta años después de 1914". Y en esta distancia sin pensamiento queda representada, ya sea visual o textualmente, la historia trágica del siglo XX.

La constante presencia del autor y la apelación a imágenes suturan todo aquello que, no casualmente, en sus obras anteriores fluía sin mayores inconvenientes. Es que esos trabajos eran fruto de una teoría y de una narrativa que, compartidas también por

muchos de sus lectores, le permitían dotar de sentido a los acontecimientos y los procesos, los cuales podían ser integrados así en una trama de mayor densidad histórica. Por el contrario, las suturas a las que estoy haciendo referencia no son más que la expresión del problema que se plantea al tratar de interpretar una experiencia agotada sin lograr sustraerse de la misma, sin poder posicionarse desde otro lugar teórico y/o político; sin que exista en verdad ese otro lugar. En ese sentido cobra nuevo valor la advertencia que hace Hobsbawm en su prefacio: "lo que dificulta la comprensión no son sólo nuestras apasionadas convicciones, sino la experiencia histórica que les ha dado forma" (15). Experiencia histórica ya agotada que, claro está, no puede pensarse críticamente a sí misma.

En *La larga agonía...*, Halperín propone una narrativa donde también cobra importancia su presencia, aunque ésta aparece en forma más solapada que en la de Hobsbawm. Su figura, si bien ligeramente borrosa, irrumpe en algunas de las anécdotas que recorren el relato y que actúan como verdaderos argumentos ya que *soporan* una parte sustancial de la trama. Consideremos un ejemplo relevante: las transformaciones provocadas por la revolución que dio origen a la *sociedad peronista*. Allí donde legítimamente esperamos encontrar un análisis de esa mutación social, sólo se nos ofrece la

siguiente reflexión: "bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía" (26). Creo que es casi innecesario resaltar que, para quienes no tuvimos la oportunidad de transitar esas calles ni de utilizar los medios de transporte público de la época, como sí parece haberlo hecho Halperín, esta descripción puede resultar plausible, pero es claramente insuficiente.

Insisto: el señalamiento de la presencia del narrador en el relato cobra especial relevancia porque nos interroga sobre la capacidad y el tipo de interpretación que está poniendo en juego. Así, ante ciertas críticas, Halperín arguyó que el suyo no se trataba exactamente de un libro de historia, sino de una memoria histórica -nuevamente es en la solapa del libro que se nos anuncia que "no es un libro de historia en el sentido tradicional del término". Por lo cual rebate a sus polemistas, señalándoles que sus interpretaciones son producto también de sus memorias, distintas claro está de la suya, pero por eso mismo imposibles de ser ponderadas (La discusión se puede encontrar en el *Boletín del Ravignani* nº 12, 1995). Pero si Halperín tiene razón, y creo que la tiene, ¿desde qué lugar que no sea el pautado por nuestras impresiones y simpatías o antipatías podríamos valorar cuál memoria es la más ajustada a ese pasado?

Es por eso que en esa misma discusión Halperín sentó otra condición para la discusión de su libro. Sostuvo que debe leerse como algo mucho más informal que un análisis histórico; considera que se trató más bien de una conversación. Aunque creo yo que, más que de una conversación, se trata en verdad de un largo monólogo. Monólogo en el cual buscó entretener, aunque no siempre eficazmente, procesos históricos con episodios anecdóticos que se quieren ilu-

minadores de los mismos. Así encontramos que la fisonomía de la *sociedad peronista*, pese a ser la protagonista excluyente de un texto cuyo autor pretende analítico, no aparece nunca del todo delineada; motivo por el cual debe ser reconstruida por sus lectores -por mi parte no encontré ningún rasgo especialmente novedoso, aunque sí lo pueda ser la forma en la que los articula y los orígenes desde donde los rastrea (algunos se remontan hasta el siglo XIX): destaca la centralidad de la clase obrera y de un empresariado dependiente del mercado interno, lo que implicaba que el pleno empleo haya sido un valor social casi indiscutido; la expresión de los conflictos a través de un marco corporativo y, en consecuencia, la escasa importancia otorgada al sufragio; la negación de toda legitimidad al adversario político, o más aún, la existencia de criterios disímiles sobre la fuente de la legitimidad del poder. Esta ausencia en el texto de una definición o tan siquiera de una descripción clara de la *sociedad peronista*, también le ha sido reprochada a su autor, quien arguyó posteriormente que dicha sociedad tiene tanta nitidez para él que no necesita siquiera describirla. Reconoce que su análisis "nunca es encarado de frente, porque -tal la ilusión en la que se apoya toda tentativa de buscar las claves de un proceso colectivo en una experiencia necesariamente marcada por las coordenadas individuales de quien la ha vivido- la maciza solidez que esa experiencia conserva en el recuerdo confiere a la imagen de ese proceso una consistencia igualmente corporosa. Para decirlo todo, mi candor llegaba aquí hasta creer que sé cómo nació y murió la sociedad peronista solo porque fui uno de los innumerables testigos de ese nacimiento y esa muerte" (*Boletín del Ravignani*, op.cit., pg. 40).

Esta afectada y, por qué no, sospechosa declaración de candor por alguien que evidentemente no lo posee, pone de relieve la función que tienen en su tex-

to las anécdotas y la forma en la que el autor se incluye en su relato: la narración de Halperín pretende recrear esa experiencia a partir de su reconocimiento instantáneo. Recuerdos y anécdotas que puede ser muy sugestivas, y en verdad lo son, pero que, creo yo, no pueden producir un pensamiento sobre esa experiencia. Es por eso que cabe preguntarse una vez más por los recursos y las estrategias con los que contamos para dar cuenta de la misma. Más aún, nos interroga, al igual que el libro de Hobsbawm, sobre nuestra actual capacidad de trazar un balance de esas historias ya agotadas, pero insuficientemente pensadas por carecer de un lugar fuerte desde donde posicionarse para poder realizar esta operación. Hobsbawm sostiene que habitamos "Un mundo en el que no sólo no sabemos adónde nos dirigimos, sino tampoco adónde deberíamos dirigirnos" (26); peor aún asegura que "las brújulas perdieron el norte, los mapas se volvieron inútiles" (340). Desorientación presente ante un mundo anómico que, creo yo, explica también las dificultades que enumeré a la hora de intentar pensar su pasado.

Periodización

Comencé señalando que las fechas son consideradas un territorio casi exclusivo de los historiadores. Y, más allá del carácter escolar con que solemos representarnos esta atribución, la misma expresa un problema fundamental

del conocimiento histórico. Es que toda interpretación del pasado requiere de la existencia, real o imaginaria esa es otra cuestión, de fechas. Al menos necesita de una inicial y de una final; ya sea un día, un mes, un año, una década, un siglo o un milenio. Fechas entre las cuales se entretejen fenómenos, procesos, estructuras y acontecimientos que, al menos por ahora, sólo pueden ser entendidos si son así delimitados. Claro que esta operación, común a todos los historiadores, implica también la existencia de criterios diferenciadores que permitan periodizar; criterios que determinan tanto la elección de esas fechas como las interpretaciones sobre qué empieza y qué termina en las mismas. Sino, las explicaciones aparecen dominadas por la datación de los procesos y no por su significado sociohistórico; como si las fechas, meros índices temporales, fueran en sí portadoras de sentido.

Sé que esto que estoy planteando parece poner en duda nuestra operación de cifrar un conjunto de acontecimientos bajo el nombre 1989; es cierto, es exactamente eso lo que quiero cuestionar. Y no por considerarla una operación ilegítima. Por el contrario, ahora es necesaria; quizás imprescindible. Pero, recordemos a Macedonio Fernández, *quizás el conocimiento y la memoria tengan como función momentánea la de servir, pero su constante es la de estorbar*: aquello que hoy nos parece activo es en verdad el

resultado de nuestra debilidad, de la falta de un lugar fuerte desde donde interpretar tanto el pasado como el presente. Carencia que nos desafía a construir urgentemente nuevos dispositivos de pensamiento. Si no corremos riesgos como el de quedar atrapados por el fetiche de los indicadores de temporalidad, por la comodidad que da organizar las experiencias por aquello que le es externo: el calendario. Peligros que, perdonen mi acaso algo excesiva insistencia, no son para nada imaginarios: ¿sabemos, acaso, qué comenzó en 1989?. Creo que es evidente que aún no. Desconocimiento que es consecuencia del tributo que seguimos rindiendo a formas de entender el mundo que ya no pueden dar cuenta del mismo; pero también del desgano al que nos condenó el escepticismo de creer que ya no podemos transformarlo y tan siquiera interpretarlo -la propia distinción entre interpretación y transformación no puede seguir siendo así sostenida, aunque sé que esto merece otra discusión más profunda-.

Hobsbawm plantea agudamente este problema en su reflexión sobre el ahora extendido uso del prefijo post: "Al igual que los funerales, estos prefijos indicaban el reconocimiento oficial de una defunción, sin implicar consenso o certeza alguna acerca de la naturaleza de la vida después del muerte" (291). En una época en que todo es post (industrial, moderno, marxista, histórico), nada de lo que es así definido puede ser realmente pensado. Y esta falta de certezas a la que se refiere Hobsbawm es la que explica también el actualmente extendido uso de vocablos que son sólo indicadores de temporalidad. Invito a que el lector haga un breve ejercicio: repasar la cantidad de veces que utiliza expresiones como *fin de siglo*, *fini-secular*, por no mencionar el ya excesivamente apocalíptico *fin de milenio*. Es evidente que estas expresiones no tienen en sí ningún significado; constituyen más bien una coartada ante la ausencia de un pen-

samiento que dé cuenta de nuestro pasado más reciente y que pueda intervenir sobre nuestro presente. Tienen, acaso, la misma densidad que las reflexiones de Inodoro Pereyra ante cada uno de sus deslumbramientos quincenales: "qué contemporáneo es nuestro tiempo moderno". Y sin embargo, todos creemos reconocer en ellas una definición, una descripción, o tan siquiera una calificación de nuestro odioso presente.

Es por eso que, así como para dar cuenta de los procesos históricos ya agotados, se hace necesario dar un salto que nos permita pensarlos desde otro lugar; para poder procesar los acontecimientos ocurridos en 1989 y que dieron fin a esas experiencias, debemos dejar de lado el calendario. Decisión que nos conduce a una segunda vía de entrada a los textos de Halperín y Hobsbawm: los criterios según los cuales periodizaron y organizaron sus relatos, es decir, aquello que nos indica qué historias finalizaron y, quizás también, qué historias comenzaron en 1989.

Sujetos

Para dar cuenta de los criterios de periodización utilizados me voy a ocupar de los sujetos que protagonizan sus relatos. Me refiero, claro está, no a los múltiples actores sociales, políticos y/o económicos que los recorren, sino a aquello que los engloba y los dota de sentido. En el libro de Halperín este sujeto es, evidentemente, la *sociedad peronista* a la cual ya me referí; ahora me voy a detener con más detalle en la *civilización occidental*, sujeto del relato de Hobsbawm.

A diferencia de la *sociedad peronista*, de la cual Halperín narra toda su curva vital, Hobsbawm se ocupa sólo del declive de la *civilización occidental*. Eso explica en parte que sus características no sean del to-

do delineadas; sólo deja entrever que la misma cobró forma en el siglo XIX y enumera algunos de sus rasgos: capitalista, liberal, burguesa, brillante, basada en el progreso (podría agregar el ahora impolíticamente correcto *eurocentrista*). Creo que esta elección del sujeto es la que permite entender por qué gran parte de los fenómenos recordados carecen de la densidad histórica a la que Hobsbawm nos acostumbró en sus otros trabajos. Consideremos un ejemplo que entiende como clave en el siglo: el enfrentamiento entre el nazi-fascismo y la alianza comunismo-capitalismo. Momento clave ya que lo que cree que estaba en juego no era ni un equilibrio interestatal, ni las relaciones de fuerza entre clases o grupos sociales, sino algo mucho más trascendente: eran los mayores logros de esa civilización los que eran puestos en peligro por, no sabría como expresarlo, algo así como las fuerzas del mal o, si se quiere dejar de lado la moral, fuerzas ahistóricas. Movimientos políticos que así como aparecieron y cobraron vigor en el período de entreguerras, desaparecieron al ser derrotadas sin dejar tras de sí ningún legado; como si tan sólo hubieran sido una anomalía en el transcurso histórico. Según Hobsbawm el ascenso de Hitler había puesto en peligro "los valores e instituciones de la era de la *civilización occidental*" (151), fundamentalmente por su desmesura, guiada por las pasiones y por la ideología, más que por algún tipo de razón

o de intereses. Pero esos movimientos a todas luces anormales pudieron cobrar vigor y filtrarse en el proceso histórico de la civilización occidental no sólo por la crisis económica, sino también por la desidia e impotencia de las democracias liberales, cuyos gobiernos no habían estado a la altura de sus responsabilidades; peor aún, habían desertado del cumplimiento de su mandato histórico. Este análisis evidencia que el sujeto del relato es la civilización occidental más que alguno de sus componentes. Por eso señala que se trató de "una guerra civil ideológica internacional" -salvo en las zonas coloniales- en la cual "(...) el enfrentamiento fundamental no era el del capitalismo con la revolución social comunista, sino el de diferentes familias ideológicas: por un lado los herederos de la ilustración del siglo XVIII y de las grandes revoluciones, incluida naturalmente, la revolución rusa; por el otro, sus oponentes. En resumen, la frontera no separaba al capitalismo y al comunismo, sino lo que el siglo XIX habría llamado *progreso* y *reacción* con la salvedad de que esos términos ya no eran apropiados" (150). Conceptos que, aunque inapropiados por anacrónicos, no sólo fueron utilizados en su momento, sino que también son retomados por Hobsbawm quien no parece haber encontrado otros más adecuados. Por eso, aunque su análisis sea profundo y los acontecimientos ocurridos en esos años puedan ser comprendidos, parecen care-

cer de mayor sentido histórico, salvo el otorgado por ese enfrentamiento entre grupos cuyos intereses quedaban subsumidos en la ideología y las pasiones irracionales -recordemos que la versión original del libro se titula *La era de los extremos*-.

Ahora bien, que sea la *civilización occidental* en su momento de declinación el sujeto de su relato, es lo que explica la periodización realizada por Hobsbawm. Porque lo que concluyó en 1989 no fue una forma de organización socioeconómica, la capitalista, ni el dominio de una clase social, la burguesía, ni la extensión de esta organización y de este dominio en el mundo (fenómenos y procesos que habían servido de criterio para periodizar su trilogía del *siglo XIX largo* que narraba una épica, la de la construcción del capitalismo por la burguesía y que estaba integrada por *La era de las revoluciones* -conocida en castellano como *Las revoluciones burguesas*; *La era del capital* y *La era del Imperio*); por el contrario, no hicieron más que acentuarse. Lo que considera finalizado son los mejores valores, las formas más justas de organizarse y la más racionales de entender el mundo propias de esa civilización que parecen haberse ido extinguiendo agónicamente desde la primera guerra mundial; valores, formas de organización social y de comprensión que hasta hace muy poco eran calificadas con un nombre con el cual se quería indicar su sentido histórico: *progresistas*.

Y que el final al que estoy haciendo referencia es de algo mucho más trascendental y de más larga data que el de un siglo se puede percibir en el último capítulo del libro, donde en forma significativa pega un salto en la forma de percibir la temporalidad al titularlo *El fin del milenio*. Su relato de las últimas décadas no sólo describe un feroz individualismo asocial, sino que también está recorrido por fenómenos anómicos que transcurren en escenarios apocalípticos,

como el protagonizado por adolescentes armados en las "junglas hobbesianas" de las grandes ciudades (342). Tono apocalíptico que es expresión tanto de su idea de crisis civilizatoria como de su periodización.

Estado

Decía, entonces, que el sujeto del relato de Halperín era la *sociedad peronista* y del de Hobsbawm la *civilización occidental*. Obviamente resulta complejo, por no decir imposible, tratar de reducir la una a la otra, aunque la vida de la *sociedad peronista* coincida plenamente con la segunda y tercera etapa del siglo XX de Hobsbawm, es decir *La edad de oro* y el *Derrumbamiento*. Pero creo que sí se puede percibir un sesgo en sus análisis que permite enlazarlos y es el del papel del estado, más precisamente del estado nacional. Es que, más allá de los sujetos mencionados, el final de sus relatos parece estar pautado también por la retirada de los estados nacionales del centro de la escena que habían ocupado hasta entonces.

Hobsbawm le dedica varias páginas al análisis de esta retirada, causada por la profunda erosión que sufrieron, debida tanto a procesos económicos y socioculturales, como a la pérdida del monopolio de los medios de destrucción. Por otro lado, el relato de Halperín puede ser leído no sólo como el de la agoría sufrida por la *sociedad peronista*, sino también como el de la decadencia del estado argentino como su actor principal: "En la Argentina del tardío siglo veinte, la interpenetración entre el Estado y ese cada vez mejor consolidado círculo de socios privilegiados contribuyó a consumir la transición que redujo al que había sido actor central del proceso sociopolítico, a terreno de batalla y botín para las sordas rivalidades entre sus supuestos aliados, a la vez que es-

cenario para los abiertos conflictos políticos de una lucha cada vez más salvaje. Cuando esa degradación progresiva pareció ya irrefrenable, la gestión directa por el poder militar vino a ofrecerse como supremo recurso contra ella, pero aun ese recurso se iba a revelar finalmente ilusorio" (93). Para no abundar en detalles por todos nosotros conocidos -más bien padecidos-, sólo traigo a colación que Halperín considera que fue la hiperinflación de 1989 la que finalmente puso en evidencia esta degradación, ya entonces irreversible.

Esta retirada del estado del primer plano, que pone un punto final a sus historias nos conduce, claro está, a la última de las cuestiones que quiero plantear: la política. Es que ambos textos parecen compartir una concepción similar de la política, por lo menos en lo que hace a la suposición de los estados como sus actores protagónicos, ya sea a nivel nacional o internacional. Y, creo que no hace falta que haga demasiadas referencias al respecto, la política contemporánea estuvo pensada y practicada casi exclusivamente en su relación con el estado como lugar o espacio de concentración del poder.

Política

A esta altura del artículo, le parecerá evidente al lector que ni Halperín Donghi ni Hobsbawm se restringieron

a utilizar sus saberes disciplinares con los que tanto prestigio han ganado. Dos renombrados especialistas en el siglo XIX que se lanzan, aunque no por primera vez, a examinar su pasado más inmediato y su presente. Y no sólo lo hacen, sino que son calurosamente felicitados por realizar aquello que a otros les sería vedado por los *guardianes disciplinares*, quienes consideran *poco rigurosos e impresionistas* este tipo de análisis. Recordemos que desde el siglo XIX, la historiografía comenzó a valorar cada vez más la distancia crítica del historiador en su relación con los acontecimientos pasados. Esta distancia tenía como objetivo más obvio, el de impedir la contaminación ideológica o subjetiva en sus análisis. Pero también se la valoraba porque se consideraba que un relato, ya sea histórico o ficcional, sólo podía adquirir sentido cuando por fin se producía su desenlace -para poner un ejemplo cercano a nosotros: existieron variados motivos por los cuales Sarmiento escribió una biografía de Facundo Quiroga cuando en realidad buscaba entender el fenómeno rosista; entre otros, pesaba el hecho que la historia de Quiroga ya había finalizado con su muerte ocurrida diez años antes y había logrado alcanzar su verdadero sentido; no así la de Rosas, quien en ese entonces no sólo vivía, sino que se hallaba en su apogeo-.

Decía entonces, que el desenlace de una historia permite reconstruir su tra-

ma: los acontecimientos son reorganizados y los procesos que la recorren son pensados nuevamente a la luz de ese final. Esto es efecto de una relectura sobre esa historia que suele tener una particularidad: la de privilegiar aquello que la torna inexorable o, lo que es lo mismo, la de opacar los intentos de forzamiento subjetivo que la recorren. Lo cual, claro está, bloquea la posibilidad de pensar la política como práctica transformadora llevada a cabo por sujetos activos. Desde este punto de vista la política sólo puede ser pensada de dos maneras, que no son necesariamente excluyentes: la primera la reduce a ser una práctica que administra o gestiona lo existente; la segunda la describe como una serie de contingencias mayormente irrelevantes o, en el mejor de los casos, destinadas a producir un desenlace ya inscripto en el orden de las cosas.

El agotamiento de una experiencia refuerza entonces una ilusión: la de la necesidad de los procesos que la condujeron a su ocaso. Y, creo yo, esta ilusión es una de las rémoras que debemos dejar atrás para construir un nuevo pensamiento sobre lo político y sobre lo social. Un pensamiento que aliente la posibilidad de organizar experiencias sin que éstas sean consideradas sólo el resultado de necesidades históricas; un pensamiento que acompañe críticamente la construcción de una política activa y que, en ese sentido, dé cabida a la voluntad de transformación -con lo cual, entiéndase, no quiero desconocer los condicionamientos estructurales de una situación, ni plantear una postura voluntarista-. Este último argumento nos conduce a la última cuestión que quiero plantear a partir de la lectura de los textos de Halperín y de Hobsbawm: ¿cómo pensar la política de ese mundo ya ido?

En el caso de Halperín, ya señalé que el planteo que anima su relato es la existencia de un desacople en-

tre la economía y la sociedad, punto de partida de la permanente crisis argentina durante casi cincuenta años. Así, destaca que "Es precisamente la solidez de lo logrado por el peronismo como revolución social la razón principal para la larga etapa de desgarramientos que su gestión iba a dejar en herencia: había logrado en efecto crear una sociedad nueva que había adquirido una vida propia y, aunque no tenía modo de perdurar, sencillamente se rehusaba a morir" (29). *Sencillo rehusarse* que, creo yo, no es más que la expresión de la voluntad política que animó la experiencia argentina de esos años. Porque lo que Halperín nos está planteando es que la agonía por él revivida, es en verdad una tragedia: la tragedia de la política.

La política parece merecer entonces un lugar de importancia en su relato y así es. Sin embargo, en ningún momento parece en condiciones de modificar la situación agónica de esa sociedad; por el contrario, sólo logra prolongarla en una espiral cada vez más virulenta. Dicho de otra forma: Halperín no parece creer en la posibilidad de quebrar esa jaula de hierro que es la economía, condicionante último de las acciones políticas. Imposibilidad a la cual se refirió explícita e irónicamente en su charla realizada en el *Club de Cultura Socialista*: "Creo que no es necesario explicar por qué no hablamos más de dependencia; no porque no crea que haya dependencia. Sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse del régimen de lluvias" (*Punto de vista*, op.cit., pg. 11) -quisiera yo también hacer una ironía, pero no puedo dejar de pensar que la distancia entre la ironía y el cinismo es a veces muy corta-. Desde este punto de vista, el desarrollo histórico sólo puede ser pensado como inexorable. Por eso, a Halperín no le resulta extraño que finalmente la sociedad surgida al calor de la revolu-

ción peronista se haya debido resignar tras admitir su inviabilidad. Estado de ánimo que se fue encarnando a lo largo de su lenta agonía, y que finalmente cristalizó durante la experiencia hiperinflacionaria de 1989 cuando se produjo una suerte de toma de conciencia colectiva: la Argentina había hallado al fin, como el Laprida de Borges en el *Poema Conjetural*, su destino sudamericano.

Pero esta concepción no sólo le permite estructurar su historia dotándola de un final cuyos detalles podían ser ignorados de antemano, pero su sentido último no. También condena a la política a ser una práctica irrelevante. Por eso en esta historia no hay, no puede haber, diría, ninguna épica. Por un lado la jaula de hierro, por el otro, figuras que pueden ser más o menos simpáticas o sagaces, pero que en el fondo son sólo eso, figuras; y, para colmo, patéticas y/o cínicas -qué decir de Solano Lima anunciando el inicio de una revolución social desde una Berisso de fachada industrial-. La historia argentina de la segunda mitad del siglo es entonces no sólo la historia de una tragedia; es algo peor, es "una tragicomedia política" (93) -creo entender que es esta la razón por la cual Halperín gusta recordar insistentemente su lectura del *XVIII Brumario* de Marx, según la cual los hombres hacen la historia aunque no sepan qué historia es la que están haciendo; me gustaría añadir que los historiadores son quie-

nes escriben la historia, aunque no siempre sepan qué historia es la que están escribiendo: qué mejor ejemplo que *La Historia Visual* de Clarín, escrita entre muchos otros por el propio Halperín-.

Esta forma de entender nuestro pasado más reciente cobra mayor nitidez en su provocativa valoración de la izquierda peronista y no peronista de principios de los 70'. Experiencia de la cual su memoria parece retener la acción armada de determinadas organizaciones, su desmesurada ambición de poder y su utilitaria relación con Perón, más que la movilización de masas que las acompañó. En ese sentido, insiste en lo fantasioso que fue haberlas considerado como una alternativa real de poder. Irrelevancia que ilustra comparando lo sucedido en la Plaza de Mayo el día que los montoneros se fueron tras su pelea con Perón, con lo acontecido apenas un mes después, cuando en ese mismo escenario Perón amagó con su renuncia, mientras que los obreros encuadrados tras sus sindicatos no se retiraron, pero tampoco dejaron de reclamar por un aumento salarial; puja que sólo podía seguir prolongando la agonía de esa sociedad pero que también revelaba cuáles eran sus verdaderos dilemas -este recuerdo de Halperín parece coincidir con los análisis de Hobsbawm, quien desconfía de los movimientos contestatarios surgidos en la década del 60', a los que considera menores al lado

de la presión ejercida por los asalariados quienes, por otro lado, tras 20 años de pleno empleo y de mejoras era difícil, sino imposible, que estuvieran dispuestos a protagonizar revoluciones sociales-. Pero más allá de las anécdotas y de los recuerdos sobre plazas, Halperín propone una discusión que busca tensar la relación entre experiencia, memoria y conocimiento histórico. En ese sentido, destaca que las preguntas que nos dicta la memoria sobre ese período no son las más pertinentes que nos podemos hacer para entender su sentido. No sólo en el caso de la Plaza que simbolizó la ruptura entre Perón y los Montoneros, que suele ser mucho más evocada que la protagonizada por los sindicatos. También en el caso del *Proceso* ya que, según Halperín y a pesar de lo que muchos creyeron haber experimentado, el terror de estado no logró resolver el dilema de la *sociedad peronista*. Es decir que ni siquiera el más cruel y sistemático intento de liquidación de todo aquello que hacía pervivir a esa sociedad, pudo terminar con ella. Sólo la hiperinflación de 1989, una brutal manifestación de los condicionantes económicos que cristalizó en una toma de conciencia colectiva sobre los límites a los que se había arribado, logró finiquitar esa sociedad. La experiencia argentina fue entonces trágica -olvidemos por un momento que fue en verdad tragicómica-, porque tomara el rumbo que tomara la política que la tensaba, sólo podía concluir en el cumplimiento de un destino inexorable.

En el caso de Hobsbawm creo pertinente recordar una vez más al sujeto de su relato: la civilización occidental contemporánea. En ese sentido, parece razonable que sólo pueda valorar positivamente las acciones de sus clases fundamentales: la burguesía y la clase obrera destinadas a traccionar la historia por la senda del progreso. Por el contrario, todas las acciones políticas que no entran en este esquema deben constituir anomalías, en su mayoría, atavismos. El

problema es que su *Historia del siglo XX* está recorrida por estas anomalías; a diferencia de sus trabajos anteriores, se producen acontecimientos que no son tan fácilmente integrados a ningún tipo de lógica que dé cuenta del devenir histórico. A su vez, algunos prejuicios evidenciados en estas obras previas, aparecen ahora sin ningún disimulo.

Recordemos como en *Las revoluciones burguesas* dejaba traslucir su simpatía por los jacobinos, únicos protagonistas que reivindicaba del proceso revolucionario francés, al no existir todavía la clase obrera destinada a cumplir misiones históricas -por eso creía que su dominio durante el período del Terror no debía ser magnificado ya que, en comparación con experiencias posteriores "su volumen de crímenes [fue] relativamente modesto: 17.000 ejecuciones oficiales en catorce meses"- . Asimismo expresaba claramente su total falta de simpatía política por los movimientos campesinos -"El campesinado nunca proporciona una alternativa política a nadie; si acaso, de llegar la ocasión, una fuerza casi irresistible o un objetivo casi inmutable"-; ni por las multitudes que no podía encuadrar en una lógica clasista -describía a los sans-culottes como un movimiento informe de pequeños burgueses y trabajadores que carecían de un programa de gobierno o de una alternativa política, y si la tenían, era irrealizable o anacrónica: "Lo más que pudieron hacer (...) fue poner obstáculos en el camino que dificultaron el desarrollo de la economía francesa desde aquellos días hasta la fecha. En realidad, el *sans-culottismo* fue un fenómeno de desesperación cuyo nombre ha caído en el olvido (...) "-.

Prejuicios que se potencian cuando ahora, treinta años más tarde, y al analizar las revoluciones en el tercer mundo, destaca su masividad pero señalando que "No eran ejércitos, sino multitudes, o sea, agregados estadísticos de individuos" (455). Muchedum-

bres que además sólo podían ser efectivas si formaban parte de una estrategia desde arriba que las encuadrara y las dirigiera. Concepción que permite entender el ligero anacronismo que comete -apenas un añito- al incluir en esta serie a "los seguidores del presidente Perón que pedían la liberación de su héroe en el famoso *Día de la lealtad* en la Plaza de Mayo de Buenos Aires" (456); recordemos que ni Perón era presidente aún, ni está tan claro que el movimiento que pidió por su liberación el 17 de octubre de 1945 haya obedecido sólo a una estrategia elaborada desde arriba.

Prejuicios, decía, que se repiten en su análisis de la experiencia soviética, a la que previsiblemente critica por la brutal colectivización agraria, la burocracia y el régimen de partido único. Crítica que retoma la tradición que los caracteriza como fenómenos entendibles dentro de un contexto de atraso, y que Hobsbawm profundiza cuando señala como sumamente atendible la "catequización" del comunismo por parte de Stalin, teniendo en cuenta que gobernaba "un amasijo de pueblos agrícolas y ganaderos cuya mentalidad era la equivalente de la del siglo XI occidental" (389).

Quisiera ser justo. Es posible que Hobsbawm tenga razón en sus apreciaciones anteriores y, aunque me molesten, no es algo que esté en condiciones ni que quiera rebatir. Lo que es-

toy proponiendo no es una discusión moral ni de simpatías o antipatías por determinados sujetos. El problema es otro: cómo pensar los fenómenos políticos del siglo XX. Es que las revoluciones, socialistas o no, ocurrieron en sociedades mayoritariamente campesinas y los movimientos de masas urbanos como el de la Revolución iraní de 1979 se apartaron de la tradición de 1789 y de 1917. Pero no sólo se produjeron acontecimientos para los cuales no cuenta con una explicación teórica adecuada; tampoco sucedieron los esperados. La clase obrera, que estaba destinada a ser la protagonista de la historia del siglo así como la burguesía la había sido del XIX, no sólo no encabezó ninguna revolución significativa sino que también se fue debilitando, sobre todo en la década de 1980. Asimismo le cuesta explicar, aunque más bien creo que directamente elude la cuestión, los comportamientos *irracionales* de esa clase, como es el caso de su nacionalismo.

Pero no son estos los únicos problemas que tiene Hobsbawm para pensar la política del siglo XX. Así, aquello que se había creído destinado a superar un estadio -el capitalista- de la *civilización occidental*, sólo logró fortalecerlo. La experiencia soviética finalmente sirvió para obligar a reformar al capitalismo en el momento de su mayor crisis dando origen al estado de bienestar y a la economía planificada; resultó decisiva para terminar con el nazi-fascismo; y

fomentó revoluciones en gran parte de las sociedades agrarias, permitiendo que se modernizaran y posteriormente se incorporaran al mercado mundial capitalista. Parece entonces significativa la periodización que realiza ya que su *siglo corto* casi coincide con la vida del estado soviético y, no casualmente, concluye con su colapso. La experiencia del siglo puede cifrarse entonces en la trayectoria de aquella experiencia que se quiso destinada a suplantarse una organización socioeconómica injusta, pero cuya verdadera misión histórica fue la de permitir su consolidación y extensión por el mundo.

Astucia de la razón que, al igual que en el relato de Halperín, condena a la irrelevancia, aunque mucho más sutilmente, a las experiencias políticas más intensas del siglo -como diría Halperín, Hobsbawm nos propone un ejemplo *delicioso* de esta condena: al incorporarse Montenegro como parte de la recién inventada Yugoslavia tras la primera guerra mundial, sus rústicos "habitantes reaccionaron a la pérdida de su independencia abrazando en masa el comunismo que, según creían, sabía apreciar las virtudes heroicas. Lo asociaban también con la Rusia ortodoxa, cuya fe habían defendido durante tantos siglos" contra los infieles turcos (41)-. Y para reforzar este carácter irrisorio, Hobsbawm plantea, ya no como testigo del siglo sino como historiador, que en el futuro el enfrentamiento entre EEUU y la URSS será considerado un dato histórico menor frente a las profundas transformaciones socioculturales de la época. Conflicto que equipara a las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII que, centrales en su momento, hoy nos parecen menores en comparación con otros fenómenos del período -se me ocurre como ejemplo el proceso de transición entre el feudalismo y el capitalismo-.

En suma, las revoluciones no se produjeron donde debían haber ocurrido, no las protagonizaron quie-

nes estaban destinados a hacerlas y, obviamente, tuvieron consecuencias inesperadas, muchas de ellas, contrarias a sus propósitos. Creo que es por eso que Hobsbawm, aunque muy a su pesar, también construye una versión tragicómica del pasado reciente. Relatos tragicómicos, el de Hobsbawm y el de Halperín, que no hacen más que interrogarnos sobre nuestra actual capacidad de pensar la política que animó las experiencias por ellos recreadas.

Final (abrupto, abierto y triste)

Es muy probable que la lectura del artículo le haya provocado al lector una sensación de desencanto -quizás le haya provocado otras también: fatiga, indignación, condescendencia-. Repasar los relatos de Hobsbawm y de Halperín nos hizo recordar, quizás con impudicia, nuestra actual desnudez. Se acuerdan, no; hasta la buenota de Mafalda decía que teníamos que cambiar el mundo antes que el mundo nos cambiara a nosotros. Bueno, demás está decir que no logramos ni interpretar ni transformar el mundo. Es por eso que no creo poder hacerle superar al lector esa sensación amarga.

En otro momento habría concluído con críticas hacia Halperín y Hobsbawm, acompañadas por una encendida declaración de fe según la cual todo sería tan sólo una zozobra pasajera ya que, finalmente, el mundo acompañaría nuestros deseos. No estoy en condiciones ni tengo la más mínima intención de hacerlo. Pero sí creo necesario criticar todo aquello que sigue pesando sobre nuestras prácticas, nuestros discursos y nuestras conciencias y que nos impide avanzar en la construcción de una política que se quiera transformadora, es decir, que pueda intervenir en nuestro presente. En ese sentido, permítaseme recordar de otra manera que la de Halperín al Marx del XVIII *Brumario*, para quien "La tradición de todas las

generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos".

Entre esas tradiciones se encuentran, claro está, las interpretaciones de las experiencias políticas a las que estuve haciendo referencia. Interpretaciones que nos oprimen no porque sean más o menos ajustadas a la realidad y/o moralmente buenas o malas, sino porque pertenecen a un mundo que ya no es el que habitamos. Legado sobre el cual tenemos entonces que decidir si ahora nos sirve o si constituye sólo un estorbo que nos impide seguir avanzando. En relación a los estorbos, creo que da sobrada cuenta el artículo, motivo por el cual me voy a referir a la otra alternativa. Dejando de lado lo obvio -un mejor conocimiento del pasado-, creo que estos, *los libros de la buena memoria*, nos pueden servir: constituyen una excelente muestra del estado actual de nuestras formas de entender el mundo, pero no tanto por aquello que plantean agudamente, sino más bien porque evidencian todo aquello que no están en condiciones de pensar. Y, demás está decirlo, éste no es un problema de ellos, los autores, sino de nosotros, sus lectores.

No es necesario recordarle al lector la importancia que damos a esta sección de charlas. En este número transcribimos una entrevista que algunos de los editores de La Escena Contemporánea le hicieron a Alberto Piccinini.

Piccinini es -continúa reconociéndose como tal- un obrero industrial y dirigente sindical metalúrgico, de la zona de Villa Constitución. Aquella zona fue, a principios de los años 70, un importante foco de conflictos obreros y en ella emergió Piccinini como sindicalista antiburocrático, enfrentado a la conducción nacional de la UOM. En 1973, la burocracia miguelista es derrotada en elecciones, y Villa Constitución adquiere un aura ejemplificadora.

No fue la única vez que apareció como síntoma de la época: en 1991 Acindar (la más importante de las empresas de la zona) comenzó a implementar la flexibilización laboral y la tuvo que discutir con el sindicato.

Quisimos hablar con Piccinini por esas historias, pero también para reflexionar sobre las posibilidades y límites de la organización sindical en este momento. De todo eso -el pasado, el presente, la incerteza de lo que vendrá- se trata en las páginas siguientes.

Entrevista a Alberto Piccinini

por Diego Sztulwark, María Pía López y Javier Trimboli

Mi inquietud es averiguar cuál es la escala de valores de los jóvenes de hoy. Saco una comparación, aun sabiendo que son épocas distintas, con lo que fue mi juventud de obrero metalúrgico. Tiene que ver con el medio. Yo cambio de vida y cambio en la forma de pensar el mundo a través de la militancia, como muchos otros trabajadores industriales. Tenía escuela primaria, nada más, porque empecé a trabajar a los doce años como empleado. Después entré en una fábrica metalúrgica, en el año 61. En esa época ser un obrero metalúrgico era jerarquizarse porque te permitía progresar, tener tu familia, tu casa, tus comodidades. Había alguna posibilidad de progreso. Todavía un trabajador podía tener un nivel de vida digno. Pero yo era un obrero metalúrgico individualista. Toda esa etapa de conflictos, la del Cordobazo y las grandes manifestaciones populares, influyó en mí y en mucha gente. Nos hizo cambiar, nos politizó y nos hizo ver otro mundo diferente. Entonces para nosotros ser un militante era un orgullo.

Pero hoy, después de la tremenda derrota que sufrió el campo popular, sin duda tenemos una realidad distinta. Me pregunto, entonces, cuáles son los objetivos a alcanzar de los jóvenes, cuál es la escala de valores, qué es lo que les importa, cuál es el nivel de protagonismo que piensan tener. Yo creo que hay una gran reserva que no aflora por todas las consecuencias que sufrimos por la represión y por la derrota. Por ahí uno descubre jóvenes con inquietudes, con ganas de hacer cosas, pero es como que son muy pocos los casos, no es eso lo que se impone. Los chicos están muy influenciados por la violencia, la bebida y las drogas. No hay contención de la sociedad, porque el chico que no puede trabajar ni estudiar y a su padre de repente lo echan del trabajo, ese chico no tiene opciones. Mi inquietud es si los jóvenes se preguntan, si creen que son capaces de modificar la realidad o si nos van a seguir echando la culpa a los padres. Asumo que hay parte de responsabilidad de los padres. Acá hay muchos que a sus hijos después de la represión les dijeron: "Cuidado, no te metas en política". Pero no se dan cuenta de que los hijos si no se meten en política están en cosas peores, como es la cuestión de la violencia y de la droga. No hay un futuro, un incentivo que los movilice. Está bien que los chicos se movilicen por un conjunto musical, pero después tienen que seguir pensando, ver cómo transforman esta realidad. Y fundamentalmente cuál es el papel que juegan como individuos. Creo que hay una ten-

dencia de la gente, del ser humano en general, a creer que vino a este mundo para disfrutar de las cosas que están hechas y no se ven comprometidos con los problemas, como si no les pertenecieran.

Vos decías que, de algún modo, fue el clima de la época el que te llevó a cambiar tu vida o tu forma de ver el mundo...

Yo me confieso un obrero metalúrgico individualista y, además, un poco ignorante. Mi padre era un laburante, vivíamos muy humildemente. Éramos de un pueblito de Santa Fe que debía tener quinientos o seiscientos habitantes y que sólo vivía de tareas rurales, de juntar papas o maíz. Mi padre trabajaba en la cosecha. En el año 50 nos vamos a Villa Constitución, porque empiezan a instalarse las fábricas metalúrgicas y pasa a ser una situación diferente. Mi suerte fue que nunca estuve sin trabajo: de los doce a los quince años trabajé en una sodería, salí de esa sodería para entrar en una casa comercial en la que me pagaban mejor, de ahí a la fábrica. Era una etapa de pleno desarrollo, en la que por lo menos no había desocupación. El que quería trabajar, trabajaba. Además era una época de auge político. Había compañeros obreros que habían sido despedidos y seguían militando: ellos me ayudaron a salir de mi ignorancia. Me acuerdo de un compañero que cuando yo andaba medio remiso y decía que no se podía hacer nada, que la gente te saca el cuero cuando sos delegado y que los dirigentes sindicales son corruptos y te entregan; me acuerdo que me hizo una pregunta que incidió en mi conciencia: "y vos que sos honesto, ¿qué es lo que haces? Porque vos como trabajador estás disfrutando de las ocho horas, del aguinaldo, de las vacaciones, un montón de beneficios que le costaron la vida y la libertad a mucha gente". Ahí le pegó a mi conciencia y desperté, felizmente. Salí delegado y empecé a comprometerme.

Ahora, evidentemente, había algo en particular, porque ser delegado de la UOM en esa época y no ser peronista y no estar con Lorenzo. ¿Qué había ahí, qué fallaba?

Bueno no, no. Quiero aclarar algo, yo era peronista. Yo digo, para meterle cizaña a los compañeros peronistas, que fui peronista hasta que empecé a pensar.

¿Hasta qué año fuiste peronista?

Hasta que fui delegado metalúrgico. Pero no era un peronista militante, era peronista porque mi viejo decía que Perón les había dado a los trabajadores lo que no les había dado nadie. Mi primer par de zapatos me los dio la Fundación Evita. Y a Evita sigo reivindicándola. Cuando empecé a meterme en la UOM, todos decían "este es zurdo, este es zurdo", y por eso siempre le digo a Lorenzo que soy zurdo porque ellos me hicieron zurdo. Tanto me lo dijeron que me convencieron. Y ahí empiezo a tener contacto con tendencias de izquierda que me empiezan a proveer de elementos de análisis.

¿Qué tendencias?

Primero llegó Vanguardia Comunista, los maoístas; después cayeron todos: Poder Obrero, la JP, el ERP, el PRT. Me enseñaron mucho, aprendí mucho; aunque los exámenes finales los viví en la cárcel. La cárcel da el tiempo suficiente para pensar, razonar, aprender; leí como nunca había leído en mi vida. Hoy me sigo reivindicando como de pensamiento de izquierda, porque más allá de lo que haya pasado en el mundo y con el socialismo real, creo en la posibilidad de un sistema más justo. Lo más importante para mí fue que empecé a adueñarme del conocimiento. Empecé a analizar cómo estaba constituido el poder, empiezo a descubrir mi identidad y a valorar a mi viejo como laburante y a mi abuelo que vino a la Argentina a principio de siglo a matarse de hambre. A encontrar mis orígenes y a sentirme orgulloso de ellos. Yo no te puedo decir que sea marxista, si me dicen "explicá lo que es el marxismo", no lo sé explicar. Lo que sé es que el materialismo histórico y el materialismo dialéctico me dieron algunos elementos para analizar la realidad, para poder pensar como está constituida una sociedad, para poder ver cómo se distribuyen los ingresos.

Más allá del problema del poder y de la injusticia a nivel global, vos tuviste problemas con el poder sindical. ¿Querés contar un poco el tema de la Lista Marrón y el enfrentamiento en Villa?

En la década del 70 había una fuerte influencia de grupos de izquierda que llevaban adelante en sus trabajos una lucha contra la burocracia sindical. Yo empecé a repudiar los manejos de la burocracia y me identifiqué con sectores de la oposición que habitualmente ellos llaman zurdos. El que no estaba de acuerdo con la burocracia, era zurdo. Empezamos a organizarnos. Vuelvo a destacar que era una etapa en la que había un auge político muy importante. No podemos desconocer

la influencia de la revolución cubana en toda Latinoamérica y la creación de nuevos grupos de izquierda. Esto nos obligaba a nosotros a organizarnos. En el 69 o 70, yo era delegado y hubo un conflicto frustrado, en el que perdimos, en alguna medida, porque la dirigencia sindical nos había entregado. Nos quedó una deuda pendiente: teníamos que organizarnos en Villa para tener un sindicato elegido por los compañeros y no puesto a dedo. Además en ese entonces no teníamos obra social, nos pagábamos una pre-paga, una mutual. Ésas fueron las reivindicaciones: democracia sindical, para elegir nuestras autoridades de la seccional, dejando de lado los procedimientos de la burocracia, promoviendo las discusiones, las asambleas, tratando que los trabajadores jugaran un rol más activo, y obra social. Éramos un grupo clandestino hasta que en el 73 empieza a aflojarse la dictablanda. Le digo así porque los compañeros que habían estado presos en la época de Lanusse me decían que aquello en comparación con lo que estaban viendo en el 76 era la dictablanda. A partir del 73 nos organizamos más públicamente y elegimos delegados por sector. Ganamos el cuerpo de delegados y la comisión interna de Acindar. Le ganamos a la burocracia. Después viene el 16 de marzo del 74, cuando tomamos la fábrica porque nos quisieron expulsar. Ya faltaba poco para elecciones en el gremio e iban a normalizarlo después de tanto tiempo; entonces quisieron tratar de no hacer las elecciones en Villa Constitución porque sabían que ganábamos nosotros. La seccional de al lado era de Lorenzo Miguel y bueno, modestia aparte, mucha gente no creía en lo que estábamos haciendo y decía "no, no les van a poder ganar". La cuestión fue que irrumpimos con una política de participación de la gente y ganamos las fábricas vecinas. Con la toma de fábricas empezamos a conformar una agrupación que se llamó "7 de septiembre" (el Día del Metalúrgico) "Lista Marrón". Entonces, con la toma de fábricas exigimos a la burocracia elecciones. Después de muchas luchas, de muchas idas y venidas, las conseguimos en el 74. Y ahí ganamos las elecciones por primera vez en la seccional de Villa Constitución. Ganamos con el 66% al 34%, éramos la única seccional opositora.

Asumimos la conducción del sindicato el primero de diciembre del 74. A todo esto Perón ya había muerto y los grupos lopezrreguistas habían empezado a matar compañeros. Tuvimos el sindicato diciembre, enero, febrero, hasta el 20 de marzo, fecha en que un operativo manejado desde el Ministerio del Interior copó toda la zona industrial, desde Zárate hasta San Lorenzo (pasando Rosario), haciendo centro en Villa Constitución. Un operativo tremendo, con cientos de compañeros detenidos. En Villa prácticamente tomaron la ciudad. Comisión Directiva, delegados,

activistas, nos metieron presos a todos y nos acusaron de estar planificando un complot subversivo contra el gobierno de Isabel Perón. A pesar de que la mayoría de la dirigencia estaba presa, la gente rehizo un comité de lucha y logró mantener una huelga de sesenta días que fue quebrada a sangre y fuego, matando compañeros. Después que nos llevan a nosotros empieza la represión fuerte, porque hasta ese entonces nos había puesto un par de bombas, pero nunca habían matado a ningún compañero. La noche que mataron a Ortega Peña, metieron una bomba en el local de la Lista Marrón y en la pared de al lado escribieron "Ortega Peña ya murió, queremos a Breus". Breus era un gerente de Acindar que había secuestrado el ERP y por el que pedía rescate y el pliego de condiciones. Te aclaro que nosotros -yo personalmente- puteamos mucho contra esa acción, porque veíamos que la gente del PRT venía a avasallarnos y a implicarnos en su política cuando nosotros no la compartíamos. Había algunos compañeros que la compartían y otros que no. Pero, hasta ahí no habían matado a nadie. Nos meten presos a nosotros; después, por la resistencia, muere un compañero en una marcha, le pegan con una granada de gas; a los veinte días levantan a otro compañero y le prenden fuego junto al auto. Durante el gobierno de Isabel era una represión para meter terror. Por ejemplo, una vez levantaron a dos compañeros y una abogada; los encontraron mutilados. No sólo los mataban, sino que los mutilaban. Eso fue el lopezrreguismo, las Tres A: imagínate el terror que metieron. Después vino el golpe militar así que estoy preso desde el 20 de marzo del 75 hasta el 24 de marzo del 81; a fines de julio del 80 salí con libertad vigilada. Estuve un tiempo en Villa buscando laburo, vendí seguros y no encontraba nada, hasta que en el 83 me pude enganchar en un taller de Alcorta (que es una localidad cercana a Villa) para poder recuperar mi condición de afiliado metalúrgico.

Pero no te fuiste de la Argentina.

No, no. Sólo de viaje, porque me han invitado a muchos lugares. Salí y volví. La cuestión es que empezamos a organizarnos clandestinamente hasta que en diciembre del 82 hay un paro de la CGT. Yo todavía estaba fuera del gremio vendiendo seguros. Los metalúrgicos de Villa iban a trabajar y entonces viene un viejo militante y me dice "che, Pichi, una vergüenza que los metalúrgicos vayamos a trabajar mañana. Somos los únicos que trabajamos en Villa". Nos organizamos con tres o cuatro compañeros y en el turno de las catorce fuimos a parar el colectivo. Ahí me reencontré, me reencontré masivamente con los compañeros. Tal es así que cuando subo al colectivo no conocía a nadie, habían pasado siete años. Los

empiezo a arengar pero miraba y seguía sin reconocer a nadie. Hasta que saltó uno: "¡Pichi!" y ahí me relajé y los convencí de que bajaran para debatir. Paró el otro colectivo, bajaron, cayó la cana y me quiso llevar; y vos sabés que los compañeros no me dejaron llevar. ¿Qué es lo que te recompensa? Esas cosas te recompensan: que los compañeros se hayan parado y no hayan dejado que la cana nos lleve. Hicimos una asamblea, se decidió no entrar a trabajar y empezamos a organizar la agrupación que llamamos "6 de diciembre" y la Lista Marrón. Hasta que vuelve la burocracia, perdón, la democracia. (Risas) Alfonsín asume el sábado 10 de diciembre, el lunes ya estábamos organizados en la puerta de fábrica pidiendo la reincorporación. Después nos fuimos al sindicato, a pedir la entrega del sindicato. Pasaron diez o quince días hasta que fuimos quinientos o seiscientos compañeros y los obligamos a renunciar a los alcahuetes de la dictadura. Lo pusieron a Brunelli como Coordinador, en un mes llamó a una elección en Villa y ganamos por el 82% de los votos. Después, en noviembre del 84, se hacen elecciones en todo el país y ganamos por el 87% de los votos. Desde ahí seguimos ganando elecciones y ahora estamos acá, peleando con la CTA.

En el 71, 72 se da ese debate famoso entre consejos de fábricas, sindicatos, etc...

Esa era la etapa en la que nosotros todavía nos estamos organizando clandestinamente.

¿Fue en ese momento cuando se dio la discusión acerca de si organizarse como consejo o como sindicato...?

No. El tema era organizarse al margen de la burocracia sindical, para combatirla. Y dadas las condiciones políticas, teníamos que organizarnos clandestinamente, porque al que detectaban lo echaban. Hacíamos propaganda escrita. Empezamos tres o cuatro pero después la agrupación se fue extendiendo, hasta que en el 73 volvió la democracia y salimos a la superficie.

¿Vos en el 73 estabas en el FAS?

No, mirá, yo era simpatizante, sólo fui a un par de reuniones del FAS: una en Rosario y otra en Córdoba. Siempre me caractericé por tener una actitud abierta con todos los grupos. Además era muy tierno, recién hervido. A mí me tocó una etapa

muy vertiginosa: delegado de base, comisión interseccional, repente toma de fábricas, hablando ante miles de compañeros cuando no estaba acostumbrado a eso. Tosco para mí fue un punto de referencia, fue y sigue siendo. Era el prototipo de dirigente que yo quería ser. A pesar de que sólo lo trate un año y pico, fue un referente muy fuerte, que me impactó mucho. Porque conocí a otros referentes y no todos eran iguales.

¿A qué otros conociste?

Salamanca, el mismo Ongaro, Di Pasquale que después fue secuestrado. Referentes importantes, pero el Gringo Tosco tenía otra personalidad. Tenía la característica del tipo que sabe y que está lleno de humildad, del tipo que te enseña. Con su actitud me enseñó lo que debe ser un dirigente; con su actitud de comprensión hacia el compañero nuevo, de enseñarte sin humillarte. Y hasta el día de hoy estamos peleando por un sindicalismo diferente. Yo tuve suerte porque cuando salí de la cárcel tuve mucha solidaridad. He viajado, me he encontrado con cosas que te devuelven las ganas de creer en las personas. Una vez, por ejemplo, me llevaron de Canadá a Cuba a un seminario de sindicalistas. Fui a contar la experiencia de Villa y, cuando terminé, vino gente a abrazarme, con lágrimas en los ojos por lo que estaban sufriendo los compañeros en Argentina. Es muy feo no creer en la gente, más allá de que hay ser realista y reconocer que hay algunos hijos de puta; en general, lo que a mí me mantiene es creer en la gente. Y en la medida en que uno es capaz de ver cuántos defectos tiene, cuántos errores comete, te volés un poquito más condescendiente en los juicios a los demás. A veces somos intolerantes, y esto ocurre dentro del campo popular, dentro de la UOM de Villa Constitución y de la CTA, dentro de todos los grupos humanos.

El otro día, conversábamos -entre nosotros- de la experiencia de los 90, de la reconversión de Acindar. El sindicalismo de los 70 no te preparaba para eso, ¿no?

Eso es lo que yo rescato de mis viajes, de mi contacto con sindicalistas europeos y de otros lugares. Acá, en los países subdesarrollados, la cosa viene un poquito más atrasada de lo que se da en Europa. El contacto con esos sindicalistas me permitió munirme de conocimientos para entender a dónde iba la cuestión productiva. Me permitió y nos permitió ver la cuestión de las transformaciones. No abandonar los principios de un sindicalismo combativo, de un sindicalismo que no

entrega los derechos de los trabajadores, pero también de adaptarte al momento que estás viviendo, a la situación y a la relación de fuerzas. Fundamentalmente, a entender lo que es la relación de fuerzas. Porque hoy, en la situación económica que vive el país, no es posible aplicar las medidas que aplicábamos en el setenta y pico. No en vano han reprimido como reprimieron, no en vano no han dudado en destruir el aparato productivo con tal de debilitar el poder de los trabajadores y su organización. Esto obliga a rever el pensamiento, a ver cómo son los cambios que se están dando en el mundo, sin dejar de luchar por las reivindicaciones. El problema es que los trabajadores estamos atrasados, porque los cambios se fueron dando y nos quedamos con la derrota del campo popular y con un sindicalismo burocrático que nos impidió prever acontecimientos. Esa fue la ventaja que tuvimos nosotros cuando discutimos las reconversiones de Acindar. No pudimos evitar la reconversión, pero sí una derrota desastrosa que nos hubiera sacado del medio. Para nosotros fue el mal menor, nos permitió una salida decorosa. La reconversión se hizo durante dos años, con planes de retiro voluntario que no dejan de ser despidos; dentro de una situación adversa, evaluamos pagar el menor costo posible. Ya que no podíamos transformar la realidad, teníamos que tratar de conservar los beneficios y los derechos que todavía manteníamos y preservar la organización sindical. Hay compañeros que piensan que ante un conflicto es todo o nada y la experiencia nos dice que el 99% de esos conflictos de todo o nada, es nada. Nosotros no compartimos esa filosofía. Creemos que en la forma en la que estamos peleando, resistimos y logramos cosas. Primero, que la situación no sea peor que la que estamos; si retrocedimos que no sea tan espantosamente como retrocedieron en algunos lugares. Además seguimos en pie, luchando, peleando por organizar la CTA que defienda a los trabajadores. Mientras tanto, las políticas ultras (el todo o nada) han dejado un desastre. Compañeros desamparados. Entender esto nos permitió no echarnos la población en contra. Si decíamos que no queríamos la reconversión, nos iban a acusar de que no queríamos los cambios y las transformaciones que permitían el desarrollo y la existencia de la empresa, porque si no la empresa tenía que cerrar. Entonces dijimos que no era verdad lo que decía Acindar; explicamos que no nos oponíamos a los cambios y a las transformaciones, sino a perder nuestros derechos y beneficios. Queríamos discutir para que estas transformaciones también redundaran en beneficios de los trabajadores, porque se supone que en un mundo civilizado, si hay modernización debe haber un mejor nivel de vida y eso no se estaba dando entre los trabajadores. Discutimos cómo se reparten los recursos. Porque si apelamos al todo o nada, quedamos ante la gente como los que otra vez causan conflicto y no da-

mos solución a los compañeros; y la cuestión no es producir el conflicto, sino solucionar el problema al compañero. El conflicto es la última salida, la salida desesperada cuando ya no tenés otra cosa. El asunto es si podés mantener la relación de fuerzas que te permita seguir peleando. Es lo que no entienden los compañeros de los grupos radicalizados. No lo entienden. Yo formo parte del campo popular, del que perdió la batalla. O sea, que ahí no hay dudas. Muchas veces tenemos discusiones muy ásperas con estos grupos porque te corren por izquierda. Yo no me olvido de que las organizaciones armadas (se comprobó perfectamente) fueron infiltradas hasta los huesos. Acá perdimos vidas valiosas y reivindico a los que cayeron, a los que se equivocaron, pero lucharon y dieron su vida. Pero no estuve ni estoy de acuerdo con esa política. Los reivindico, pero no comparto esa metodología, porque nos lleva a combatir en el terreno en que el enemigo es más poderoso. Estas eran las discusiones que yo tenía con los compañeros de las organizaciones armadas. Porque en esa época el que no estaba de acuerdo con la lucha armada era un cagón. En las discusiones yo les decía: "compañeros, ustedes ¿quiénes son? Juancito, Pedrito, el gordo y el flaco. Son clandestinos, pero nosotros estamos acá en Villa Constitución. Estamos nosotros -legalmente- con nuestro nombre y con nuestra familia. Entonces, ustedes producen una política de este tipo, secuestran a un gerente, a un jefe y los tipos vienen y nos secuestran diez compañeros y te matan veinte. Yo no estoy de acuerdo con esa política." Sí estaba de acuerdo con la necesidad de que tuviéramos grupos de autodefensa, porque tenías que prepararte frente a las Tres A. No reniego de eso. Si no estaba de acuerdo con la política de las organizaciones armadas, no era por una cuestión simplista de que uno se opone a la violencia, aun cuando yo no quisiera nunca tener que matar a nadie; sino por una cuestión de inteligencia. Es lo que les decía a los servicios de inteligencia cuando me venían a interrogar en la cárcel, porque a mí me pinchaban con que estaba ligado a los grupos armados: "Ustedes saben, ustedes me conocen, saben que yo soy un laburante desde los doce años. Tienen todos los antecedentes. Y si no me creen que es por una filosofía que estoy en contra de la violencia, créanme -por lo menos- porque no soy un boludo." Porque yo no puedo adoptar una política donde voy a salir perdiendo, ya que en la violencia soy mucho más vulnerable que estos grupos que vienen de afuera. Si no me agarran a mí, agarran a mi familia, a mi hermano, a mis padres, a mi sobrino y lo matan. Me identificaba entonces con los sueños y los sentimientos de los compañeros que estaban en la lucha armada, pero no con su política.

Vieron el compañero que se fue, el que me dio el portafolio: Zoilo. Compartimos

el mismo pabellón cuatro años y siete meses. El Zoilo era del PRT. ¡Las peleas que teníamos cuando llegué a la cárcel! Hoy es de mis mejores amigos. Los mejores compañeros, los mejores amigos los conocí en la cárcel. Ahí estás en un pabellón, 24 horas del día, donde vos comías, limpiabas, ibas al baño, te bañabas y te conocías todo. Te conocían cuando el guardia te apretaba y vos te cagabas o te la bancabas. Todo. Entonces, yo reivindico la amistad con esos compañeros, con los que tenía diferencias políticas. Después la convivencia y todo nos hermanó y creo que se han hecho síntesis. Hoy nadie discute que fue una cagada la lucha armada por los costos que se han pagado. No porque persiguieran objetivos criticables, no, eran objetivos válidos. Lo que pasa es que, por ejemplo, hoy estamos pagando los costos de esa derrota. Porque, si de los 30.000 desaparecidos y muertos hubiera quedado un tercio, hoy serían diez mil cuadros que estarían haciendo política. Y hoy hay una orfandad de dirigentes políticos muy grande. Entonces, no es casualidad lo que nos está pasando ahora. Son las consecuencias de una derrota muy grande, la desaparición de cuadros muy importantes. Cuando uno hace política, la discusión es mucho más profunda. Asumo que yo era un ignorante, pero me daba cuenta por una cuestión de sentido común. Discutía con los compañeros de la lucha armada también por el liberalismo que tenían en su organización. Los servicios los dejaron un tiempo, hicieron todo el trabajo de inteligencia y cuando empezó la represión fue tremenda. Lo aclaro porque en alguna charla o en alguna presentación de libros he tenido roces y enfrentamientos con algunos compañeros, algunos ex presos. Reivindico toda la lucha de los años setenta, o sea, toda la tensión, los sueños, las esperanzas, creo que eso sigue siendo válido, sigue vigente. Pero tenemos que aprender de los errores cometidos en el pasado. No podemos volver a cometerlos. Y esto es bueno que lo tengamos en cuenta porque hoy se siguen cometiendo errores. El asunto es no entender cuál es la política adecuada. Por ejemplo, a veces no entender que no todas las funciones son iguales. Que las Madres tengan una determinada política, no quiere decir que los sindicatos tengan que hacer lo que hacen las Madres. Lo que hacen las Madres está bien porque son Madres, ellas nunca tienen que dejar de reivindicar la memoria de sus hijos y de acusar a sus asesinos. Ahora bien que nosotros apoyemos, no quiere decir que tengamos que dedicarnos a hacer lo que ellas hacen. Nosotros tenemos obligaciones, concretamente, hoy. No sólo honrar a los muertos, sino también atender a los vivos y dar respuesta a los problemas que tienen los trabajadores hoy.

¿Cómo definirías eso de "política adecuada" de los sindicatos?

Creo que hay distintos lugares y distintos tipos de política. Te repito, que una Madre haga la política que hacen las Madres está bien, pero si los sindicalistas nos ocupamos de lo que hacen las Madres estamos desatendiendo las necesidades más urgentes de la gente: la defensa de la fuente de trabajo y de las condiciones de trabajo, la salud, la obra social, ese montón de cosas que la gente reclama ya. El mejor homenaje que les podemos hacer a los compañeros caídos es cambiar la sociedad o combatir la injusticia. Porque si hablamos de los compañeros y no logramos -en la práctica- un resultado, va a ser todo verso. Y además, hay un detalle (y esto lo digo serenamente, porque algunos se enojan): no subestimar al enemigo. El enemigo lleva años en el poder. Por lo tanto tiene medios y estructura suficientes como para boicotear y abortar cualquier movimiento incipiente de liberación. Porque una organización sindical o popular cuesta muchísimo armarla pero es muy fácil romperla. Y una de las formas de romperlas es llevando siempre al máximo todas las reivindicaciones. Es decir. "revolución ya, mañana". Vos ya sabés que mañana no vas a tener revolución, sino una derrota. ¿Y por qué digo esto? Porque los grupos de inteligencia todavía siguen operando. Si demostraron que en la época de las organizaciones armadas se pudieron infiltrar, hoy lo hacen más fácilmente. A los cuadros de los servicios de inteligencia te los meten en la fábrica o en un movimiento popular. Es fácil en el primer momento llevar posturas radicalizadas, después viene la derrota. Esto lo digo para que se analice, para que se piense. Por ahí, algunos se enojan y dicen que yo los acuso de ser de los servicios. Pero, a veces juegan para los servicios, conciente o inconcientemente. Terminan atacándonos a nosotros, que yo soy un burócrata. Yo estoy en contra del pensamiento totalitario, sea de izquierda o de derecha; toda la vida voy a pelear contra el fundamentalismo y el sectarismo. A lo mejor tengo diagramado ya mi papel de opositor, pero si hay injusticia en Cuba no las apruebo y yo a Cuba y a los cubanos los amo, pero no voy a justificar la persecución, la tortura, para mantener un régimen. Si no veamos lo que pasó con la Unión Soviética, con el socialismo real. Veamos lo que hizo Stalin, lo que construyó... Tampoco quiero eso. Muchas veces los compañeros de organizaciones radicalizadas se creen dueños de la verdad y si no estás con ellos, te sacan un volante. Algunos -los más livianos- te dicen que sos tímido, que tenés miedo; otros te dicen que sos un traidor.

En relación al tema de Cuba, ¿por qué decís que amás a los cubanos si pensás que hay tortura?

Puse un ejemplo. Te dije que amo la revolución cubana. He tenido la oportunidad

de estar un par de veces en Cuba y admiro a ese pueblo. Siendo un pueblo chiquito cerquita del monstruo, habiendo pasado todo las que pasó, habiendo pasado lo que pasó en el campo socialista, sigue resistiendo... los admiro. Ahora, esto no quiere decir que yo avale que para mantener el régimen socialista tengan que torturar a la gente, a los opositores. Si llegan a eso, ya no puedo admitirlo. Quiero ser fiel a mis principios. Pero no digo que eso ocurra.

Si ocurre sería un límite.

Creo que hay competir en forma civilizada. Hay formas y formas. No te digo que seas un angelito y que a los saboteadores no los juzgues. No sé si algún día no tenés que fusilar a un tipo que metió una bomba en un tranvía. Pero no estoy de acuerdo con la pena de muerte. Tampoco con los que son dueños de la verdad absoluta. Te vuelvo a repetir, tengo mucho respeto por los cubanos pero si llega a pasar una cosa de ésas, yo no estaría apoyándolos, ni haciendo algunas cosas por ellos, como mandar medicamentos, útiles, ayuda solidaria. Creo que el pueblo cubano se lo merece, porque esta pasando un mal momento.

A lo largo de todo lo que estuviste contando, me parece que hay una especie de tensión entre lo que es el buen sindicalismo, el sindicalismo honesto, combativo, que no se entrega, que no cede los derechos y cómo te das una política. No sólo proteger la organización popular construida contra la ofensiva del enemigo, no sólo recuperar y manejar bien los gremios. Aceptando lo que decís vos, que las Madres tienen que ser Madres y los sindicales sindicalistas, falta el momento de la política.

No, yo creo que hacemos política. Esto es un proceso de menor a mayor. Yo cumplí una función política -no sé si saben- en el Frente Grande, donde no me arrepiento de haberme ilusionado. Porque cuando Chacho Alvarez decía "vamos a crear una nueva forma de hacer política" y le preguntaban cuáles eran los límites de la amplitud, él respondía "ni procesistas ni corruptos". Pero después terminó haciendo la Alianza con procesistas.

Ni procesistas, ni corruptos, ni grupos económicos.

Entonces no tuve más lugar en el Frente Grande. Fui presidente del Frente Grande en Santa Fe y me limpiaron.

Vos decís por lo de Natale, ¿no?

Lo de Natale en Santa Fe, Ulloa en Salta. Pero también por la metodología. La política que practica el FREPASO hoy no dista mucho de la del PJ y la del radicalismo. Como soy un realista práctico, quiero que pierda Menem. Después vamos a ver cómo peleamos contra De la Rúa.

¿Vamos a ser buenos sindicalistas contra De la Rúa o vamos a hacer política contra el gobierno de De la Rúa?

Nunca se debe dejar de ser buen sindicalista. Todo el mundo hace política, nosotros también hacemos política y, en esto, hay que ser conciente de cuáles son los análisis políticos para transitar ese camino de la acción. Todos sabemos que las luchas se definen por la relación de fuerzas. Tenés que tener la inteligencia suficiente como para llevar la pelea donde la relación de fuerzas sea pareja. Porque cuando la relación de fuerzas es desfavorable, hay una señal que te dice: no confrontés en este momento que las condiciones no son favorables. Hay que pelear, hay que luchar, pero hay que saber pelear. Si un boxeador de peso liviano sube a enfrentar a un tipo superpesado, el boxeador liviano no va a querer ir a sacarlo en el primer round; tiene que hacer una pelea inteligente para no ir a una lucha frontal porque sino el grandote lo faja. Con el gobierno que sea tenés que darte una política y evaluar hasta donde acordás y negociás, en el buen sentido de la palabra. El límite es que no faltes a los principios. Esta cuestión muchas veces no la puede definir un solo dirigente, sino que se define en conjunto. Por eso las grandes decisiones no las tomamos los dirigentes: convocamos a un estado de consulta y se define en asamblea general cuál es la mejor decisión a tomar. Así sacamos el arreglo del acta de acuerdo que terminó con el conflicto de Acindar en el año 91. Tres meses de conflicto, ¿por qué?, porque los conflictos no pueden ser eternos; está visto a través de la experiencia que los conflictos largos son derrotas para los trabajadores. Entonces vos tenés que darte una estrategia de pelea, tenés que pelear hasta que tengas aire, porque si seguís peleando cuando no tenés más aire, te tumban. Hay que manejar política, hay que saber cuando se confronta, cuando se acuerda, dentro de la relación de fuerzas.

Ahora, dentro de la CTA: ¿no se está planteando la posibilidad de armar un partido laborista, un partido de los trabajadores, o la construcción de movimiento político?

Oficialmente todavía no, pero hay inquietudes. Hubo gente, ese es mi caso, que intentó participar en política y bueno... no reniego de la participación política, pero nos dimos cuenta... Ahora bien, si tuviéramos una estructura, no solamente económica sino ideológica de un partido de los trabajadores, tendríamos sin dudas algunas ventajas, pero no la tenemos. Propuestas para crear un partido de los trabajadores hay permanentemente, pero no es una cuestión de voluntad. Es una cuestión de evaluación de la relación de fuerzas. Lo que no quiero es quedarme de brazos cruzados, quiero sentir y transmitir que la cosas se pueden transformar y que es a partir de vos que se pueden cambiar. Ahora, tenés que ser un realista práctico, por eso, en esta pelea, si querés que incursionemos en el terreno de la lucha de clases, incursionamos y te digo: a través de la historia las luchas se han definido por la relación de fuerzas, entonces no podés ser tan estúpido. Digamos, cuando la relación de fuerzas es tremendamente superior, vas al suicidio. Si querés podés suicidarte, pero cuando tenés responsabilidad atrás y tenés miles y miles de personas que a lo mejor dependen de vos, pensás diferente. Y esta es la discusión con ese tipo de política. Hay que ser coherente. Yo si tengo un capital es que soy coherente. Les digo a los que me sacan el cuero, viste, hay gente que me sacaba el cuero, aun en la década del 70. ¿Dónde están los que me sacaban el cuero?, ¿dentro de la cárcel? Algunos son funcionarios de este gobierno; otros fueron del otro. Yo mantengo una coherencia y voy a seguir luchando... (lo vienen a buscar a Piccinini) Sabés qué pasa, si seguimos conversando vamos a estar horas y horas.

Una pregunta más.

A ver.

El año 89, ¿fue un año más?

Mirándolo a través del tiempo con la desgracia nuestra, no. En el año 89 empezó una etapa donde el poder pudo confundir al campo popular. Con Menem, los que manejan el poder real pudieron meterse dentro del pueblo y engañarlo tal como todavía se lo está haciendo. Sin subestimar a la gente del peronismo, creo que Menem puede hacer todo esto en nombre del peronismo, más allá incluso de que los peronistas me digan "esto no es peronismo". Mucha gente lo votó a Menem porque decía que era peronista. Quiero aclarar que en el 89 tampoco me gustaba Angeloz. Felizmente no voté porque había perdido el documento, no lo cambié a

tiempo porque no tenía ganas de votar. Sin lugar a dudas entiendo a la gente que votó a Menem la primera vez, la entiendo por la cuestión de la necesidad. Yo antes me enojaba mucho cuando alguien decía que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, hoy no me enoja tanto, no lo digo pero algo tiene que ver. ¿Cuánto tenemos que ver nosotros con lo que tenemos (excluyo de esto a los ignorantes, a los que como yo en determinado momento, no se dan cuenta dónde están parados por no haber accedido al conocimiento)? Acá hay una gran porción de nuestra sociedad que tiene conocimiento pero que no se compromete, no se juega. Vive al pedo, concretamente ¿no? Las consecuencias en alguna medida se pagan. Nunca hay una sola razón para explicar los fenómenos, siempre hay varias. Otra es que nuestro pueblo no participa políticamente todo lo necesario. Entiendo las razones: hubo represión, faltan cuadros; entiendo el fenómeno y lo quiero revertir, estoy tratando de revertirlo. Pero, resumiendo, el 89 fue para la Argentina una etapa nefasta, porque se está marchando a la destrucción de nuestro patrimonio como país y estamos incorporándonos a un sistema donde vamos a hacer dependientes de los grandes grupos financieros.

La doctrina de la Seguridad Social

CORREPI (Coordinadora contra la represión policial e institucional)

El retorno al estado de derecho en 1983 significó una enorme esperanza para el pueblo argentino. Dejábamos atrás la más sangrienta dictadura de nuestra historia y aspirábamos a construir una democracia con participación popular y equidad social. Sin embargo, la fortaleza de los factores de poder que dieran sustento al régimen militar les permitió seguir incidiendo fuertemente en el nuevo contexto de la democracia.

El juicio a las Juntas Militares responsables del genocidio sacudió a nuestra sociedad y suscitó la atención de sectores democráticos de todo el mundo. La sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y de los decretos que consagraron el Indulto -

cerrando los procesos contra los militares genocidas- modificaron profundamente el escenario de la transición democrática imponiendo un clima de impunidad que ha signado la vida del país durante estos años. Aún logros recientes en la lucha contra la impunidad como las causas que investigan el robo de hijos de desaparecidos y que han permitido que tanto Videla como Massera estén hoy en prisión domiciliaria, no han roto esa impunidad que impide el juzgamiento y castigo en el país de los delitos de genocidio y terrorismo de estado.

Es indiscutible el avance represivo en la Argentina. Las policías -federal y de las provincias- son noticia cotidiana por las torturas que se ejecutan en comisarías, por las detenciones arbitrarias de que son objeto diariamente miles de jóvenes y personas humildes y por los numerosos muertos del "gatillo fácil". Las crecientes luchas socia-

les son reprimidas mediante el envío de "tropas especiales" -las muertes de Víctor Choque y Teresa Rodríguez son las evidencias más irritantes de la brutalidad- y los "servicios de inteligencia" -intocados desde 1976- continúan con su labor de espionaje y hostigamiento a adversarios políticos del gobierno. La administración de justicia goza de un creciente desprestigio, originado en su cada vez más abierta complacencia con los postulados políticos del gobierno. En las cámaras legislativas sólo prosperan los proyectos restrictivos en materia de libertades individuales. Recurrentemente se pone en evidencia una extendida preocupación popular, no sólo por el presente sino también por el futuro de las libertades democráticas, en un país con desocupación y reclamos sociales en ascenso y un gobierno con fuertes tendencias autoritarias.

La aplicación de renovados métodos represivos

Si bien en la CORREPI concebimos a la represión policial e institucional como parte de un fenómeno integral, entendemos que en la actualidad los sectores populares padecemos la combinación de dos metodologías relativamente diferentes. Aunque existen, entre ambas, zonas grises que impiden una diferenciación absoluta y tajante, lo cierto es que el distingo resulta ilustrativo para comprender que tenemos por delante nuevas formas de control social.

Por un lado, avanza en nuestro país la aplicación de lo que podemos llamar "viejos" o tradicionales métodos represivos. Cada vez es más amenazante y masiva la presencia policial en movilizaciones sociales; se incrementa el hostigamiento de las fuerzas de seguridad a dirigentes o militantes sindicales o sociales; se impone en el gobierno un discurso intolerante y amedrentador hacia los que demandan por salario, empleo o educación; se

inician múltiples causas judiciales a protagonistas de demandas sociales por delitos supuestamente cometidos en razón de las protestas; ha ido en aumento el encarcelamiento de militantes por razones políticas, etc. Se trata de un accionar dirigido a sectores populares organizados, por lo general protagonistas de reclamos sociales, muchas veces politizados.

La CORREPI actúa fundamentalmente sobre lo que llamamos los "renovados" métodos de represión social, como las detenciones policiales arbitrarias, las torturas y maltratos en dependencias policiales o los homicidios del "gatillo fácil" y las desapariciones forzadas de personas. Son prácticas que se descargan en forma indiscriminada en los barrios pobres, sobre los sectores juveniles y sobre minorías marginadas -homosexuales, extranjeros de países limítrofes, etc.- buscando infundir el temor a la "autoridad", el disciplinamiento social. Se trata de violaciones a los más elementales derechos humanos de las que son víc-

timas actuales o potenciales millones de personas.

Cómo nació la CORREPI y qué tareas desarrolla

La CORREPI se constituyó formalmente en mayo de 1992, confluyendo en su formación abogados con trayectoria en el tema antirrepresivo, familias de víctimas del "gatillo fácil" y grupos de militantes por los derechos humanos. Esta convergencia fue el fruto de la síntesis entre diversas experiencias realizadas con anterioridad a la conformación de la Coordinadora, en particular las respuestas populares frente al asesinato del joven militante cristiano Agustín Ramírez en Solano (1988, Pcia. de Buenos Aires), a la "masacre de Budge" (donde la policía bonaerense acribilló a tres jóvenes desarmados que bebían cerveza en una esquina de esa localidad humilde en 1987) y al homicidio en la Capital Federal de Walter Bulacio (1991) a manos de la policía, que lo detuvo ilegalmente en las puertas de un recital de rock, para luego golpearlo en sede policial

ocasionándole la muerte.

A lo largo de estos seis años y medio de labor, la CORREPI ha sido protagonista fundamental de la creciente movilización popular contra la represión policial e institucional, a partir del desarrollo de diferentes tareas:

* La CORREPI viene desarrollando una intensa labor de denuncia frente a cada hecho nuevo de violencia institucional -por lo general homicidios o torturas efectuadas por la policía-. En este sentido debemos destacar los importantes logros que hemos obtenido en cuanto a respuestas en los medios masivos de difusión, contribuyendo a abrir un debate social sobre un tema que con anterioridad parecía "tabú": los objetivos y modos de intervención de las fuerzas de seguridad, en particular de la policía. En el año 1998, frente a la oleada de propaganda autoritaria preconizando "mano dura" y "tolerancia cero" frente al supuesto auge del delito (contra la propiedad) que en la práctica cotidiana resultó

en reclamos de más represión "preventiva" contra los pobres, la CORREPI fue una de las voces que se alzaron contra ese discurso hegemónico, instalando en parte de los medios de comunicación el debate sobre la llamada "seguridad ciudadana", que preferimos denominar "inseguridad del régimen".

* Nuestro organismo efectúa una importante tarea educativa en relación a los derechos de los ciudadanos frente a las detenciones, en las comisarías, ante los juzgados, etc. Hay un material de la CORREPI -"El manual del pequeño detenido" - que es un claro ejemplo de lo que decimos: el mismo ha sido tomado como propio por diferentes organizaciones sociales, culturales, religiosas, juveniles o políticas y lo han hecho llegar a miles y miles de personas con una muy positiva receptividad. La sanción del decreto 150/99 ampliando la facultad policial de detener personas en averiguación de antecedentes es sólo una muestra de cómo avanza el sistema en la búsqueda de mejores herra-

mientas represivas.

* Otra de las prioridades que nos hemos impuesto ha sido la de impulsar la organización popular en torno a la lucha contra la represión, tarea que se desarrolla en distintos planos: el de los compañeros organizados en torno a la CORREPI, el de las comisiones de familiares y vecinos de las víctimas del "gatillo fácil", el de la articulación de planes y acciones comunes antirrepresivas con un amplio espectro de agrupaciones estudiantiles, sociales o culturales. Con la idea del trabajo antirrepresivo en red con otras organizaciones convocamos a un Primer Encuentro Nacional en marzo del 95, que encontró su continuidad en el Segundo de diciembre del mismo año, el Tercero de agosto de 1996 y el Cuarto en noviembre de 1997. Participan de los encuentros compañeros de alrededor de 35 organizaciones populares y antirrepresivas de 20 provincias del país.

* La labor que más trascendencia y prestigio ha dado a la CORREPI ha sido la del

asesoramiento y representación jurídica a víctimas y familiares de víctimas de la represión policial. Por un lado, se evacúan decenas de consultas semanales relacionadas con detenciones policiales arbitrarias. Por el otro, se participa como querellantes o representando a los particulares damnificados en conocidas causas por homicidios de la policía como los de Walter Bulacio, la "masacre de Budge", Sergio Durán, Javier Rojas Pérez y otros. Finalmente, se brinda asesoramiento y defensa jurídica a dirigentes de organizaciones sociales, como los pobladores del asentamiento "La Sarita" de Quilmes, el Barrio Ramón Carrillo o la Villa 21 de la ciudad de Buenos Aires.

¿Seguridad ciudadana o inseguridad del régimen?

No compartimos el concepto limitado de inseguridad que habitualmente aparece en los medios. No podemos aceptar que se recorten las inseguridades cotidianas hasta enfocar solamente el riesgo de ser víctimas de un robo o de un homicidio con

ocasión de robo (algunos añaden el riesgo de morir atropellado por un vehículo).

Hoy en día, la inseguridad de los habitantes comienza por la incertidumbre acerca de la continuidad laboral, el riesgo de perder la vivienda familiar o la imposibilidad de acceder a ella, las altas tasas de accidentes laborales (las muertes de obreros de la construcción lograron algún espacio mediático), el constante incremento de las jornadas laborales y el empeoramiento general de las condiciones de trabajo, la permanencia en sus puestos de centenares de militares, policías y otros agentes estatales que participaron en las violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura militar o en períodos anteriores o posteriores, la impunidad como regla para los delitos cometidos por funcionarios estatales o empresarios poderosos. A ello se suma la falta de alternativas a la política oficial por parte de los otros grupos con alguna probabilidad de acceder próximamente al poder político y el poder ca-

da vez mayor de grupos económicos concentrados, evidenciado últimamente en la postrísima y tardía respuesta estatal ante la privación del suministro eléctrico a más de cien mil habitantes de la Ciudad de Buenos Aires.

Estos factores no sólo crean una incertidumbre sobre el futuro inmediato sino que instalan escasa esperanza sobre su modificación en el mediano plazo, agravando así la falta de seguridad en el futuro de centenares de miles de habitantes.

Frente a los inevitables conflictos sociales provocados por la exclusión, la respuesta estatal es clara e inadecuada (excepto para generar mayores niveles de violencia): la aplicación del sistema penal. Según este esquema, la solución a quienes sufren la miseria y la falta de toda oportunidad es la construcción de un mayor número de cárceles o la ejecución callejera a manos de la policía.

Las protestas sociales (cortes de ruta, reclamo de alimentos, marchas de desocu-

pados en procura de subsidios para ayudar a paliar las necesidades de sus familias) son consideradas como actos de coacción o enjuiciadas por las demoras ocasionadas al tránsito, mientras que el accionar de aquellos grupos empresarios que ocasionan graves perjuicios económicos al país entero o que despiden a centenares de trabajadores (sin olvidar a aquellos que denunciaron delegados obreros para que fueran desaparecidos por la dictadura y que se enriquecieron con las medidas de des-gobierno de las juntas militares y sus sucesores) son tratados como pilares del progreso económico del país.

Algunos de los ejemplos más recientes de respuestas penales al conflicto social son la detención de Raúl Castells por haber participado en el reclamo a un supermercado para que entregara alimentos a jubilados y otras personas de escasos recursos, el ataque a los inmigrantes imputándoles falsamente la comisión de delitos (y hasta la responsabilidad por la pérdi-

da de puestos de trabajo de los ciudadanos argentinos, cuestión que compete al estado nacional y los empresarios) y, por otra parte, los nuevos proyectos de modificación de las leyes aplicables a quienes ocupan viviendas o terrenos de los que no son propietarios.

Ya en febrero de 1995, tras una intensa campaña de prensa, fue aprobada una modificación al tipo penal de usurpación, además de una norma procesal, aplicable en la Ciudad de Buenos Aires, que permite un desalojo casi inmediato en aquellos casos en que los ocupantes fueran declarados intrusos. Esta ley de 1995 volvió a poner en vigencia la norma aprobada por la dictadura de Onganía e incluye no sólo un aumento de penas sino una ampliación de las conductas caracterizadas como usurpación. Es una evidente respuesta penal a un problema social que sólo en la Capital Federal incluye más de cien mil personas sin hogar. El resultado no fue una menor cantidad de ocupaciones sino la criminalización de un núme-

ro mayor de personas, principalmente, familias pobres sin hogar. Hoy existen nuevos proyectos de ley para agravar la persecución a los sin techo. Legisladores de varios partidos coinciden en sancionar a aquellos a quienes el estado no brindó un derecho humano reconocido por nuestra Constitución hace más de cuarenta años: el derecho a acceder a una vivienda digna (art. 14 bis).

La política de gatillo fácil no es una simple herencia del pasado dictatorial que la democracia aún no resolvió, sino que es un componente esencial de todo sistema que apareje la exclusión de un gran porcentaje de la población y, en consecuencia, del modelo neoliberal. Existe hoy en los medios una amplia campaña para instalar la supuesta existencia de un gatillo fácil de quienes se enfrentan a la policía, en un primer paso para tratar de justificar lo injustificable: el asesinato de civiles por parte de fuerzas de seguridad. Esta campaña tuvo su comienzo a principios de noviembre de 1997, con la excusa de la

muerte de un cabo de la Policía Federal Argentina (cuyo autor - según se descubrió más tarde - también pertenecía a una fuerza de seguridad, hecho que por supuesto no tuvo gran difusión).

En primer lugar, debemos reiterar que los derechos humanos, como categoría superadora de los derechos subjetivos, sólo pueden ser violados desde el estado. En consecuencia, sólo existe el gatillo fácil policial o de otros miembros de las fuerzas de seguridad.

Los voceros del sistema buscan reinstalar la tristemente célebre noción de "mano dura", formulando una reconversión de la doctrina de la seguridad nacional en lo que CORREPI, en 1994, denominara doctrina de la seguridad social. El propio presidente llegó a decir que este supuesto auge delictivo implica una nueva subversión que debe ser combatida. El enemigo interno así diseñado responde a una necesidad instrumental. El opositor de la década del 70, aparece transformado en el margina-

l/excluido del presente, que es utilizado para manipular a la opinión pública antes de que se constituya un polo contrahegemónico al sistema. Existe una equivalencia notoria entre las siniestras expresiones "aniquilar la subversión" y "erradicar el delito".

El objetivo de esta campaña es generar un terror social de las clases medias hacia los sectores de más bajos recursos, que son considerados como enemigos que merecen ser eliminados, como así también, la desconfianza hacia sus pares en los sectores sociales bajos. Se oculta la crisis económica, el cierre de fuentes de trabajo, la falta de futuro de los jóvenes, las miles de personas sin techo. El gran problema nacional pasan a ser los hurtos, los robos, las usurpaciones y los homicidios vinculados a los robos. Esta visión oscurece también la gran cantidad de exacciones ilegales, cohechos, evasiones impositivas, defraudaciones al estado, prevaricatos o contrabandos que producen grave daño a toda la sociedad.

El tímido avance en las libertades públicas que significó la derogación de los edictos policiales fue en buena medida enterrado por las diversas reformas, cada vez más autoritarias, motorizadas desde sectores cercanos a la Policía Federal y apoyadas finalmente por la enorme mayoría de los legisladores porteños (por convicción represiva o por disciplina hacia sus jefes). Llegamos a presenciar el mes pasado una insólita carrera entre el Ejecutivo Nacional y el de la Ciudad de Buenos Aires para prohibir la prostitución callejera, con normas mucho más estrictas que las vigentes en tiempos de los edictos. El decreto menemista añade la persecución policial, a través de la detención por averiguación de antecedentes, a quienes participaran en escraches u otras actividades similares de protesta.

El discurso de mano dura que sostiene que los habitantes gozaremos de mayor seguridad cuando las fuerzas policiales tengan más atribuciones y más presupuesto, es absolutamente

falso. Otorgar mayor discrecionalidad a personas armadas trae necesariamente como consecuencia una mayor inseguridad para todos los habitantes.

La respuesta a las necesidades populares nunca la dará el sistema penal. La solución a los conflictos sociales no está en manos de las fuerzas de seguridad, ni de los ministros del ramo, ni de los jueces penales, sino que depende de los responsables de la economía nacional. El aumento de la violencia social y de la violencia horizontal, que los medios suelen destacar entrevistando enfurecidos vecinos convertidos en "justicieros" o armados como privados "vigilantes", responde directamente a la profundización de la exclusión, que recibe como única "solución" oficial mayor represión. Sólo en la provincia de Buenos Aires hay 100.000 jóvenes entre 15 y 25 años que han abandonado la escuela y no tienen -ni tendrán en el futuro inmediato- trabajo. Esos chicos son la vieja consigna punk "no hay futuro" hecha carne. Si a esa reali-

dad sumamos la desvalorización progresiva de la vida impuesta desde arriba y el énfasis mediático y social en buscar salidas individuales, no puede extrañar que algún porcentaje de ellos, por mínimo que sea, responda a la sociedad con la misma violencia que recibió de ella desde que nació.

Frente a la exclusión social, las respuestas del sistema son siempre represivas. No se discuten estos temas con el ministro de trabajo, de salud o de economía, sino con el de interior. Si mueren más policías, de inmediato se aprovecha para propagandizar y lograr consenso para más "profesionalismo", que en buen romance significa mejores armas, mayor poder de fuego, y más represión. Ya trataron de hacerlo, campaña mediática por medio, cuando murió el cabo Ayala, en aquel asalto en Saavedra. Pero se olvidaron del pobre Ayala luego de comprobar que fueron balas policiales las que lo mataron. Si se comprueba el rumor de que el arma que mató al cabo Salomón Stambulli era un "pe-

rro" que él mismo olvidó en el asiento del patrullero, y que llevaba preparada para plantarla a los menores luego de "ajusticiarlos", quizás pronto se olviden de él también (ver *Página/12*, 4-4-99 nota de H. Verbitsky).

Lo que no puede pasarse por alto es que, mano dura y tolerancia cero por medio, son cada vez más las muertes, son cada vez más las ejecuciones extrajudiciales, son cada vez más los gatillos fáciles, aunque la prensa mire para otro lado.

Thatcher y Mijail Gorbachov en Bajo Flores

Julio Vezub

Corea y Bolivia tienen frontera en común, y ese lugar exótico o desconocido, para el transeúnte acostumbrado a la silueta previsible de avenidas como Cabildo o Corrientes, cruza sus coordenadas en el mapa de la Ciudad de Buenos Aires. A diferencia de los neoyorquinos Chinatown y Little Italy, que ganan terreno el uno a expensas del otro, en el caso del choque de culturas que acontece en el Bajo Flores, cada reducto étnico es impermeable con su vecino y se recorta sobre un límite preciso.

Todo aquel que tenga interés en alcanzar la línea fronteriza, no necesitará contar con la "Guía Lumi", ni contratar los servicios de un baqueano experimentado. A quince cuadras del centro de Flores en dirección al sur, la toponimia telúrica señala a la Avenida Eva Perón, como el último mojón identificable de la argentinidad, previo al ingreso definitivo en la *Terra Incognita*. A partir de ese punto preciso, el viajero romántico podrá confiar en su olfato para no perder el rumbo. El aroma a pescado fresco y la fragancia del ajo saltado en los múltiples *fish-bares*, que a razón de tres o cuatro por cuadra, ofrecen comida coreana sobre Carabobo y las calles adyacentes, impregna el aire del barrio devenido en ghetto.

La supervivencia de algún taller mecánico aislado, o de un antiguo depósito de accesorios sanitarios, resalta la huida masiva de la población primitiva. Estimulados por la súbita valorización inmobiliaria de una zona postergada de la ciudad, los argentinos étnicos, -categoría por demás precaria si la hay-, dejaron lugar al desembarco de un conjunto ordenado de iglesias presbiterianas, instituciones educativas de la comunidad coreana, gimnasios donde las chicas orientales afinan su silueta, y hasta una jaula con lanzadores automáticos de pelotas de béisbol, instalada en la terraza de una casa de los años cincuenta. La proliferación de salones de *pool*, y de restaurantes con pequeños compartimentos privados, estimula la fantasía de los devotos de las películas de gánsters. La mirada resentida con lo extranjero, adivina tras las mamparas, la urdimbre de toda clase de negocios turbios, tejidos sobre la trama jerárquica de prestigio, poder y riqueza, que protagonizan los hombres de traje oscuro que estacionan sus autos importados en la vereda.

El tramo coreano de la avenida, característico por los robles de su boulevard, y distinguible por los prolijos y enigmáticos negocios de vidrieras opacas y marquesinas escritas en crípticos ideogramas, desemboca en la Avenida Castaños. El cruce de las dos arterias marca los confines de Corea y la puerta de entrada a Bolivia. La homogeneidad y la pujanza austera del barrio oriental, ceden entonces su lugar en forma abrupta ante el despliegue del caos y la miseria tercermundista.

Quien conozca La Paz no puede dejar de sorprenderse: el barrio boliviano se erige en una depresión del terreno que recuerda al pozo sobre el que se levanta la capital del Altiplano. Parece una réplica en pequeño de aquella ciudad, todo remite a ella sin orden ni deliberación: las casas desparejas de dos plantas y sin revocar, los pasillos y las callejuelas de recorrido laberíntico y sinuoso.

Apenas traspuesta la frontera, en la ochava derecha de Castaños y Carabobo, -que a esa altura se llama Avenida Corea-, se encuentra el previsible "Bar Cochabamba". Pasos más adelante por la misma acera, se alza, o mejor dicho se hunde, -porque para acceder hay que bajar un par de peldaños-, el enigmático "Bar-Restaurant Gorbachov". Tiene la fachada pintada de verde loro, y las prolijas letras del nombre del local de color rojo brillante. En la puerta, un anciano vende bolsitas de pimentón y ají molido. Su presencia, y el pizarrón que anuncia que allí se prepara "plato paceño" los días sábados, me recuerda en qué hemisferio estoy parado.

¿Qué móvil extraño, qué voluntad de rendir homenaje a deshora, habrá impulsado al propietario a bautizar el establecimiento gastronómico con el nombre del último soviético? Con ese interrogante me acerqué al local, donde me contaron que todo se debe a que así se apodaba el dueño, ya fallecido. En el barrio, el hombre era conocido como "Gorbachov", porque la puerta de su negocio era de un violento rojo shocking. Así de simple y decepcionante, cuando lo que esperaba encontrar era un viejo y nostálgico minero comunista.

Cuadras adentro del "Barrio Presidente Rivadavia", continúan los homenajes a estadistas contemporáneos: sobre la calle Miraflores, casi llegando a los baldíos saturados de basura desde donde se avizora a la distancia el "Nuevo Gasómetro", nos topamos con la "Rotisería Tacher". Quien crea que se trata de una reivindicación de la Dama de Hierro, también resultará frustrado: cuentan que la dueña boliviana de la casa de comidas es profesora, y como los vecinos la llamaban *teacher*, encargó a un letrista que pintara esa leyenda sobre la puerta del negocio. Este omitió la letra "e", pero ya era demasiado tarde para realizar enmiendas.

En ese enclave multicultural y posmoderno del Bajo Flores, muchas cosas no son lo que parecen ser, y las palabras sostienen significados distintos de aquel que les reconocía la tradición. Sin embargo, no todas las referencias políticas e ideológicas de allí remiten a un lugar equívoco o fallido. Para atestiguar esos resortes de la memoria, se halla el mural "en homenaje a los compañeros desaparecidos del barrio", pintado sobre una gomería contigua al "Comedor Infantil Monseñor Enrique Angelelli". Y cuando este cronista terminaba su caminata, una pequeña cantidad de manifestantes, en su mayoría mujeres y niños esgrimiendo pancartas apuradas, quemaba una fogata en reclamo de desagües, y de una solución definitiva al problema de las inundaciones. Todo ello sucedía en llamativa sincronía con la presencia de las cámaras de "Crónica TV", para dar registro a la protesta, en una tarde de martes demasiado calurosa, en la que la única presencia espontánea, era la de los grupos de desocupados que estiraban el paso de las horas y la cerveza, en una plazoleta plagada de yuyales.

Un cilindro de chapa oxidada, con una leyenda en espiral al estilo de la Columna de Trajano, indica que allí funcionó alguna vez el "Centro de Acción Recreativa N° 6" de la fenecida Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Días más tarde, para ratificar la impresión de que la frontera entre Corea y Bolivia, constituye a su vez la puerta de entrada a la Argentina, los diarios informan que en esa plazoleta funciona un mercado negro de documentación migratoria y una bolsa de trabajo "clandestina". Según la denuncia que recogen los medios, los "sérpicos" de la Federal ofrecen changas ficticias, con el objeto de levantar extranjeros y fraguar procedimientos policiales.

Todas las tardes el barrio rezuma vida, y la música tropical invita a arrimarse a las parrillitas de la calle Cobo. Pero la sangre corre para dirimir conflictos, y recordar que la crónica policial es el género preferido para inscribir al inmigrante. El jueves posterior a nuestra recorrida, en la canchita de fútbol que está en medio de la villa 1-11-14, frente al estadio de San Lorenzo, dos peruanos y un argentino que perminaban de jugar un partido, fueron acribillados a balazos por un ajuste de cuentas, mientras saciaban la sed del fútbol con unas gaseosas, quizás compradas en la rotisería Tacher.

Parte también de esta escena contemporánea, que tiene más de inquietante que de distendida, es el espacio de la ficción. Podríamos pensar la ficción, en todo caso, como un alias de la realidad. No por precederla, reflejarla o sucederla, sino por refundarla. El alias como camuflaje pero también como invento (nombre ficticio) que no deja de decir sobre las personas o cosas que designa. Ni las niega ni tampoco actúa como su alegoría; sino que las tiene por detrás, vibrando, mientras produce otros sentidos, otros dichos y otras acciones.

Este segundo número inaugura justamente el sitio de las ficciones y fabulaciones.

Es verdad que "La historia de George Psorias" -relato que su autor cedió a nuestra revista-, tiene suficientes indicios como para distraernos del repertorio de hechos nacionales e internacionales que, desde comienzos de los 90, ocupan las páginas de los diarios. En todo caso, como señala su título, se trata de una historia sin mayúscula, una historia compuesta con retazos de otra Historia.

No es la primera vez que James Petras -hacedor de una obra prolífica- recurre al concierto de mayúsculas y minúsculas. Su libro *Escribiendo Historias*, traducido en Chile y publicado en 1998, es una colección de relatos que enhebran su propia biografía con la historia de los Estados Unidos de los últimos treinta años (guerra de Vietnam, movimientos pacifistas, guerra fría, la actuación de la CIA en connivencia con las dictaduras latinoamericanas, guerra del Golfo). Es la biografía de un intelectual norteamericano -profesor de la Universidad de Nueva York- de izquierda que asesoró al gobierno de Salvador Allende, en Chile, y ahora colabora con el Movimiento de Trabajadores sin Tierra de Brasil, la Federación Campesina de Paraguay, y el Frente Nacional Zapatista de México.

Realistas o no, las ficciones que transiten por esta sección sonarán contemporáneas. Alejarán o acercarán geografías, personajes, episodios y, quizá también, como manotón de ahogado ellas consigan narrar -sin estridencias- lo que todavía continúa siendo desconcierto.

La historia de George Psorias

James Petras

George Psorias no era un especulador ordinario. No estudió los movimientos del capital ni la productividad y administración de firmas comerciales. Esa era tarea de los socios menores. Su atención estaba puesta en lo que él llamaba "La Gran Escena" -la que estaba en el poder, o iba a estarlo, y en las reales o percibidas consecuencias de los cambios políticos. Al menos era eso lo que entendían los astutos observadores. Pero Psorias no atendía simplemente, sino que tomaba parte activa en concretar cambios políticos y en desarrollar lazos estrechos con corredores claves que se ocupaban de política económica. George era conocido como un filántropo -aunque nunca gastó un céntimo sin recibir un dólar a cambio. "Ser generoso reporta sus beneficios", solía aconsejar a sus adeptos. George tenía una manera sagaz de traducir difíciles y complicadas ideas filosóficas al lenguaje de los corredores de bolsa. Estaba profundamente prendado de la distinción de Karl Popper entre las sociedades "abiertas" y "cerradas".

Cuando era estudiante, sentado en su escritorio por la noche intentando escribir un ensayo, solía fantasear con corajudos estudiantes ahuyentando a los tiranos de sus palacios; enormes bloques de propiedades estatales puestos a la venta, el colapso de la barrera comercial y, a la vez, promoviendo la libertad, un pequeño ejército de psorases liderando el camino de tomar posesiones. "Algún día, haré que suceda", solía decirse a sí mismo mientras luchaba por terminar su ensayo.

Cuando llegó el tiempo de presentarlo, se tornó elocuente y comenzó su exposición de un modo inhabitual para sus mentores académicos. "Tengo un sueño" -comenzó- "Entraremos en la tierra prometida del libre comercio y economías desreguladas. Todos los hombres tendrán la libertad de comerciar lo que quieran y donde quieran. Sueño con que caigan los Muros del Comunismo y todos seamos libres para mover el capital dentro y fuera, según nuestros deseos y conveniencias. Que el Estado entrometido desaparezca y en su lugar florezca la generosidad privada."

El Doctor Popper sonrió débilmente, condescendiente. "George, aprecio el

modo en que relacionas el libre comercio y la libertad individual, pero serías mejor como profesional en la bolsa de valores que como filósofo en la academia. Realiza un Master y véte." George respetaba las opiniones del gran filósofo y siguió su consejo, aunque nunca aceptó del todo la categórica desvalorización de su capacidad filosófica. Después de todo, estudiar ética y administración era útil para decirles a las víctimas quejas, después de oprimirlos, que uno lo lamentaba mucho.

George entró al mercado a mediados de los 60 e hizo su primera pequeña fortuna apostando a las acciones de un fabricante de preservativos reciclables. Es aquí donde puso en práctica su análisis político-económico para hacer dinero en el mercado bursátil. Mientras muchos de sus jóvenes compañeros protestaban contra la intervención norteamericana en Vietnam, George analizaba cómo la creciente presencia militar afectaría al mercado. Donde hay soldados, hay burdeles. Hay prostitutas baratas de los países pobres y altos patrones de cuidado de salud para los militares de los países ricos. La reciente demanda del uso de preservativo, los costos bajos de siempre. Esta fue una de las primeras aplicaciones fácticas del Método Psorias en cuanto a las apuestas en la bolsa, y fue exitosa.

El Fondo George Psorias despegó. Al ir creciendo sus ansias de dinero, George decidió que no era suficiente con reaccionar ante los hechos políticos. Creyó que era posible generar acontecimientos que nunca había soñado, por ejemplo desestabilizar, por su cuenta, un régimen. Su primera oportunidad se presentó en 1970, cuando los chilenos eligieron a un socialista. George apostó en contra del peso chileno y publicó una gacetilla "prediciendo" una huida masiva de capital, "probables golpes militares" e inminente toma del poder comunista. Imprimió y envió miles de copias a las mayores casas de inversión y consultoras empresariales, en Europa, Estados Unidos y Chile. El peso se precipitó. Psorias era consciente que no fue sólo su gacetilla lo que produjo el éxito deseado -obtuvo mucha ayuda de Henry Kissinger, la CIA e ITT-, pero de cualquier manera él, al menos, supo cómo atraer al faldón de oportunistas. Finalmente, George obtuvo sus beneficios antes que el gobierno socialista tomara el poder y estabilizara el peso. Sin embargo, sus lectores no fueron tan afortunados. Ellos apostaron en contra del peso cuando éste cayó y perdieron una fortuna cuando subió. Se iniciaba el gobierno socialista y el caos prometido no se había materializado todavía.

Entre los inversores perdedores, había cierto chusmerío acerca de las ganancias de George, pero él siempre tenía una respuesta preparada: "No es el hecho político lo que importa, lo que cuenta es la *percepción*". George se sentía particularmente bien respecto a su éxito monetario en el caso chileno. No sólo apostaba para aumentar su fortuna personal, también estaba dando un golpe a la odiosa amenaza comunista en su órgano vital: el valor de su dinero. El método de George dependía de desarrollar estrechos lazos políticos con oficiales influyentes. Además de su perspicacia personal, era importante conseguir información para saber qué régimen iba a desestabilizarse o estabilizarse, y así apostar apropiadamente.

El problema era que en Inglaterra, George era un extraño -un judío greco-rumano- y la caterva anglosajona de Oxford y Cambridge sólo trataba con sus socios en la ciudad de Londres. George se sentía profundamente humillado cuando no respondían sus llamados o, aún peor, cuando las secretarías respondían con evasivas como "agenda completa". Sin embargo, tuvo la suspicacia de ver que la URSS y Europa del Este serían potenciales especuladores de minas de oro, en un futuro no tan lejano. Y que el actor principal en abrir estas sociedades cerradas era Washington y no Londres.

George captó la avaricia y maleabilidad de muchos de los profesionales en crecimiento de los países comunistas, a través de su fundación filantrópica que ofrecía garantías y becas a universitarios. El entusiasmo con que consumían el libre mercado y las fórmulas democráticas impresionaba a George. Serían socios útiles para entrar en mercados cuando cayera la Cortina de Hierro. La manera en que prominentes disidentes e intelectuales se integraban a la cultura consumista occidental, e incluso adulaban a los voceros de Reagan y Thatcher, convenció a George de que algunos cientos de miles en libertad cultural era una buena manera de llenarse de millones en el futuro.

Entonces se mudó a Wall Street y consolidó lazos estratégicos con los emergentes reformistas económicos en los arruinados países del bloque soviético. George encontró al clima de Wall Street mucho más "democrático y abierto". Los lazos entre anglosajones y judíos o viejas y nuevas empresas eran mucho más fluidos, así como los lazos con los oficiales públicos. De hecho, George pensaba escribir un libro sobre Mercado Cerrado y Abierto, un remedo de la tesis de Popper aplicada al mercado.

La partida de Inglaterra fue coronada con una doble evidencia: Psorias echado de una cena, a la que había asistido, en honor a Thatcher y, correlativamente, denunciar cómo la política de Thatcher (fortalecer la libra para satisfacer los intereses financieros conservadores) incrementaba el déficit comercial y generaba desempleo. "La libra es insostenible y terrible para los trabajadores", pensaba.

Entonces George apostó en contra de la libra. Lo hizo con pasión. Todos los recursos financieros apostaban que la libra caería frente al dólar. El Ministerio de Hacienda resistió, pero la gran apuesta de George convenció a algunos viejos británicos ricos de seguir el juego. Como entonces comentó uno de ellos: "Es un judío hábil. No está en esto para perder dinero". Este oportunismo por parte de los Viejos Muchachos espantó al Secretario de Hacienda de Thatcher, que podía esperar eso de un Psorias pero no de la caterva de Regent Park. La libra cayó. George hizo más de dos millones en pocas semanas. Se perdieron empleos, los trabajadores pateaban la calle. George vio su fotografía en la portada del *Financial Times* mientras viajaba en primera clase hacia los Estados Unidos. Si bien el clima, en la ciudad de Londres, se encontraba enrarecido, hubieron quienes apreciaron el atrevimiento y la audacia de su emprendimiento, y comenzaron a apostar en lo que él apostaba. Cuando George aterrizó en Norteamérica, sintió que había llegado al sitio indicado en el momento indicado. Se topaba con una potencia a nivel mundial -"casi imperialista", pensaba para sus adentros- con activas fuerzas militares, inteligencia, agencias culturales y, sobre todo, inversores cubriendo el globo. Lo mejor de todo era que, ahora que estaba su nombre en las noticias financieras, podía tomar el teléfono y hablar directamente con los más altos Ministros del Gabinete y asesores presidenciales. George veía desnudos símbolos dólar en los ojos de todos sus competidores y clientes. Nada de la prosapia o del bienestar que podía escucharse en Inglaterra. Aquí había libertad pura, dependía del individuo el hacer todo el dinero que quisiera y de entregar pequeñas o grandes cantidades a organismos de caridad.

George incrementó a 40 millones de dólares su Fondo de Libertad Cultural para Europa del Este. Realizó fuertes inversiones en redes de telecomunicaciones que se estaban privatizando en América Latina por regímenes autoritarios. Cuando se le preguntaba sobre la aparente contradicción entre financiar libres pensadores en el Este y colaborar con el autoritarismo en Latinoamérica, George meditaba: "Todos tenemos que tomar deci-

siones difíciles en el mundo real. El ideal es la democracia y el libre mercado, este es un período de transición, donde los cambios suceden escalonadamente. En Latinoamérica, el libre mercado y la liberalización están a medio camino hacia lo ideal, la democracia vendrá luego. En el Este, la libertad política es el primer paso hacia el libre mercado. Eventualmente, tendremos ambos, viviremos en un mundo de libre mercado y democracia. Me importa menos dónde estamos en un determinado momento que la dirección en que nos estamos moviendo". Entre los hombres de Wall Street había muchos cínicos que se divertían con la capacidad de George de otorgar un brillo filosófico a sus apuestas especulativas. "Semejante a un *chutzpah*", exclamaba Kathleen Sullivan de Smith Barney. Mientras sus detractores se burlaban, George dio el batacazo en Europa Oriental y la URSS. Incluso antes de que cayera el Muro, los beneficiarios del Fondo Psorias estaban en posiciones de poder. La transición del comunismo a la democracia y al libre mercado estaba en camino. Era hora de desatar todos los juegos empresariales acumulados de los que hablaban los economistas de Harvard, MIT y Chicago. Eran tiempos en que las lecciones aprendidas del filósofo especulador eran puestas en práctica. Y, lo que era importante, George aconsejó a sus adeptos que actuaran rápidamente para que los cambios sean "irreversibles", en caso de que volvieran los "reaccionarios" (A George le encantaba apodar a los izquierdistas con su propio lenguaje peyorativo. Era su manera de cobrarse todos los insultos recibidos cuando estaba investigando la aventura de los preservativos no descartables, todavía en el London School). Empresas públicas lucrativas ingresaron en el bloque. La gente de George que trabajaba con disidentes devenidos corredores de bolsa, diseñaron una campaña para bajar los precios por medio de una serie de artículos -haciendo eco en la prensa- sobre la naturaleza decrepita, retrógrada e inútil de las empresas.

Las baratas compras de George a sus socios eran vistas como actos de filantropía para ayudar a que las nuevas economías de libre mercado despegasen, hasta que se revelara que las ganancias del primer año igualaban el precio de las compras a socios.

George se sintió un poco incómodo con sus socios en la República Rusa poscomunista. Se sentía inquieto con sus corpulentos guardaespaldas, sus lenguajes vulgares, sus vozarrones, y las enormes panzas debajo de los sacos. Pero desarrolló una relación con los demócratas en el poder y rápidamente acumuló una gran fortuna comprando gas lucrativo, aceite y

empresas de comunicación a "precios atractivos". Los demócratas comprometidos en privatizaciones, eran demasiado ambiciosos para los enganches privados de George, ellos también buscaban recursos sin ni siquiera ofrecer su propio dinero. Las sensibilidades democráticas de George se veían perturbadas por la emergencia de un grupo de "oligarcas" que ganaron control sobre los sectores principales de la economía, saquearon bienes e ilegalmente transfirieron billones a ultramar, "forzando" a George a comportarse de igual manera. En este contexto, George comenzó a desarrollar las notas mentales que luego se transformarían en su controvertida crítica al capitalismo sin regularización. Pero, por el momento, aún había cantidad de dinero para hacer. Su Fondo era activo, el rédito del 40 por ciento era la envidia del barrio. Grandes inversores buscaban a George, ni siquiera tenía que publicitarse.

Bajo la euforia superficial, George se estaba poniendo profundamente ansioso por un posible brote de antisemitismo en Rusia. Los principales ministros de Economía y Finanzas del libre comercio eran judíos, así como cinco de los seis infames oligarcas. ¿No podían traer a bordo a algunos gentiles rusos? ¿Y si se muere Yeltsin? ¿No podrían la próxima vez encontrar a un sobrio cosaco ruso? ¿Se darían cuenta los rusos de que la mayor parte de los judíos, sobre todo científicos y docentes, compartían su sufrimiento en este difícil período de transición? ¿Entenderían que los ex-comunistas se vuelven malos capitalistas? Estos pensamientos corrían por la mente de George mientras hablaba con Chubais y Gaidar, y les decía que subieran las tasas de interés a tres dígitos para atraer inversores extranjeros y crear "confianza inversionista". Cuando así lo hicieron, George demostró su confianza comprando notas de uno, tres y seis meses al 120 por ciento de tasa anual (más tarde se arrepentiría de apostar a las notas de tres y seis meses).

Pero George, como verdadero internacionalista, comenzó a mirar hacia Asia. "La recompensa educacional", argumentaba. "Hemos entrenado a una nueva generación de economistas que ven los beneficios del libre comercio y la limitación del viejo modelo estadístico". Las regulaciones financieras desaparecieron, se abrieron los mercados. Las mercaderías entraron en auge. El dinero fluía. Las deudas se inflaron. George se subió al carro triunfal pero viajó a otros países, no como sus colegas. "Hay que captar el olor del lugar". Dónde estaban exportando, dónde estaban construyendo, dónde estaban prestando dinero y dónde estaban pagando ba-

jos salarios. George anotó en su libreta. Moneda sobrevaluada, sobre capacidad y pagos de altas deudas, mercados en decadencia. George se deshizo de mercadería y apostó en contra de las monedas locales. Su gaceta predecía una caída de monedas. Sucedió. Hubo una gran corrida en el bath¹, el ringgit² y el won³. Ellos perdieron, George ganó billones. Los gobiernos estaban descontentos. Los economistas del libre mercado culpaban a los regímenes de sobreapropiación, el régimen culpaba a los especuladores, los especuladores y las instituciones financieras internacionales culpaban a los regímenes de capitalismo cómplice. Millones perdieron sus empleos, los dueños de fábricas quebraron. El Fondo Psorias y los Chicos Sabios hicieron ofertas para comprar firmas si el gobierno cubría malas deudas y echaba a la mitad de la mano de obra. "Una fianza y una reestructuración son esenciales", dijo George ex-cátedra, "para recobrar la confianza de inversores extranjeros". La mayoría de los regímenes estuvieron de acuerdo y empezaron a obedecer. Millones más perdieron sus empleos, motines para conseguir alimentos y protestas por el hambre envolvieron a Indonesia, cayó Suharto, sus camaradas tomaron el poder. Las dudas privadas de George sobre el sistema de libre mercado competían con sus apuestas privadas a los mercados unidos, de moneda tan lucrativa como volátil.

Varios acontecimientos convergieron, lo que finalmente convenció a George de que era el momento de hacerse público. En principio, el Primer Ministro de Malasia y varios legisladores rusos acusaron a especuladores judíos de ser los causantes de las crisis. George no se sintió personalmente amenazado, pero creyó que había una necesidad urgente de apuntar a las grandes causas sistémicas para evitar que continuaran apareciendo los judíos como chivos expiatorios. En segundo lugar, George perdió varios billones en apuestas a papeles rusos con el colapso de la economía. La única forma de recuperar su dinero era con un plan internacional de rescate organizado por los gobiernos. La única forma de poner los gobiernos en escena era demostrando las falencias del libre mercado.

Estas circunstancias, combinadas con la sensibilidad humana de George y sus dudas internas siempre reprimidas, fueron la génesis de su libro *El fracaso del Libre Mercado: recuperando el Estado*. No crean que George era un ideólogo o un fanático. El Fondo Psorias continuó apostando, comprando y vendiendo monedas, ranchos de ganado en Argentina, etc. Los cínicos de Wall Street se burlaban abiertamente de su doble discurso. "Ha-

ce plata si el mercado sube y vende libros si el mercado baja. Es el mismo Psorias de siempre", comentó un asesor de inversiones de Salomon Brothers. "Es una extraña coincidencia que Psorias critique al libre mercado luego de perder en sus apuestas rusas y asiáticas y pedir fianzas del gobierno. ¿Qué estaba diciendo cuando hizo billones en sus apuestas inglesas poco años atrás?", preguntó Irving Kristoff, el filósofo de entrecasa de Morgan. "Hay un conflicto intrínseco entre hacer dinero en el mercado público y mejorar el mundo. Esta retórica anticapitalista saliendo de la boca de Psorias es lamentable", concluyó Kristoff.

George hizo estas críticas a un lado: "No hay conflicto en mi caso. Mis ganancias van a mi bolsillo y mis donaciones van a los bolsillos de los receptores, y no hay ninguna relación. Siempre juego respetando las reglas". "Eso es interesante", comentó un antiguo empleado de Psorias, "Cuando la crisis rusa estaba desplegándose, George reunió a los políticos claves de Rusia y USA e hizo fuerza por una gran fianza y devaluación del rublo como solución para la crisis. Luego se dio vuelta e invirtió un billón de dólares en telecomunicaciones rusas en sociedad con uno de los oligarcas de la mafia rusa. Siguieron la fianza y la devaluación. En Rusia estaba posicionado estratégicamente para hacer las leyes. Emplazó su Fondo en las Islas del Caribe, donde oficiales manejables y regulaciones flojas le dejaban escribir sus propias leyes".

Sin embargo, la mayoría de las estrategias inversionistas en Wall Street se basaban en la aproximación de la "Gran Escena" de George. Como dijo un importante estratega inversionista de Citibank: "George nos hizo globalizantes, enseñándonos a entender la importancia del impacto del poder político de Estados Unidos sobre economías extranjeras".

La publicación del estudio crítico de Psorias sobre el libre mercado llevó a un extraño realineamiento de amigos y enemigos. Un editor en la prensa de negocios escribió: "El diagnóstico de Psorias sobre el capitalismo global tiene más defectos que el propio sistema". Otro lo acusó de "plagiar a Marx y a Lenin más que seguir la doctrina de la justa economía". Mientras era retratado como un mago financiero devenido desertor por sus colegas de Wall Street, los semanarios y periódicos mensuales liberales de izquierda se referían a él como "un pensador brillante que, desde adentro, confirma nuestra propia crítica al libre mercado". Una editorial en el *Nation* consideró brillante y precursora su idea de una agencia regula-

dora internacional para controlar los excesos especulativos. Visiones de un Nuevo Acuerdo Internacional bailaban en los ojos de técnicos izquierdista de la globalización.

Mientras el furor continuaba, George se sentó en su oficina a contemplar los rascacielos de Nueva York frente a la pantalla azul que proyectaba las fluctuaciones monetarias alrededor del mundo. Estaba hablando por teléfono con el Asesor Nacional de Seguridad de Clinton.

- "El Primer Ministro Mahathir Mohamad de Malasia necesita ser removido del poder. Nos acusa de bajar el ringgit por medio de nuestras apuestas en su contra".

- "¿Tiene razón?"

- "Por supuesto. Por eso debe irse. Y por favor encontremos un mejor reemplazante esta vez. Entre alcohólicos en Rusia y sodomitas en Malasia, es difícil excitar la imaginación democrática".

George colgó, cruzó las manos sobre su panza, cerró los ojos y se dio un momento de reflexión filosófica antes de chequear los números que saltaban en la pantalla y hacer una apuesta contra el queso albanés en el mercado cambiario holandés.

"El rebaño puede defenderse solo, el pueblo es resistente".

Notas

¹ Moneda tailandesa

² Moneda malaya

³ Moneda coreana

Traducción: Florencia Fragasso

Revisión del español: Alejandra Prilutzky

Heterodoxia de la tradición

José Carlos Mariátegui

He escrito al final de mi artículo: "La reivindicación de Jorge Manrique": Con su poesía tiene que ver la tradición, pero no los tradicionalistas. Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerza, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella su sangre.

Estas palabras merecen ser solícitamente recalculadas y explicadas. Desde que las he escrito, me siento convidado a estrenar una tesis revolucionaria de la tradición. Hablo, claro está, de la tradición entendida como patrimonio y continuidad histórica.

¿Es cierto que los revolucionarios la reniegan y la repudian en bloque? Esto es lo que pretenden quienes se contentan con la gratuita fórmula: revolucionarios iconoclastas. Pero ¿no son más que iconoclastas los revolucionarios? Cuando Marinetti invitaba a Italia a vender sus museos y sus monumentos, que-

ría sólo afirmar la potencia creadora de su patria, demasiado oprimida por el peso de un pasado abrumadoramente glorioso. Habría sido absurdo tomar al pie de la letra su vehemente extremismo. Toda doctrina revolucionaria actúa sobre la realidad por medio de negaciones intransigentes que no es posible comprender sino interpretándolas en su papel dialéctico.

Los verdaderos revolucionarios, no proceden nunca como si la historia empezara con ellos. Saben que representan fuerzas históricas, cuya realidad no les permite complacerse con la ultraísta ilusión verbal de inaugurar todas las cosas. Marx extrajo del estudio completo de la economía burguesa, sus principios de política socialista. Toda la experiencia industrial y financiera del capitalismo, está en su doctrina anti-capitalista. Proudhon, de quien todos conocen esa frase iconoclasta, más no la obra prolija, cimentó sus ideales en un arduo análisis de las instituciones y costumbres sociales, examinando desde sus raíces hasta el suelo y el aire de que se nutrieron. Y Sorel, en quien Marx y Proudhon se reconcilian, se mostró profundamente preocupado no sólo de la formación de la conciencia jurídica del proletariado, sino de la influencia de la organización familiar y de sus estímulos morales, así en el mecanismo de la producción como en el entero equilibrio social.

No hay que identificar a la tradición con los tradicionalistas. El tradicionalismo -no me refiero a la doctrina filosófica sino a una actitud política o sentimental que se resuelve invariablemente en mero conservantismo- es, es verdad, el mayor enemigo de la tradición. Porque se obstina interesadamente en definirla como un conjunto de reliquias inertes y símbolos extintos. Y en compendiarla en una receta escueta y única.

La tradición, en tanto, se caracteriza precisamente por su resistencia a dejarse aprehender en una fórmula hermética. Como resultado de una serie de experiencias -esto es de sucesivas transformaciones de la realidad bajo la acción de un ideal que la supera consultándola y la modela obedeciéndola-, la tradición es heterogénea y contradictoria en sus componentes. Para reducirla a un concepto único, es preciso contentarse con su esencia, renunciando a sus diversas cristalizaciones.

Los monarquistas franceses construyen toda su doctrina, sobre la creencia de que la tradición de Francia, es fundamentalmente aristocrática y monárquica, idea concebible únicamente por gentes enteramente hipnotizadas por la imagen de la Francia de Carlo Magno. René Johannet, reaccionario también, pero de otra estirpe, sostiene que la tradición de Francia es absolutamente burguesa y que la nobleza, en la que depositan su recalitrante es-

peranza Maurras y sus amigos, está descartada como clase dirigente desde que, para subsistir, ha tenido que aburguesarse. Pero el cimiento social de Francia son sus familias campesinas, su artesanado laborioso. Está averiguado el papel de los descamisados en el período culminante de la revolución burguesa. De manera que si en la praxis del socialismo francés entrara la declamación nacionalista, el proletariado de Francia podría también descubrirle a su país, sin demasiada fatiga, una cuantiosa tradición obrera.

Lo que esto nos revela es que la tradición aparece particularmente invocada, y aun ficticiamente acaparada por los menos aptos para recrearla. De lo cual nadie debe asombrarse. El pasadista tiene siempre el paradójico destino de entender el pasado muy inferiormente al futurista. La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario, tiene del pasado una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado.

No existe, pues, un conflicto real entre el revolucionario y la tradición, sino para los que conciben la tradición como un museo o una momia. El conflicto es efectivo sólo con el tra-

dicionalismo. Los revolucionarios encarnan la voluntad de la sociedad de no petrificarse en un estadio, de no inmovilizarse en una actitud. A veces la sociedad pierde esta voluntad creadora, paralizada por una sensación de acabamiento o desencanto. Pero entonces se constata, inexorablemente, su envejecimiento y su decadencia.

La tradición de esta época, la están haciendo los que parecen a veces negar, iconoclastas, toda tradición. De ellos, es, por lo menos, la parte activa. Sin ellos, la sociedad acusaría el abandono o la abdicación de la voluntad de vivir renovándose y superándose incesantemente.

Maurice Barrés legó a sus discípulos una definición algo fúnebre de la Patria. "La Patria es la tierra y los muertos". Barrés mismo era un hombre de aire fúnebre y mortuario, que según Valle Inclán, semejava físicamente un cuervo mojado. Pero las generaciones post-bélicas están frente al dilema de enterrar con los despojos de Barrés su pensamiento de "paysan" solitario dominado por el culto excesivo del suelo y de sus difuntos o de resignarse a ser enterrada ella misma después de haber sobrevivido sin un pensamiento propio nutrido de su sangre y de su esperanza. Idéntica es su situación ante el tradicionalismo.

NACIONALISMO Y VANGUARDISMO EN LA IDEOLOGÍA POLÍTICA

Es posible que a algunos recalcitrantes conservadores de incontestable buena fe los haga sonreír la aserción de que lo más peruano, lo más nacional del Perú contemporáneo es el sentimiento de la nueva generación. Esta es, sin embargo, una de las verdades más fáciles de demostrar. Que el conservatismo no pueda ni sepa entenderla es una cosa que se explica perfectamente. Pero que no disminuye ni oscurece su evidencia.

Para conocer cómo siente y cómo piensa la nueva generación, una crítica leal y seria empezará sin duda por averiguar cuáles son sus reivindicaciones. Le tocará constatar, por consiguiente, que la reivindicación capital de nuestro vanguardismo es la reivindicación del indio. Este hecho no tolera mistificadores ni consiente equívocos.

Traducido a un lenguaje inteligible para todos, inclusive para los conservadores, el problema indígena se presenta como el problema de cuatro millones de peruanos. Expuesto en términos nacionalistas -insospechables y ortodoxos- se presenta como el problema de la asimilación a la nacionalidad peruana de las cuatro quintas partes de la población del Perú.

¿Cómo negar la peruanidad de un ideario y de

un programa que proclama con tan vehemente ardimiento, su anhelo y su voluntad de resolver este problema?

II

Los discípulos del nacionalismo monarquista de *L'Action Française* adoptan, probablemente, la fórmula de Maurras: "Todo lo nacional es nuestro". Pero su conservatismo se guarda mucho de definir lo nacional, lo peruano. Teórica y prácticamente, el conservador criollo se comporta como un heredero de la colonia y como un descendiente de la conquista. Lo nacional, para todos nuestros pasadistas, comienza en lo colonial. Lo indígena es en su sentimiento, aunque no lo sea en su tesis, lo pre-nacional. El conservatismo no puede concebir ni admitir sino una peruanidad: la formada en los moldes de España y Roma. Este sentimiento de la peruanidad tiene graves consecuencias para la teoría y la práctica del propio nacionalismo que inspira y engendra. La primera consiste en que limita a cuatro siglos la historia de la patria peruana. Y cuatro siglos de tradición tienen que parecerle muy poca cosa a cualquier nacionalismo, aun al más modesto e iluso. Ningún nacionalismo sólido aparece en nuestro tiempo como una elaboración de sólo cuatro siglos de historia.

Para sentir a sus espaldas una antigüedad más respetable e ilustre, el nacionalismo reaccionario recurre invariablemente al artifi-

cio de anexarse no sólo todo el pasado y toda la gloria de España sino también todo el pasado y la gloria de la latinidad. Las raíces de la nacionalidad resultan ser hispánicas y latinas. El Perú, como se lo representa esta gente, no desciende del Inkario autóctono; desciende del imperio extranjero que le impuso hace cuatro siglos su ley, su confesión y su idioma.

Maurice Barrés en una frase que vale sin duda como artículo de fe para nuestros reaccionarios, decía que la patria son la tierra y los muertos. Ningún nacionalismo puede prescindir de la tierra. Este es el drama del que en el Perú, además de acogerse a una ideología importada, representa el espíritu y los intereses de la conquista y la colonia.

III

En oposición a este espíritu, la vanguardia propugna la reconstrucción peruana sobre la base del indio. La nueva generación reivindica nuestro verdadero pasado, nuestra verdadera historia. El pasadismo se contenta, entre nosotros con los frágiles recuerdos galantes del virreinato. El vanguardismo, en tanto, busca para su obra materiales más genuinamente peruanos, más remotamente antiguos.

Y su indigenismo no es una especulación literaria ni un pasatiempo romántico. No es un indigenismo que, como muchos otros, se re-

suelve y agota en una inocua apología del Imperio de los Incas y de sus faustos. Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un platónico amor al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy.

Este indigenismo no sueña con utópicas restauraciones. Siente al pasado como una raíz, pero no como un programa. Su concepción de la historia y de sus fenómenos es realista y moderna. No ignora ni olvida ninguno de los hechos históricos que, en estos cuatro siglos, han modificado, con la realidad del Perú, la realidad del mundo.

IV

Cuando se supone a la juventud seducida por mirajes extranjeros y por doctrinas exóticas, se parte, seguramente, de una interpretación superficial de las relaciones entre nacionalismo y socialismo. El socialismo no es, en ningún país del mundo, un movimiento anti-nacional. Puede parecerlo, tal vez, en los imperios. En Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, etc., los revolucionarios denuncian y combaten el imperialismo de sus propios gobiernos. Pero la función de la idea socialista cambia en los pueblos política o económicamente coloniales. En esos pueblos, el socialismo adquiere, por la fuerza de las circunstancias, sin renegar absolutamente ninguno de sus principios, una actitud nacionalista. Quie-

nes sigan el proceso de las agitaciones nacionalistas rifeña, egipcia, china, hindú, etc., se explicarán sin dificultad este aspecto, totalmente lógico, de la *praxis* revolucionaria.

Observarán, desde el primer momento, el carácter esencialmente popular de tales agitaciones. El imperialismo y el capitalismo de Occidente encuentran siempre una resistencia mínima, si no una sumisión completa, en las clases conservadoras, en las castas dominantes de los pueblos coloniales. Las reivindicaciones de independencia nacional reciben su impulso y su energía de la masa popular. En Turquía, donde se ha operado en los últimos años un movimiento nacionalista, se ha podido estudiar exacta y cabalmente este fenómeno. Turquía ha renacido como nación por mérito y obra de su gente revolucionaria, no de su gente conservadora. El mismo impulso histórico que arrojó del Asia Menor a los griegos, infligiendo una derrota al imperialismo británico, echó de Constantinopla al Kalifa y a su corte.

Uno de los fenómenos más interesantes, uno de los movimientos más extensos de esta época es, precisamente, este nacionalismo revolucionario, este patriotismo revolucionario. La idea de nación -lo ha dicho un internacionalista- es en ciertos períodos históricos la encarnación del espíritu de libertad. En el Occidente europeo, donde la vemos más enve-

jecida, ha sido, en su origen y en su desarrollo, una idea revolucionaria. Ahora tiene este valor en todos los pueblos que, explotados por algún imperialismo extranjero, luchan por su libertad nacional.

En el Perú los que representan e interpretan la peruanidad son quienes, concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía.

Lea y difunda:

**causas
y azar**

**cuentas
pendientes**

De mano en mano

DIARIO DE
MADRES
DE PLAZA DE MAYO

DIÓGENES

EL MATADERO

**EL OJO
MOCHO**

El Rodaballo

HIJOS

juana Azurduy

LA CRIETA

**RE
TRU
GO**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

T R A M A S

Archivo Argentino de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1989

Crónica de un itinerario desquiciado

por Ezequiel Yanco

La sorpresa por María Pia López

De apariciones y apariencias por Diego Sztulwark

Reflexiones dispersas sobre la izquierda

antes y después del 89 por Guillermo Levy

No tan distintos por Javier Trímboli

Vida de muertos por Guillermo Korn

El 89: la hiperinflación como

síntoma y como oportunidad por Ricardo Aronskind

La hiper por Marcela Martínez

VISTO, OÍDO, HABLADO

Los libros de la buena memoria por Fabio Wasserman

NOS QUEDA LA PALABRA

entrevista con Alberto Piccinini

ENVITE

La doctrina de la Seguridad Social por la CORREPI

CRONICAR

Tatcher y Mijail Gorbachov en el Bajo Flores

por Julio Vezub

HISTORIAS SIN MAYÚSCULAS

La historia de George Psorias por James Petras

TEXTOS ENCONTRADOS (VIEJOS SON LOS TRAPOS)

**Heterodoxia de la tradición y Nacionalismo y
vanguardismo en la ideología política**

por José Carlos Mariátegui